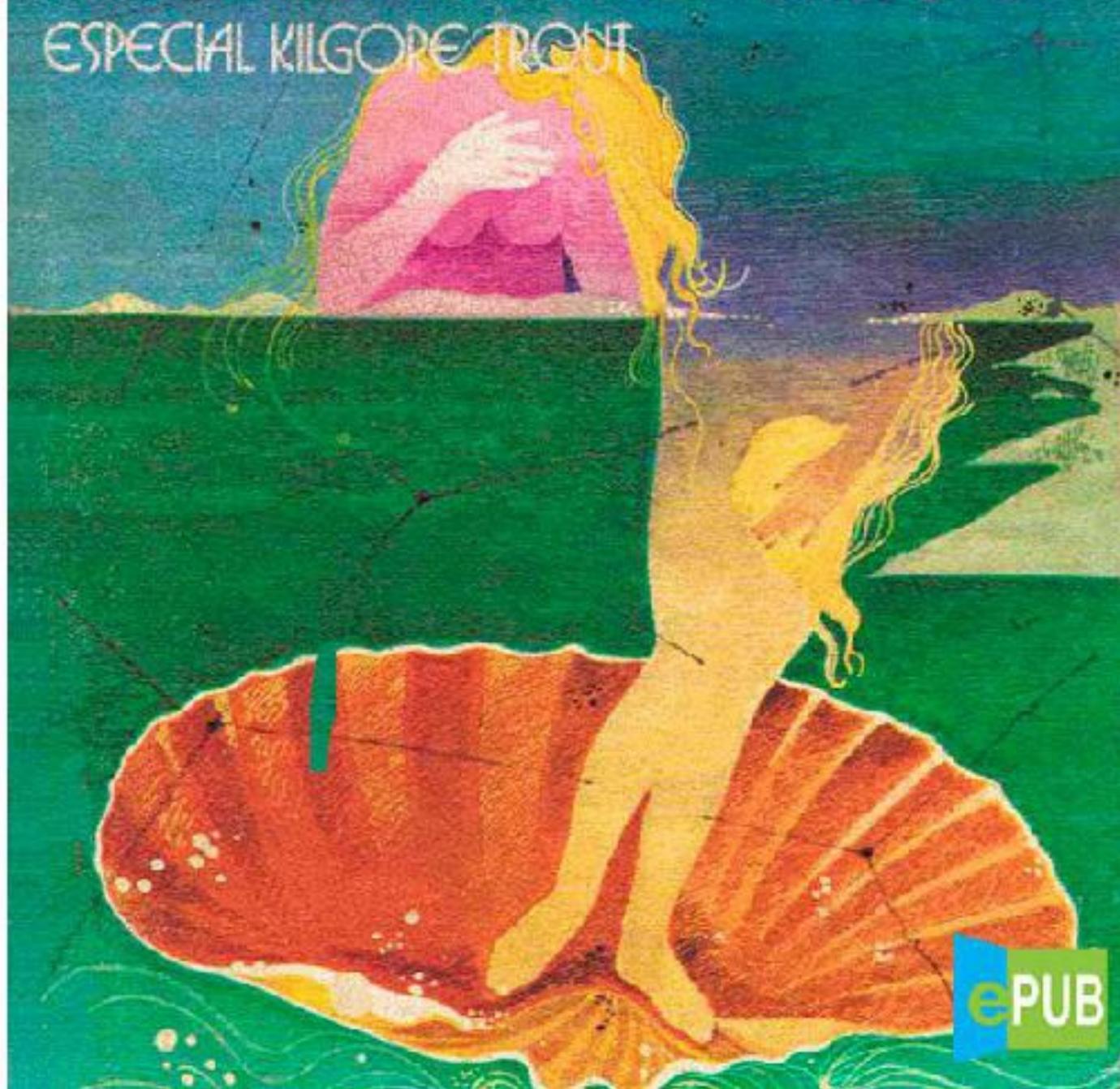


CIENCIA FICCION

SELECCION 31

ESPECIAL KILGORE TROUT



ePUB

Quienes conozcan la obra de Kurt Vonnegut, especialmente sus novelas *Matadero cinco* (Libro Amigo n.º 482) y *Dios le bendiga, Mr. Rosewater* (Libro Amigo n.º 483), recordarán sin duda a Kilgore Trout, el excéntrico escritor de amplia y sugestiva bibliografía. Y si el lector se sorprende al ver un libro real de un autor que creyera ficticio, su sorpresa irá en aumento a medida que pase sus páginas.

Junto con la con la sorprendente novela completa de Trout *Venus en la concha*, figuran en esta selección un cuento corto y un poema de Philip J. Farmer, el maestro de la ciencia ficción erótica. Todo ello procedente de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en su género.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 31

ePub r1.1

viejo_oso 04.02.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 31*

VV. AA., 1977

Traducción: José Manuel Pomares & Homero Alsina

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación, Carlo Frabetti.

Venus en la concha (Venus on the Half-Shell), Kilgore Trout, 1974.

Quemadura de piel (Skinburn), Philip J. Farmer, 1972.

El pterodáctilo (The Pterodactyl), Philip J. Farmer, 1965.

PRESENTACIÓN

Se ha hablado a menudo de la «masonería» de la ciencia ficción, en el sentido de qué sus autores, más que los de ningún otro género, tienden a reunirse, intercambiar ideas, plantearse proyectos colectivos, continuar los caminos abiertos por otros.

Philip J. Farmer, uno de los escritores de ciencia ficción más versátiles y populares, se ha mostrado a menudo propenso a adentrarse en los terrenos fantástico-especulativos definidos por otros autores, especialmente en los de Edgar Rice Burroughs, de quien Farmer es discípulo en más de un sentido.

Quienes hayan leído las obras de Kurt Vonnegut, especialmente *Matadero cinco* (Libro Amigo 482) y *Dios te bendiga, Mr. Rosewater* (L. A. 483), recordarán sin duda a Kilgore Trout, el excéntrico escritor de ciencia ficción de amplia y sorprendente bibliografía (concretamente, su obra *Venus en la concha* se cita al final del capítulo 9 de *Dios le bendiga...*)

Pues bien, en esta ocasión Farmer no se contenta con adoptar un escenario ajeno, sino que, directamente, se apropia de un personaje de ficción para convertirlo en autor de una obra real: introduce su mano de escritor en el sugestivo títere creado por Vonnegut, haciéndole completar un libro del que sólo existía una página.

Con su probada capacidad de mimesis, a Farmer no le cuesta gran esfuerzo imitar —o asumir— el estilo de Vonnegut, y, artificios aparte, consigue una entretenida y fantasiosa sátira, muy en la línea de la clásica narrativa de «viajes imaginarios» (la influencia del *Erewhon* de Butler es en ocasiones notoria).

Para dar un tono unitario a esta selección, la he completado con otras dos

muestras características de la actividad literaria de Farmer: un sorprendente relato de ciencia ficción erótica —vertiente de la que el autor es pionero— y un vigoroso poema de resonancias épicas que evoca tiempo y paisajes prehumanos.

CARLO FRABETTI

VENUS EN LA CONCHA

Kilgore Trout

NOTA SOBRE EL AUTOR

Kilgore Trout nació en 1907, de padres norteamericanos, en la isla inglesa de Bermuda. Asistió allí a la escuela primaria hasta que se terminó el trabajo de su padre con la Royal Ornithological Society. La familia se trasladó a Dayton, Ohio, donde Trout se graduó en la Thomas Jefferson High School en 1924. Después deambuló por el país, trabajando en empleos ocasionales mal pagados y escribiendo ciencia ficción en sus ratos libres. Sus únicas residencias conocidas durante ese período fueron Hyannis (Massachussets), Indianápolis (Indiana), Ilium y Cohoes (Nueva York).

Se casó y divorció tres veces y tiene un hijo. Leo, que es veterano de Vietnam.

Hasta 1974 Trout había escrito 117 novelas y 2.000 cuentos cortos. Pero hasta hace muy poco era escasamente conocido. Esta lamentable situación se debió a su extremo aislamiento y a su indiferencia por la publicación de sus relatos. Fue mal aconsejado en cuanto a la elección de sus editores, el principal de los cuales, World Classics Library, es una firma especializada en novelas y revistas pornográficas. Esto dio lugar a que las obras fueran distribuidas solamente a comercios especializados en ese género. Sin embargo, los relatos de Trout, con una sola excepción^[1], contenían escaso material que fuera explícitamente erótico. Sin el permiso ni el conocimiento del autor, la World Classics Library puso portadas insinuantes a sus novelas y utilizó sus cuentos cortos como relleno de revistas de fotos eróticas.

En los últimos años, sin embargo, su narrativa ha llamado la atención de algunos notables críticos y escritores, tanto dentro como fuera de la ciencia ficción. El profesor Pierre Versins, por ejemplo, en su voluminoso estudio Encyclopédie de l'Utopie, des Voyages Extraordinaires et de la Science Fiction (Ediciones l'Age d'Homme, S. A., Lausanne, Suiza, 1973), dice de Trout: «Un estudio sobre las obras, demasiado postergadas, de este autor sería bien venido.»

Esto es cierto, pero la empresa de coleccionar su conjunto completo de obras es formidable. Ni el más adinerado e infatigable de los coleccionistas podría jactarse de poseer todos los relatos de Trout. Esta Venus en la concha, por ejemplo, es una obra tan rara que su único propietario conocido exigió una gran suma por su ejemplar, para que pudiera ser reimpresso.

Sin embargo, como ha pronosticado un eminente escritor, la carrera de Trout está en ascenso. Kilgore Trout está pronto a ingresar en la corriente literaria mayor. Que el autor ya no es indiferente a sus creaciones es cosa demostrada por su insistencia en reescribir Venus en la concha, actualizándola hasta cierto punto, y ampliando el personaje Chworktap.

1

LA LEYENDA DEL VAGABUNDO DEL ESPACIO

Ve, viajero.

Ve a cualquier parte. El universo es un sitio grande, quizá el más grande. No importa. Dondequiera que desembarques oirás hablar de Simón Wagstaff, el Vagabundo del Espacio.

Incluso en planetas donde nunca apareció, su historia es cantada en baladas y narrada en las tabernas de los puertos espaciales. La leyenda y el folklore lo han convertido en una figura popular entre los diez mil millones de planetas habitables, y es el héroe de series de TV en por lo menos un millón de ellos, según los últimos datos.

El Vagabundo del Espacio es un terrestre que nunca envejece. Viste pantalones *jeans* y un jersey gris y arrugado, con remiendos de cuero marrón en los codos y un enorme monograma al frente: SW^[2]. Tiene un parche negro sobre su ojo derecho. Lleva siempre consigo un banjo a energía atómica. Tiene tres compañeros constantes: un perro, una lechuza y un robot femenino. Es un tipo gentil y sociable que nunca rehúsa una petición de autógrafo. Su único defecto, y es terrible, es formular preguntas que nadie puede contestar. Por lo menos, las formulaba hace mil años, cuando desapareció.

Esta es la historia de su búsqueda y de por qué ya no se le ve en el Cosmos conocido.

Ah, sí, además sufre de una vieja herida en su parte posterior y por tanto no puede estar sentado durante mucho rato. Una vez, le preguntaron cuál era la sensación de no tener edad.

Contestó:

—La inmortalidad es un dolor en el trasero.

2

SIEMPRE LLUEVE EN LOS PICNICS

Hacer el amor en un picnic no es nada nuevo. Pero éste era encima de la cabeza de la Esfinge de Gizeh.

Simón Wagstaff no lo estaba disfrutando del todo. Las hormigas, siempre presentes en cualquier picnic al aire libre, estaban subiendo por sus piernas y nalgas. Una había quedado atrapada donde nadie sino Simón podía estar interesado. Debió de pensar que había caído entre el pistón y el cilindro de un anticuado motor de automóvil.

Simón estaba perseverando, sin embargo. Al rato, él y su novia rodaron hacia un costado y quedaron jadeantes, contemplando el cielo egipcio.

—Estuvo bien, ¿verdad? —dijo Ramona Uhuru.

Simón pensó contarle lo de la hormiga. Pero si ésta todavía estaba corriendo, o renqueando, ella debería ser la primera en saberlo.

—Ciertamente no fue común —dijo Simón—. Vamos. Es mejor que nos pongamos la ropa antes de que aparezca algún turista.

Simón se incorporó, se puso sus pantalones, su jersey gris arrugado y sus sandalias de imitación cuero de camello. Ramona se deslizó en su caftán escarlata y abrió la caja de picnic, llena de vituallas, incluyendo una botella de vino etíope: León Carbonado de Judah.

Ramona, hablando de una cosa y otra, alisó la manta navajo, hecha en Japón. Ramona había sido hecha en Menfis (de Egipto, no de Tennessee).

Simón había sido hecho durante la luna de miel de sus padres en Madagascar. Su padre era en parte griego, en parte judío irlandés, y era un crítico musical que escribía bajo el nombre K. Kane. Todos pensaban, con fundamento, que la K. significaba *Killer* (asesino). Se había casado con una hermosa mezzosoprano india Ojibway, que cantaba bajo el nombre de Minnehaha Langtry. El aire acondicionado se había descompuesto durante la noche de bodas, y atribuyeron los defectos de Simón a las condiciones

inclementes en que había sido concebido. Simón los atribuía a sus ocho meses en una matriz de plástico. Su madre no había querido arruinarse la silueta, así que lo quitó de su matriz y lo puso en un cilindro conectado a una máquina. Simón había comprendido por qué su madre hizo eso. Pero no le pudo perdonar haberse dedicado después a comer, sin freno, engordando cerca de treinta kilos. Si se iba a convertir en obesa, ¿por qué no lo dejó donde correspondía?

Este no era, sin embargo, un día para meditar en traumas infantiles. El cielo estaba tan azul como las venas de una criatura, y la brisa suministraba aire acondicionado al espacio exterior.

Tomó la guía y la leyó mientras bebía el vino. El libro decía que la Esfinge se había originado con los egipcios. La imaginaban como una criatura que tenía rostro de hombre y cuerpo de león. Por otro lado, los griegos, una vez que se enteraron de la Esfinge, la convirtieron en una criatura con cabeza de mujer y cuerpo de leona. Hasta tenía senos de mujer, adorables conos blancos de punta rosada, que debían de haber distraído a los hombres mientras pensaban en las respuestas a sus preguntas. Edipo había ignorado estos obstáculos del pensamiento, lo que quizá no decía mucho a favor de Edipo. Era un poco extraño, se había casado con su madre, había matado a su padre. Había contestado correctamente la pregunta de la Esfinge, pero eso no le evitó problemas después.

La guía que tenía en las manos decía que el rostro de la Esfinge tenía, supuestamente, los rasgos del faraón Kefrén. El libro de guía en su bolsillo posterior decía que el rostro pertenecía al dios Harmachis.

No importaba cuál tuviera razón. La Esfinge reconstituida tenía ahora los rasgos de una famosa estrella de cine.

—¡No estás atendiendo! —dijo Ramona.

—Lo lamento —dijo Simón. Y lo lamentaba. Este era uno de esos raros momentos en los que Ramona se daba cuenta repentinamente de que estaba hablando sola. Estaba asustada. Los que hablan solos son locos, o profundos pensadores, o solitarios, o las tres cosas. Ella sabía que no estaba loca y que no era una profunda pensadora, así que debía estar solitaria. Y temía a la soledad más que a ahogarse, que era su horror favorito.

Simón estaba solitario, también, pero principalmente porque creía que el universo no se portaba correctamente al no dar respuesta a sus preguntas. Pero éste no era el momento de pensar en sí mismo.

—Oye, Ramona, aquí hay una canción de amor para ti.

Se titulaba *Las Matemáticas Anatemáticas del Amor*. Estaba tomada de los poemas del «conde» Hipólito Bruga, nacido Julius Ganz, un expresionista de principios del siglo XX. Ben Hecht había escrito una biografía suya, pero la única copia sobreviviente estaba en los archivos del Vaticano. Aunque los críticos consideraban a Bruga un poeta menor, para Simón era el preferido y había puesto música a muchas de sus obras.

Primero, sin embargo, Simón pensó que debía explicarle las referencias y la situación, ya que ella no leía nada, excepto las revistas de *Confesión Sincera* y los *best-sellers*.

—Robert Browning era un gran poeta victoriano que se casó con una poetisa menor llamada Elizabeth Barrett —le dijo.

—Eso lo sé —dijo Ramona—. No soy tan tonta como tú crees. Vi *The Barrets of Wimpole Street* en la televisión el año pasado. Con Peck Burton y Marilyn Mamri. Era muy triste; el padre de ella era un canalla. Mató al perrito de Elizabeth porque ella se fugó con Browning. El viejo Barrett miraba con deseo a su propia hija, ¿puedes creerlo? Bueno, en verdad ella no se fugó. Estaba paralizada de la cintura hacia abajo y Peck, quiero decir Browning, tenía que empujarla en su silla de ruedas por las calles de Londres, mientras el padre procuraba perseguirlos con un caballo y un coche. Es la más excitante escena de persecución que yo haya visto.

—Supongo —dijo Simón—. Así que estás enterada sobre ellos. Bien, Elizabeth compuso una serie de poemas de amor para Browning, Sonetos de la Portuguesa. Él la llamaba su Portuguesa porque era muy morena.

—¡Qué dulce!

—Sí. Bien, el soneto más famoso es uno en el que ella enumera las variedades del amor que siente por él. Esto inspiró el poema de Brugas, aunque él no lo puso en forma de soneto.

Simón cantó:

«“¿Cómo te amo? Déjame calcular
Las maneras”, dijo Liz. Pero las adiciones mentales
Se sustraían a las emisiones de Bob Browning,
Dividiendo el vigor necesario para animarla,
Aquí está lo que él dijo a la Portuguesa
Para separar sus rodillas muertas.
“Contar no es lo que cuenta,
Un más, un menos, se puede empujar.
¡Oh, la mujer debajo y el hombre arriba.
Eso es lo que inspira a los montes y a las fuentes!
Al diablo con las bellezas de Euclides,
¡Liz, saca tu trasero de esa silla!”»

—Esas fueron las últimas palabras de Bruga —agregó Simón—. Fue
muerto de una paliza, un minuto después, por un borracho enojado.

—No le culpo —murmuró Ramona.

Plumas de tristeza volaron en derredor de ambos. Ramona cacareó como
si hubiera puesto un huevo. Era, sin embargo, nerviosidad y no alegría lo que
ella proclamaba. Siempre se ponía sensible cuando él adoptaba un humor
melancólico.

Fue entonces cuando Ramona se dio cuenta de que su humor venía más
de afuera que de adentro. La brisa había cesado, y había caído un silencio tan
grueso y pesado como el nacimiento de un hongo en una mina de diamantes o
como un gas que surcara una reunión de plegarias. El cielo estaba manchado
con nubes tan negras como los fragmentos podridos de una banana. Y sin
embargo, sólo un minuto antes, el horizonte había estado tan continuo como
una genealogía falsa.

Simón se incorporó y puso el banjo en su estuche. Ramona se ocupó de
guardar platos y tazas en la canasta.

—No puedes confiar en nada —dijo, ya cerca de las lágrimas—. Nunca,
nunca llueve aquí en la estación seca.

—¿Cómo llegaron esas nubes sin un soplo de viento? —preguntó Simón.

Como de costumbre, su pregunta no fue contestada.

Ramona terminaba de plegar la manta cuando cayeron las primeras gotas. Los dos comenzaron a atravesar la parte superior de la cabeza, hacia los escalones, pero no llegaron allí. Las gotas se convirtieron en un cuerpo de agua, como si todo el cielo fuera una gran garrafa que algún gigante borracho hubiera volcado accidentalmente. Fueron tirados al suelo, y la canasta fue arrancada de las manos de Ramona y enviada hacia un lado de la cabeza. Ramona casi se fue, también, pero Simón atrapó su mano y ambos reptaron hasta la verja en el borde de la cabeza y se aferraron a una barra.

Más tarde, Simón no podía recordar vívidamente casi nada. Era un largo borrón de horror atontado, de pesadez brutal de la lluvia, el frío, los dientes que castañeteaban, las manos doloridas de asirse a la barra de hierro, la oscuridad creciente, un repentino aflujo de gente que se había escapado del suelo, un vago preguntarse por qué se habían agrupado en la cabeza de la Esfinge, una comprensión aterradora del motivo cuando un mar cayó sobre él, su trepar lleno de pánico para no hundirse, su separación de la barra cuando el agua subió hasta su nariz, un solo grito apagado de Ramona, en alguna parte de esa invasión, y después estaba nadando sin tener dónde ir.

El estuche con el banjo flotaba delante de él. Lo atrapó. Le facilitaba flotar, y después de quitarse toda la ropa, podía mantenerse agarrándose al estuche y deslizándose en el agua. Un poco después llegó al borde de la Gran Pirámide. Simón flotaba, tratando vanamente de comprender que había caído tanta agua que la tierra árida de Egipto estaba ahora sumergida bajo ciento sesenta metros de agua.

Y después vino el momento, en la oscuridad de la noche, y en la lluvia casi sólida, en que se preparó para abandonar su espectro remojado y dejarse hundir, Simón era ateo, pero rogó a Jahvé, el dios de su padre; a María, la deidad favorita de su abuela; a Gitche Manitou, el dios de su madre. No podría hacerle daño.

Antes de rendirse, tropezó con algo sólido. Algo que también era hueco, porque resonaba como un tambor bajo los golpes de la lluvia.

Pocos segundos después, el sonido se detuvo. Estaba tan atontado que pasó algún tiempo antes de comprender que se debía a que también la lluvia

se había interrumpido.

Anduvo a tientas alrededor del objeto. Tenía forma de ataúd, pero era demasiado grande para ser un ataúd, a menos que contuviera un elefante muerto. La parte superior era lustrosa y estaba cubierta por unos veinte centímetros de agua. Levantó el estuche del banjo y lo hundió. El objeto tembló un poco bajo su peso, pero colocándole las palmas de las manos consiguió bastante apoyo para colocarse lentamente sobre la superficie chata y después sobre su centro.

Se quedó allí jadeante, boca abajo, demasiado frío y miserable para poder dormir. A pesar de lo cual, comenzó a dormir, aunque sus sueños no fueron gratos. Pero rara vez lo eran.

Cuando se despertó miró su reloj. Eran las 7.08. Había dormido por lo menos doce horas, aunque no habían sido reparadoras. Entonces, sintiéndose caliente de un lado, se dio la vuelta lentamente. Un perro se había apretado junto a él. Poco después, el perro abrió un ojo. Simón lo palmeó y se estiró boca abajo, con un brazo encima del animal. Tenía hambre, lo que le hizo pensar si no terminaría por tener que comerse al perro. O viceversa. Era un perro mestizo que pesaría unos treinta kilos, contra sus propios setenta. Probablemente el perro era más fuerte que él y tendría hambre. Los perros siempre tienen hambre.

Se durmió de nuevo, y cuando se despertó era otra vez de noche. El perro se había incorporado. Era de un color amarillo-marrón claro, de forma alargada, y caminaba rígido como si tuviera artritis. Simón lo llamó, porque no quería romper el delicado equilibrio. Vino hacia él y le lamió la cara, aunque Simón no supo si lo hizo por una necesidad de afecto o por un deseo de conocer su sabor. Eventualmente se quedó dormido, despertándose tan duro como un madero (o como un hueso enterrado hacía mucho tiempo por un perro). Pero hacía calor. Las nubes se habían ido, el sol estaba alto y el agua en la superficie del objeto se había secado.

Por primera vez pudo verlo, aunque todavía no sabía qué era. Tenía unos tres metros de largo, más de dos de ancho y una cubierta plástica transparente.

Miró hacia abajo y vio la cara de un hombre muerto.

3

SÍNTESIS POR INVOCACIÓN

Rasguea el viejo banjo, Simón, mientras la diosa, la musa, susurra en tu oído las palabras que debes cantar para que nos apuremos dentro del relato. Canta cómo te encontraste encima de una caja de vidrio que contenía la momia de Merneptah. Era el faraón que dio a Moisés tiempos difíciles, aunque Moisés y los escritores del Viejo Testamento lo trataron peor. Su momia había sido exhibida en una caja a prueba de aire, y así flotó, y así salvó a Simón y al perro. Durante días navegaron a la deriva, comiéndose partes de un faraón seco, lleno de resina, y enfermándose de él y con él.

Canta, Simón, cómo llamaste Anubis al perro, por el dios de los muertos con cabeza de chacal de los antiguos egipcios. Canta cómo abandonaste esa caja por el *Hwang Ho*, la nave espacial china sin tripulación que encontraste flotando en el mar. Canta cómo tú y el perro comieron mucho de su despensa, aunque tuviste hambre una hora después. Canta, Simón, cómo una lechuza voló hacia el barco y tú la adoptaste, ¿o fue al revés?, y la llamaste Atenea, por la diosa de la sabiduría, que llevaba una lechuza en su hombro, provocando problemas sanitarios.

Y canta, Simón, cómo cantaste una canción triste que incluía estas líneas:

«La tierra está toda lavada
El juego de la vida se acabó
A causa de la lluvia.
No habrá reembolsos.»

Y canta, Simón, cómo el *Hwang Ho* llegó hasta el monte Ararat, y cómo caminaste hasta la cima, maravillándote de la coincidencia, que sólo podría ocurrir en una mala novela o en la vida. Canta cómo te quedaste contemplando, silencioso, con una loca conjetura (no te importa robarle a

Keats). Excepto por los sitios más altos, la Tierra estaba cubierta de agua.
¿Eras el único ser humano que quedó vivo?

Y canta entonces, Simón, cómo viste al anciano, al viejo marinero del espacio.

4

¿CÓMO VA EL PARTIDO?

El anciano que se tambaleaba balbuceando hacia él parecía tener cien años. Su cabeza era calva y tenía una larga barba gris que le llegaba a las rodillas. Sus ropas pertenecían a un estilo pasado de moda seiscientos años antes. Usaba guantes amarillos, una gorguera blanca y un abrigo demasiado estrecho en la cintura. En realidad tenía seis siglos, pero había envejecido lentamente porque había pasado mucho tiempo en naves espaciales más veloces que la luz.

Simón llevó al viejo hasta el *Hwang Ho*. Lo sentó en una silla cómoda y le dio un vaso de vino de arroz. El viejo lo bebió de un trago y luego, asiendo a Simón con una mano flaca, habló:

—¿Quién ganó el campeonato?

—¿Qué? —preguntó Simón—. ¿Qué campeonato?

—El campeonato mundial de 2457 —dijo el viejo—. ¿Ganaron los St. Louis Cardinals o los Tokyo Tigers?

—¡Por Dios, cómo podría saberlo! —exclamó Simón.

El hombre lanzó un gemido y se sirvió otro vaso de vino. Lo olfateó, se restregó la nariz y preguntó:

—¿No tiene cerveza?

Simón fue a la despensa y trajo la Única botella de cerveza que quedaba. Debía de haber sido propiedad del único marinero alemán a bordo. Junto a su litera había retratos de Beethoven, Bismarck, Hitler (después de un milenio era un héroe romántico) y Otto Munchkin, el primer hombre que murió en un «Volkswagen». El marinero tenía también una pequeña librería, en su mayor parte libros chinos o alemanes. Simón había quedado intrigado por el título de uno, *Die Fahrt der Snark*, pero resultó que no era un comentario sobre los problemas digestivos de Lewis Carroll, después de todo. Era sobre un viaje que algún escritor de principios del siglo XX, llamado Jack London, había

hecho a los Mares del Sur. London se había suicidado después, cuando la gente que él había amado y en quien había confiado le dio la espalda.

Simón volvió hasta el anciano y le alcanzó la cerveza.

—¿Ahora se acuerda? —preguntó el viejo.

—¿De qué?

—¿Quién ganó el campeonato?

—Nunca me importó el béisbol —dijo Simón—. ¿Me está hablando de béisbol, no?

—¿No es usted americano?

—Ya no hay nacionalidades —dijo Simón—. Sólo terrícolas, una especie en peligro. ¿Cómo se llama usted?

—Silas T. Comberbacke, hombre del espacio de primera clase —contestó el viejo. Bebió un largo trago y suspiró en éxtasis.

Cuando la mente de Comberbacke se apartó del béisbol, habló como si no hubiera hablado en inglés durante seiscientos años. Lo cual era cierto. Había dejado la Tierra en el año 2457, porque su novia se había fugado con un peluquero.

—Lo que le da una idea sobre la personalidad básica de ella —dijo el viejo Comberbacke—. ¡Jesús, si él no sabía nada de béisbol!

Un día, mientras bebía en un bar en un planeta de la Galaxia NGC 7217, Comberbacke decidió repentinamente volver al hogar y descubrir quiénes habían ganado el campeonato de 2457. Lo había estado preguntando durante años a otros hombres del espacio, pero ni siquiera los aficionados lo sabían. Eran demasiado jóvenes para recordar algo tan antiguo. Así que, en un impulso, había tomado «prestado» un pequeño vehículo espacial y había partido.

—Volví aquí hace dos días, estacioné mi nave del otro lado de la montaña y caminé alrededor tratando de encontrar a alguien que pudiera decirme cómo había terminado el partido.

—Yo confiaba en que usted supiera cómo se provocó esta lluvia —dijo Simón.

—Oh, lo sé. Quiero decir: ¿quién ganó el campeonato? Pues el día en que yo me fui, los Cardinals y los Tigers estaban empatados. Maldita sea, si no

me hubiera enojado tanto con Alma, me habría quedado hasta que terminara.

—Ya sé que mi pregunta es trivial —insistió Simón—. Pero ¿qué ocurrió para que lloviera tanto?

—No se enoje —dijo el anciano—. Si hubiera visto tantos mundos destrozados como yo he visto, y tantos otros a punto de ser destrozados, no lo tomaría como algo tan personal.

Comberbacke terminó con su botella y tamborileó los dedos sobre el brazo de la silla. Finalmente, Simón dijo:

—Bueno, ¿qué ocurrió?

—Bien, deben de haber sido los Hoonhors.

—¿Qué es un Hoonhor?

—Jesús, no sabe nada, muchacho —dijo Comberbacke—. ¡Son la raza que está limpiando el universo!

Simón suspiró y pacientemente le pidió que retrocediera y comenzara desde el principio. Los Hoonhors, supo, eran gente de un planeta de alguna galaxia desconocida a un billón de años luz. Eran posiblemente la especie más altruista del universo. Habían actuado bien para sí mismos, y ahora estaban actuando bien para otros.

—Una cosa que no pueden tolerar es ver cómo alguna gente puede matar su propio planeta. Ya sabe, la polución. Así que han estado localizando esos planetas, y cuando los encuentran, los limpian. Han «sanitizado», así lo llaman, «sanitizado», han sanitizado quizá un millar de planetas, sólo en la Vía Láctea. ¿*Realmente* no había oído hablar de ellos?

Comberbacke sabía que los Hoonhors habían provocado el Segundo Diluvio. Había visto pasar una de sus naves cuando atravesó la órbita de Plutón en su viaje.

—Lo que hacen es lanzar en la atmósfera de un planeta una sustancia que precipita toda partícula de H₂O en el aire. ¡Usted no podría creer en semejante lluvia!

—Podría, sí —dijo Simón.

El viejo se emborrachó y quedó dormido. Simón lo puso en la cama y sacó al perro a pasear. La brisa, que venía del sur, estaba espesa y pegajosa con el olor de cadáveres descompuestos. Al evaporarse el agua, había dejado

a lo largo de la montaña los cuerpos de animales, pájaros y seres humanos. Esto hacía felices a los pocos buitres y ratas sobrevivientes, lo que demuestra la verdad del viejo proverbio sobre malos vientos. Pero el hedor casi tumbó a Simón, No podría deambular mucho más por allí, a menos que se encerrara en la nave y esperara que toda la carne podrida fuera devorada.

Simón miró desde la colina hacia abajo los cadáveres de cientos de hombres, mujeres y niños. Y lloró.

Todos ellos habían sido alguna vez criaturas que necesitaban y pedían amor y que creían ser inmortales. Aun el peor de ellos aspiraba al amor y se habría sentido mejor si hubiera podido encontrarlo. Pero cuanto más se asían a él, en menos adorables se convertían. Incluso los adorables sufrían dificultades para encontrar amor. Y entonces, ¿qué probabilidad tenían los otros?

La especie humana había procurado, durante un millón de años, encontrar el amor y la inmortalidad. Había hablado mucho sobre ambas cosas, pero la Humanidad siempre hablaba mucho sobre cosas inexistentes. O, si existían, eran tan raras que casi nadie las reconocía al verlas. El amor era escaso y la inmortalidad era algo deseado, improbadado e improbable.

Por lo menos, así era en la Tierra.

Un poco después, se incorporó y sacudió su puño hacia el cielo.

Y entonces fue cuando decidió dejar la Tierra y comenzar a formular la pregunta básica.

¿Por qué somos creados sólo para sufrir y morir?

5

EL BOOJUM DEL ESPACIO

Simón exploró el terreno caminando. Encontró la nave espacial para un solo pasajero donde Comberbacke la había dejado. Había sido construida por la Compañía de Naves Espaciales Titanic & Icarus, que a Simón no le inspiraba confianza. Después de examinarla decidió, sin embargo, tripularla de vuelta hasta el *Hwang Ho*. La iba a depositar en el espacio grande de la cubierta sobre la popa. Podría usarla para un transbordo, o como bote salvavidas, durante sus viajes por el espacio interestelar.

Cuando volvió a la nave grande, descubrió que el anciano se había ido. Simón salió otra vez a pie. Después de caminar por la ladera fangosa, encontró a Comberbacke merodeando entre las ruinas de una aldea. El anciano miró hacia arriba cuando escuchó el chapoteo de los pies de Simón.

—Hasta una aldea armenia debería tener biblioteca —dijo—. Ya no hay analfabetos. Así que debe de haber un libro con los resultados del campeonato mundial.

—¿Es eso todo lo que le hace falta para ser feliz?

El viejo pensó un minuto.

—No. Si consiguiera una erección sería mucho más feliz. ¿Pero para qué me serviría? No hay ninguna mujer a la vista.

—Yo pensaba más en alguien que pudiera servirle de compañera y quizá también de enfermera.

—Encuéntreme a alguien que le guste el béisbol —dijo Comberbacke,

Simón se alejó sacudiendo la cabeza. Ya estaba anocheciendo cuando volvió a la nave. Salía luz de la puerta principal, que había quedado abierta. Se apuró para entrar a la nave y cerró la puerta tras él. Llamó al anciano por su nombre. Comberbacke no contestó. Simón fue a la sala de juegos y encontró al viejo en una silla, Su cabeza había volado. Una pistola china yacía en su regazo. Sobre la mesa, delante de él, había un libro manchado de

agua y de barro, con las páginas abiertas y empapadas. Pero no era agua lo que había caído sobre ellas.

El libro era la *Encyclopedia Terrica*, volumen IX, Barracuda a Bay Rum.

No había ninguna nota de despedida escrita por Comberbacke, pero Simón leyó bajo el rótulo *Béisbol, Campeonato Mundial*, todo lo que necesitaba saber. El campeonato del año 2457 había terminado en un escándalo. Hacia la mitad del partido final, Cardinals, 3 - Tigers, 4, la policía había arrestado a cinco hombres de St. Louis. El comisario tenía pruebas de que habían aceptado dinero de ciertos apostadores para entregar el partido. Los Tokyo Tigers ganaron por esa conducta de sus rivales, y a los cinco hombres se les habían aplicado las penas máximas.

Simón enterró al viejo y puso encima un mojón. En la piedra rasguñó estas líneas:

SILAS T. COMBERBACKE

2432-3609

Fanático del Espacio y del Béisbol

Esta piedra esconde un pecado cardinal.

Un montón de siglos transcurrieron antes

De que supiera sobre ese match predestinado

Lo bueno que habría sido continuar meditando

En el Espacio. Con su héroe ya prostituido,

No se preocupó más por el estrépito del estadio.

Es mejor no saber cómo va el partido.

La última línea era un buen consejo, pero Simón no lo siguió.

Volvió al *Hwang Ho*, cerró la escotilla y se sentó ante el panel de control en el puente. Los mapas estelares estaban acumulados en los circuitos de la computadora. Si por ejemplo Simón quería ir al sexto planeta de 61 Cygni A, sólo tenía que apretar los botones respectivos. El resto lo hacía la computadora.

—Llévame a alguna galaxia no explorada, y desde allí tocaremos de oído

—escribió Simón.

Pocos segundos después era lanzado a la oscuridad desconocida, La nave podía conseguir 69.000 veces la velocidad de la luz, pero Simón la mantuvo a 20.000. El viaje mismo se llamaba *soixante-neuf* porque eso significaba sesenta y nueve en francés. Había sido creado en el año 2970 por un francés cuyo nombre exacto Simón no recordaba. Era Pierre le Chanceux o Pierre le Chancreux, no estaba seguro, porque no había estudiado la historia del Espacio.

Cuando la primera nave equipada con el mecanismo, la *Golden Goose*, había sido acelerada hasta la velocidad máxima, los de a bordo se habían asustado por un ruido creciente. Este había comenzado a 20.000 veces la velocidad de la luz. Mientras la nave aceleraba, el ruido se hacía más fuerte y más alto. A los 69 X, la nave se llenó del ruido que uno escucha cuando una mujer de pelvis estrecha da a luz, o cuando a un hombre le pegan en los testículos. Había muchas teorías sobre la procedencia del ruido. Y después, en el año 2980, el doctor Maloney, que era brillante cuando estaba sobrio, resolvió el misterio. Al parecer el impulso conseguía toda su energía, excepto la del despegue, al acercarse a la quinta dimensión. Esta dimensión contenía estrellas iguales a las nuestras, excepto que eran de forma penta-dimensional, sea ello lo que fuere. Estas estrellas eran criaturas vivas, seres de compleja estructura, así como las estrellas de nuestro universo estaban vivas. Los esfuerzos para comunicarse con las estrellas habían fallado, sin embargo. Quizás ellas, igual que las marsopas, simplemente no tenían interés en hablar con nosotros. No importa. Lo que importaba era que el impulso de la nave quitaba la energía a esas cosas vivientes. No les gustaba morir. Por tanto, explicó el doctor Maloney, gritaban.

Esto alivió a mucha gente. Algunos insistían, sin embargo, en interrumpir los viajes interestelares. Podríamos matar a seres inteligentes. Sus opositores puntualizaban que esto sería lamentable, si fuera verdad. Pero como otras especies utilizaban el impulso, las estrellas igualmente serían ultimadas. Si nos negáramos a utilizarlo, no tendríamos progreso. Y estaríamos a merced de enemigos mercenarios en el espacio exterior.

Por otra parte, no había ninguna prueba de que las estrellas penta-

dimensionales fueran más inteligentes que los gusanos.

Simón ignoraba cuál era la verdad. Pero no le gustaba escuchar los gritos, que eran tan fuertes a 69 X que ya no servían los tapones para los oídos. Por eso mantuvo la nave a 20 X. A esa velocidad, confiaba en dañar poco a las estrellas.

El perro había estado gimiendo y lloriqueando por un rato, pero de pronto comenzó a ladrar fuerte y a correr alrededor. Le gritó a Anubis, que no le prestó la menor atención. Finalmente, Simón recordó algo que había leído en la escuela y que había visto en algunas series de la TV. Se asustó, aunque no estaba seguro de tener bastante motivo para asustarse.

Como es sabido, los perros eran psíquicos. Veían cosas que los hombres suelen llamar fantasmas. Ahora se sabía que éstos eran realmente objetos penta-dimensionales que pasaban a través del espacio sin ser percibidos por los groseros sentidos del hombre. Circulaban a través de ciertos canales delineados por la forma de la quinta dimensión. El principal canal de la Tierra pasaba por las Islas Británicas, razón por la cual Inglaterra tenía más «fantasmas» que ningún otro sitio del planeta.

Toda nave terrestre que saliera, al espacio más allá del sistema solar llevaba a un perro. El radar, como estaba limitado a la velocidad de la luz, no servía para una nave que viajara a velocidades superiores. Pero un perro podía detectar a seres vivos, incluso a un millón de años-luz, si estaban en el impulso sesenta y nueve. Para los perros, los otros seres en este mundo extradimensional *eran* fantasmas, y los fantasmas los asustaban.

Apretó un botón. Se animó una pantalla, mostrándole el lado derecho de la nave. No esperaba ver a la nave que se acercara, porque iba más rápido que la luz. Pero podía ver una especie de cañón negro, acercándose en un ángulo que habría de interceptar su curso. Esto, ya lo sabía, era el trazo dejado por una nave con empuje sesenta y nueve. Una de las peculiaridades de ese empuje era que la nave irradiaba detrás de sí una sombra, una negrura cónica de naturaleza desconocida. En caso de que Simón hubiera podido ver detrás de su propia nave, sólo habría visto un círculo de la nada.

Estaba convencido de que la nave que se le acercaba era una Hoonhor y lo estaba persiguiendo. Esa era la única razón que podía ocurrírsele de que la

nave no hubiera cambiado su rumbo, lo que resultaría en un choque si lo mantuviera. Probablemente los Hoonhors querían impedirle notificar a otros mundos los que habían hecho en la Tierra.

Apretó el pedal del acelerador hasta el piso, mientras la aguja de velocidad se mantenía hacia el lado derecho del dial. Torció también el volante hacia la izquierda para hacer un viraje. El desconocido corrigió inmediatamente su rumbo para seguirle.

El murmullo de los dos cuartos de máquinas se convirtió en un chillido fuerte y penetrante. Anubis aulló como en agonía y la lechuza comenzó a volar gritando. Simón puso tapones en sus oídos, pero no le aislaban del doloroso ruido. Tampoco podía taponar su conciencia. En algún lado, en alguno de los universos penta-dimensionales, un ser vivo estaba sufriendo una terrible tortura para que él pudiera salvarse.

Fue entonces cuando la sirena de un panel de control comenzó a silbar y las luces relampaguearon en rojo. Simón se alarmó aun más. Un boojum del espacio estaba delante de la nave.

Los boojums eran una especie de cavernas en un sistema de desagüe transdimensional. O una abertura en un cilindro multidimensional de ruleta. Todos los boojums de este universo eran entradas a mundos de otra dimensión, y si una nave resultaba absorbida por uno de ellos, podía perderse para siempre en un laberinto de conexiones. O, si su tripulación tenía suerte, podía ser expulsada nuevamente a este universo. La única salida de Simón, le gustara o no, era sumergirse en el boojum. Dudaba que el capitán de la nave Hoonhor tuviera el coraje de seguirlo hasta adentro.

De pronto, todo se volvió negro. Tampoco había sonido alguno. Después de lo que pareció horas, pero debió de haber sido sólo unos minutos —si es que el tiempo existía en ese lugar— se sintió como si estuviera derritiéndose.

Repentinamente estaban entre las estrellas. Simón casi gritó de alegría. Lo habían conseguido; no estaban condenados a viajar para siempre, como algún Holandés Errante, a través de los mares sin forma y sin luz del boojum.

Simón indicó al computador que llevara la nave hasta la galaxia más próxima y buscara un planeta habitado. Pasó una semana, computada por tiempo de la nave. Simón estudió filosofía y chino, cocinó alimentos para sí

mismo y para sus compañeros, limpió lo que ensuciaban el perro y la lechuza. Y entonces un día, en medio de su desayuno, sonó la señal de aviso. Simón corrió al cuarto de control y miró la pantalla del panel. Traducidas, las palabras chinas decían: «Aproximándose a sistema solar con planeta habitado.»

Simón condujo la nave para ponerla en órbita alrededor del cuarto planeta. Cuando el *Hwang Ho* estuvo cerca, Simón miró a través de un telescopio que podía captar en la superficie objetos tan pequeños como un ratón. Lo que más atrajo su atención fue una torre gigantesca al borde del más pequeño de dos continentes. Tenía más de un kilómetro en la base y tres de altura. Su forma era la de un corazón de confitura, con la punta clavada en el suelo. La superficie exterior era de un metal liso sin una abertura. Parecía como si hubiera sido hecha con un solo molde. Pero el metal tenía rayas blancas, negras, amarillas, verdes y azules. No estaban pintadas sino que parecían parte integrante del metal.

La imponente estructura parecía recién hecha. Sin embargo, se inclinaba hacia un costado como si el sólido granito de la base estuviera cediendo a los millones de toneladas de presión. Eventualmente, quizá en un millón de años, se caería. Había estado allí por miles de millones de años, mucho antes de que la población humana hubiera evolucionado desde los monos o aun desde los comedores de insectos. Quizás había sido levantada antes de que la vida hubiera reptado desde los mares primitivos, cálidos y nutritivos como la orina de un diabético.

Simón sabía algo de torres como ésta, la razón por la que se deleitaba en verla. Viajeros interestelares a galaxias distantes habían informado sobre tales torres en todos los planetas habitados de esos sistemas. No había ninguna, sin embargo, en los planetas de la galaxia de la Tierra. Nadie sabía por qué, aunque muchos se molestaban por tal desprecio.

De los seis millones de torres informadas hasta entonces por los turistas de la Tierra, todas habían sido como ésta. Los nativos de diversos planetas habían probado de todo, desde tornos con punta de diamante hasta rayos láser y bombas de hidrógeno, sin llegar a raspar el misterioso metal. La edificación era hueca. Un martillo podía hacerla sonar como un gong. Había hasta un

planeta con una orquesta sinfónica que tocaba sólo un instrumento: la torre. Los músicos se distribuían en escaños a diferentes alturas de la torre y la golpeaban con martillos, con lo que la forma y diseño de los cuartos internos determinaban a un kilómetro de distancia, y usaba dos banderas para impartir sus indicaciones.

El mayor acontecimiento musical en la historia de este planeta ocurrió cuando un director, Ruboklngshep, se cayó de la plataforma. La orquesta, tratando de atender el movimiento de las banderas que se agitaban en la caída, produjo seis frases de la música más exquisita jamás creada, aunque algunos críticos pusieron reparos a las tres últimas notas. El arte, igual que la ciencia, a veces consigue por accidente sus mejores resultados.

6

SHALTOON, EL PLANETA DEL TIEMPO IGUAL

Simón ordenó al computador que hiciera descender la nave sobre un gran campo, cerca del mayor edificio de una ciudad. La gente que salía del edificio tenía aspecto humano excepto por sus orejas puntiagudas, ojos amarillos con pupilas de gato y dientes afilados. Simón no se sorprendió. Todas las especies humanoides halladas hasta ahora descendían de simios, felinos, caninos, úrsidos y roedores. Simón los miró a través de los visores. Cuando los soldados se reunieron alrededor de la nave, apuntando con sus lanzas, arcos y flechas hacia el *Hwang Ho*, él salió. Mantuvo las manos altas en el aire para mostrar que era pacífico. No sonrió porque en algunos planetas mostrar los dientes era un signo de hostilidad.

—Soy Simón Wagstaff, el hombre sin planeta —dijo.

Simón tuvo dificultades para convencerles de que no quería aprovecharse de ellos. Quería algo de ellos, les dijo reiteradamente, pero no era nada material. Primero, ¿sabían algo sobre los constructores de la torre inclinada con forma de corazón?

La gente asignada para escoltar a Simón le dijo que todo lo que sabían era que los constructores eran llamados Clerun-Gowph en esta galaxia. Nadie sabía por qué, pero alguien alguna vez en algún lado debió haberlos encontrado. De otra manera, ¿por qué tenían un nombre? En cuanto a la torre, había estado allí, vacía e inclinándose lentamente, desde que los shaltonianos habían adquirido un lenguaje. Sin duda, había estado desde antes de eso.

Los shaltonianos tenían una leyenda según la cual cuando la torre se cayera, llegaría el fin del mundo.

Simón era adaptable y gregario. Pero se sentía incómodo con los shaltonianos. Había algo que estaba mal con respecto a ellos, algo que no podría describir.

Quizá, pensó, sería el fuerte olor a almizcle que se extendía sobre la

ciudad, superando al de la bosta en las granjas cercanas. El olor emanaba de todo shaltoniano adulto que se hubiera encontrado y era igual al de una gata en celo. Al poco tiempo entendió por qué. Todos ellos *estaban* en la época de celo, que se extendía durante todo el año. Su principal tema de conversación era el sexo, pero ni siquiera con este tema podían sostener mucho diálogo. A la media hora se ponían inquietos y pedían disculpas para retirarse, Si él los seguía, descubriría que él o ella entraban en una casa donde eran bien venidos por alguien del sexo opuesto. La puerta se cerraba, y a los pocos minutos se escuchaban desde la casa los ruidos más malditos.

Esto derivó en que no pudo conversar largamente con las escoltas que se suponía debían vigilarlo. Desaparecían, y alguien venía a tomar su lugar.

Por otra parte, cuando esas escoltas volvían al día siguiente, actuaban en forma extraña. No parecían recordar lo que se les había preguntado ni lo que habían dicho el día anterior. Al principio lo atribuyó a una escasez de memoria. Quizá fuera esto lo que había impedido que los shaltonianos progresaran más allá de una elemental sociedad agrícola.

Simón era un buen conversador, pero también un buen oyente. Una vez que aprendió el lenguaje, captaba una discrepancia de entonación entre los distintos escoltas. Variaba no sólo entre personas individuales, lo que debía esperarse, sino en el mismo individuo de un día al otro. Simón finalmente dedujo que no se sentía incómodo porque los shaltonianos fueran, desde su punto de vista, demasiado sexuales. Eso no le inspiraba repugnancia moral. Después de todo, no se podía esperar que los extraños fueran como los terrícolas. De hecho, su actitud se parecía más a la envidia.

Los terrícolas estaban dedicados a subirse a lo alto del montón, mientras los shaltonianos se dedicaban a subirse uno sobre otro.

Esto a Simón le pareció un buen arreglo, al principio. Una de las cosas malas de la sociedad humana era que poca gente tenía realmente un contacto íntimo. La gente que se pasaba mucho tiempo en la cama, sin embargo, debía estar llena de amor. Pero las cosas no eran así en este planeta. No había ni siquiera una palabra que significara «amor» en el idioma. No es que esto supusiera, en general, mucha diferencia entre la conducta de la Tierra y la de Shalton. Esta última parecía tener la misma cantidad de divorcios,

desacuerdos, peleas y crímenes que aquélla. Por otro lado, los shaltonianos no tenían muchos suicidios. En lugar de deprimirse, salían a fornicar.

Simón pensó sobre ese aspecto. Concluyó que quizá la sociedad de Shaltoon estuviera, después de todo, mejor organizada que la de la Tierra. Y no porque esto se debiera a alguna inteligencia superior entre los shaltonianos. Era un asunto de exceso de hormonas. La Madre Naturaleza, y no el cerebro, merecía ese crédito. Esto le deprimió, pero no buscó a ninguna hembra para sacudirse el estado de ánimo. Se fue a su cabina y tocó el banjo hasta que se sintió mejor. Después se puso a pensar en el significado de eso y se deprimió de nuevo. ¿Acaso no había hecho el amor consigo mismo, a través del banjo, en lugar de hacerlo a otro ser? ¿Las notas que salían de esas cuerdas no eran una forma perversa del yoísmo? ¿Su placer supremo derivaba de rasguear cuerdas y no de fornicar?

Simón apartó el banjo, que a cada minuto se parecía más a un falo desmontable. Salió con el propósito de utilizar su instrumento no desmontable. Diez minutos más tarde, estaba otra vez en la nave. Había pasado junto a un barril de lluvia y había mirado dentro. Allí, al fondo, había una criatura recién nacida. Había mirado alrededor para buscar un policía y notificarle, pero no había encontrado a ninguno. Se dio cuenta de que nunca había visto a un policía. Detuvo a un transeúnte y comenzó a preguntarle dónde quedaba la comisaría. Incapaz de hacerlo, porque no conocía la palabra correspondiente a «policía», llevó al transeúnte hasta el barril y le mostró lo que había dentro. El ciudadano se encogió de hombros y siguió su camino. Simón caminó hasta que encontró a una de sus escoltas. La mujer se sorprendió al encontrarlo sin compañía y le preguntó por qué había dejado la nave sin notificarlo a las autoridades. Simón dijo que eso no era lo importante. Lo importante era el caso de infanticidio que acababa de descubrir.

Ella no pareció entender lo que él decía. Lo siguió y miró dentro del barril. Entonces levantó la vista con una extraña expresión. Simón, sabiendo que algo andaba mal, miró de nuevo. El cadáver había desaparecido.

—Pero juro que estaba aquí hace cinco minutos —insistió.

—Desde luego —dijo ella fríamente—. Pero los hombres de los barriles lo han sacado.

A Simón le llevó algún tiempo meterse en la cabeza la idea de que no había visto nada raro. En verdad, los barriles que había observado en cada esquina y bajo la lluvia rara vez parecían usados para juntar agua potable. Su utilidad principal era tirar las criaturas.

—¿No tienen la misma costumbre en la Tierra? —dijo la mujer.

—Allí es ilegal matar criaturas.

—¿Cómo evitan el crecimiento excesivo de la población? —preguntó ella.

—No lo evitamos.

—¡Qué bárbaros!

Simón perdió parte de su indignación cuando la mujer explicó que el promedio de vida de un shaltoniano era de diez mil años. Esto se debía a un elixir inventado unos doscientos mil años antes. Un efecto secundario de ese elixir era que un shaltoniano rara vez enfermaba.

—Así que debemos tener algún medio de conservar baja la cantidad de población —dijo ella—. De otra manera, estaríamos unos sobre otros en mil años o menos.

—¿Y los anticonceptivos?

—No están en nuestras costumbres. Interfieren con el placer del sexo. Por otra parte, todos deben tener una probabilidad de nacer.

Simón le pidió que aclarara esa observación aparentemente contradictoria. Ella contestó que un niño abortado carece de alma. Pero un niño que llega a salir al aire libre es dotado de un alma en el momento de nacer. Si muere unos segundos después, va al cielo. En verdad, es mejor que muera, porque se ahorra las dificultades y los dolores y las angustias de la vida. Sin embargo, para evitar que la población decrezca, se hacía necesario mantener viva a una de cada cien criaturas nacidas. Los shaltonianos dejaban que el azar decidiera quién viviría y quién no. Toda mujer que quedaba embarazada iba al Templo de Shaltoon. Allí elegía un número en una mesa de ruleta y si la bola caía en la casilla elegida, conservaba la criatura. Los Santos Croupiers le daban una tarjeta con el número afortunado, que ella se colgaba en el cuello hasta que la criatura tuviera un año de edad.

—El cilindro de ruleta está arreglado para que la probabilidad sea de uno

entre cien —dijo—. La casa gana habitualmente. Pero cuando gana una mujer, se declara una fiesta y ella es reina por un día. No hace gran negocio, porque pasa la mayor parte del tiempo presenciando el desfile.

—Gracias por la información —dijo Simón—. Me vuelvo a la nave. Hasta luego, Goobnatz.

—No soy Goobnatz —replicó ella—. Me llamo Dunnernickel.

Simón estaba tan agitado que no le preguntó qué quería decir con eso. Supuso que su memoria le habría traicionado. Al día siguiente le pidió disculpas.

—Otra vez equivocado —dijo ella—. Mi nombre es Pussyloo.

Existía una tendencia a que todos los extraños de una misma raza parecieran iguales a los terrícolas. Pero había estado allí el tiempo suficiente para distinguir a los individuos fácilmente.

—¿Los shaltonianos tienen un nombre diferente cada día?

—No —contestó ella—. Mi nombre siempre ha sido Pussyloo. Pero estuviste hablando con Dunnernickel ayer y con Goobnatz el día, anterior. Mañana será Quimquat.

Simón le pidió que se explicara.

—¿En la Tierra no tenéis rotación de antepasados? —preguntó.

—¿Qué diablos es eso?

—Es un fenómeno biológico y no sobrenatural —dijo ella—. Supongo que vosotros, pobres terrícolas, no lo tenéis. Pero el cuerpo de todo shaltoniano contiene células que llevan la memoria de un antepasado en particular. Los más antiguos están en el tejido anal. Los últimos en el tejido del cerebro.

—¿Quieres decir que cada uno lleva consigo la memoria de sus antepasados? —preguntó Simón.

—Eso es lo que dije.

—Pero me parece que con el tiempo una persona no tendría bastante espacio en su cuerpo para todas las células ancestrales —observó Simón—. Cuando uno calcula que los antepasados se duplican en cada generación hacia atrás, pronto no le queda espacio. Uno tiene dos padres, y cada uno de ellos tiene otros dos, y éstos tienen a su vez otros dos. Etcétera. Uno retrocede

cinco generaciones y ya tiene dieciséis tatarabuelos. Y así sucesivamente.

—Y así sucesivamente —confirmó Pussyloo.

—Uno debe recordar que si se retrocede en treinta generaciones, todos los seres vivientes tendrían antepasados comunes. Si no fuera así, el planeta de aquella época estaría tan lleno de personas como moscas hay en una pila de bosta.

—Pero hay otro factor que elimina la cantidad de antepasados. Las células de antepasados con personalidades más fuertes lanzan productos químicos que disuelven a las más débiles.

—¿Me estás diciendo que, incluso en el nivel celular, existe la ley de supervivencia del más apto? —preguntó Simón—. ¿Que el egoísmo es el agente dominante?

Pussyloo se rascó entre las piernas y dijo:

—Así es. No habría ningún problema si allí se terminara el asunto. Pero en los viejos tiempos, hace unos veinte mil años, los antepasados comenzaron su lucha por los derechos civiles. Después de una larga pelea, llegaron a un arreglo de *Tiempo Igual*. Funciona así: una persona nace y se le permite controlar su cuerpo hasta que llega a la pubertad. Durante ese período, el antepasado habla sólo cuando le hablan.

—¿Cómo hacen eso? —preguntó Simón.

—Es un asunto mental cuyos detalles no han aclarado aún los hombres de ciencia —contestó ella—. Algunos sostienen que poseemos un circuito nervioso que podemos conectar o apagar con el pensamiento. El problema es que los antepasados también pueden conectarlo. Solían hacerles pasar un mal rato a los pobres diablos que llevaban uno, pero ahora no abren ningún canal a menos que se les pida.

Agregó:

—De cualquier manera, cuando una persona llega a la pubertad, debe ceder a cada antepasado un día para él (o ella). El antepasado se hace cargo del cuerpo y de la conciencia del portador. El mismo portador tiene un día a la semana para sí mismo. Así sale adelante, aunque hay mucho regateo sobre eso. Cuando se completa el círculo, empieza de nuevo. Debido a la cantidad de antepasados, un shaltoniano no podría vivir lo suficiente para un ciclo

completo si no fuera por el elixir. Pero éste demora el envejecimiento para que el plazo de vida se extienda hasta los diez mil años.

—Lo que de hecho es veinte mil años, porque un año de Shaltoon es el doble del nuestro —dijo Simón.

Estaba asombrado.

7

LA REINA MARGARET

El Vagabundo del Espacio había estado pensando en irse. No había aquí mucho para él. Los shaltonianos no tenían siquiera una palabra para *filosofía*, sin contar la ontología, la epistemología y la cosmología. Sus intereses estaban en otro lado.

Cuando descubrió lo de la rotación de antepasados, sin embargo, decidió quedarse un poco más. Tenía curiosidad sobre la forma en que ese fenómeno único moldeaba la estructura extraña y compleja de la sociedad de Shaltoon. Además, para ser sincero, tenía una razón egoísta para no querer irse. Le gustaba ser agasajado, y el planeta siguiente podría tener críticos menos admirativos.

Lo primero que Simón descubrió en sus investigaciones fue que la rotación de antepasados provocaba una gran resistencia al cambio. Esto no sólo era inevitable sino también necesario. La sociedad tenía que funcionar de un día al siguiente, las cosechas debían ser cultivadas, cosechadas y transportadas, la administración del gobierno y de los negocios debía ser cumplida, el manejo de escuelas, hospitales y cortes debía continuar. Para que eso fuera posible, una familia conservaba la misma línea de trabajo o de profesión. Si un antepasado de mil generaciones atrás era cavador de pozos, uno también lo era. No existía la confusión de que un herrero fuera reemplazado un día por un juez y otro por un basurero.

El gran problema para manejar este tipo de sociedad era el deseo de todo antepasado de vivirlo en su día de posesión. Naturalmente, él o ella no quería perder su tiempo trabajando cuando podía estar comiendo, bebiendo o copulando. Pero todos entendían que si se le dejaba conducirse de acuerdo a sus deseos, la sociedad se vendría abajo y los portadores se morirían de hambre en poco tiempo. Así que, a regañadientes, todos hacían un día de trabajo de ocho horas y después de salir se volcaban a la orgía. Casi todos lo

hacían. Alguien tenía que cuidar a las criaturas recién nacidas y a los niños y alguien tenía que trabajar en las granjas el resto del día.

La única forma de manejar esto era que los esclavos se ocupasen de los niños y finalizaran con la labranza y las tareas del campo. En Shaltoon, la ley decía que ser una vez esclavo era serlo para siempre. Y sin embargo, ¿cómo se consigue que un esclavo ancestral trabaje todo el día en el único día, en quinientos años, en que le toca hacerse cargo de un portador? Para empezar, ¿quién habrá de supervisarlos? Ningún hombre libre querría invertir su precioso tiempo en supervisar a los ilotas. Y un esclavo que no fuera vigilado habría de zafarse.

¿Cómo se castiga a un esclavo si posterga el trabajo para disfrutar? Si es colgado, se mata también a miles de inocentes. Y además se reduce el número de esclavos, de los cuales, para empezar, no había suficientes. Si se le castiga, se castiga también a un inocente. Al día siguiente de los azotes el hombre o mujer culpable se quedaría en su celda, inutilizado por el dolor. El pobre diablo siguiente sería el que sufriría. Se quejaría de ser castigado por algo que no había hecho y su moral se vendería al suelo.

Las autoridades reconocían que ésta era una situación peligrosa. Si una cantidad suficiente de esclavos se enojara lo suficiente como para rebelarse, podrían hacerse cargo fácilmente del poder mientras sus amos estuvieran borrachos en medio de una orgía nocturna. La única forma de impedirlo era duplicar la cantidad de esclavos. De esta manera, un esclavo utilizaría cuatro horas hasta el segundo turno, y después iría a divertirse mientras otro esclavo tomaba su lugar. Esto tenía sus inconvenientes. El esclavo que se hiciera cargo de las últimas cuatro horas habría estado divirtiéndose en su tiempo libre y no estaría en condiciones de trabajar con eficacia. Pero esto no podía ser evitado.

Los esclavos adicionales necesarios tenían que ser conseguidos entre los hombres libres. Así las autoridades dictaron leyes por las que un hombre podía ser esclavizado si escupía en la acera o si estacionaba mal su caballo y coche. Hubo protestas y manifestaciones contra esta legislación, desde luego. El gobierno las esperaba y hasta confiaba en ellas. Arrestaron a los rebeldes y los convirtieron en esclavos. La sentencia se hizo retroactiva: todos los

antepasados se convirtieron también en esclavos.

Simón habló con una cantidad de esclavos y descubrió que era cierto lo que había sospechado. Casi todos los esclavos recientemente creados provenían de las clases pobres. Los pocos de las clases superiores habían sido liberados. De una manera u otra, los policías nunca vieron que un banquero, un juez o un hombre de negocios escupieran en la acera.

Simón quedó preocupado cuando descubrió esto. Había muchas leyes que él ignoraba y podía ser esclavizado si cometía algo indebido en presencia de un policía. Le aseguraron, sin embargo, que él no estaba sujeto a esas leyes.

—No, mientras se vaya en un par de semanas —le dijo su informante—. No le querríamos como esclavo. Tiene muchas ideas extrañas. Si se quedara mucho tiempo, podría difundirlas y contagiar a demasiada gente.

Simón no formuló comentarios. La analogía entre nuevas ideas y enfermedades mortales no era nueva para él.

Uno de los escritores favoritos de Simón era un autor de ciencia ficción que se llamaba Jonathan Swift Somers III. Había escrito un relato sobre el paralelo entre enfermedades e ideas. En su cuento *Quarantine!* (Cuarentena) un terrestre había desembarcado en un planeta desconocido. Estaba ansioso por estudiar a esos seres extraños, pero no le dejaban salir de su nave espacial hasta hacerle un examen médico. Al principio, pensó que sospechaban que pudiera traer gérmenes que ellos no estuvieran en condiciones de combatir. Después que aprendió su lenguaje, le dijeron que no era así. Los extraños seres habían perfeccionado mucho tiempo antes una panacea contra las enfermedades de la carne. Pero estaban preocupados porque él pudiera perturbar su sociedad, quizá destruirla, con pensamientos mortíferos.

Los funcionarios aduaneros, utilizando corazas mentales de plomo, interrogaron al terrestre minuciosamente durante dos semanas. Él transpiraba mientras hablaba, porque el método local de prevención de enfermedades, eficaz en un cien por ciento, era matar a la persona enferma. Su cuerpo sería quemado y las cenizas enterradas en una tumba sin marcas.

Después de dos semanas de tormento, el oficial principal dijo, sonriendo:

—Ahora puede circular entre nuestra gente.

—¿Quiere usted decir que tengo una célula de salud limpia? —preguntó

el terrestre.

—Nada de preocuparse —dijo el oficial—. Hemos escuchado todas sus ideas. No hay una sola en la que no hubiéramos pensado hace diez mil años. Usted debe provenir de un mundo muy primitivo.

Jonathan Swift Somers III, como la mayoría de los grandes escritores americanos, había nacido en el Medio Oeste. Su padre había sido un poeta ambicioso, cuya obra épica inconclusa no había sido impresa hasta mucho después de su muerte. Simón hizo una vez un peregrinaje hasta Petersburg, Illinois, donde el gran hombre estaba enterrado. El monumento era una silla de ruedas, hecha de granito y con alas. Debajo estaba el epitafio.

JONATHAN SWIFT SOMERS III

1910-2001

No necesitaba piernas

Somers había estado paralizado desde los diez años de edad. En aquellos días no existía una vacuna contra la polio. Somers nunca dejó la silla de ruedas en su, aldea natal, pero su mente viajaba por el universo. Escribió cuarenta novelas y doscientos cuentos cortos, la mayoría sobre aventuras espaciales.

Sus libros sobre la Luna y sobre Marte eran leídos mucho después de que los viajes hasta allí fueran ya aburridos. No importaba que Somers estuviera totalmente equivocado sobre esos sitios. Sus libros eran poéticos y dramáticos; la gente que retrataba yendo allí parecía más real que la que realmente iba. Al menos, parecía más interesante.

Somers pertenecía a la misma escuela literaria que el gran novelista francés Balzac. Este sostenía que podía escribir mejor sobre un sitio si no sabía nada sobre él. Invariablemente, cuando llegaba a un sitio que él hubiera descrito en un libro, quedaba desencantado.

Simón estaba preocupado de que él también pudiera inquietar a los shaltonianos. Es cierto que nunca les propuso nuevas ideas. Todo lo que hizo fue formular preguntas. Pero a menudo éstas podían ser más peligrosas que la

propaganda. Llevaban a nuevos pensamientos.

Parecía, sin embargo, que no habría de colocar ninguna novedad en las mentes de los shaltonianos. Los adultos nunca andaban cerca por más de un día. Los jóvenes estaban demasiado ocupados, jugando y educándose para el día en que les dieran posesión de sus cuerpos.

Hacia el final de su visita, en una espléndida mañana soleada, Simón dejó la nave para visitar el Templo de Shaltoon. Intentaba pasar el día estudiando los ritos que se cumplían allí. Shaltoon era la diosa principal del planeta, cuyo equivalente terrestre más cercano era Venus o Afrodita. Caminó por las calles, que encontró curiosamente vacías. Se estaba preguntando qué pasaría cuando fue sacudido por un grito salvaje. Corrió a la casa de donde provenía y abrió la puerta. Un hombre y una mujer se peleaban a muerte en la habitación delantera. Simón tenía como regla no interferir en una disputa entre marido y mujer. Era una buena regla, pero ningún humanitario podría cumplirla. En un minuto más, uno u otro en esa pareja sangrante y golpeada podría estar muerto. Saltó en medio de ellos y después saltó afuera para salvarse y corrió para cuidar su vida. Ambos se habían volcado contra él, lo que era de esperar.

Como era seguido por la calle, siguió corriendo. A medida que corría, escuchaba gritos y quejidos en las casas por las que pasaba. Al girar en una esquina, chocó contra una multitud vociferante, cada uno de cuyos integrantes parecía dispuesto a matar a quien estuviera a su alcance con puños, cuchillos, lanzas, espadas y hachas. Simón se dio la vuelta y corrió hacia la nave. Cuando la puerta estuvo cerrada tras él, se arrastró hasta la enfermería —«Anubis» lo seguía con gemidos y lamidas—, donde se vendó sus diversas heridas y cortes.

Al día siguiente se aventuró afuera con cautela. La ciudad era un revoltijo. Cadáveres y heridos cubrían las calles, mientras los bomberos estaban apagando todavía los fuegos que habían comenzado el día anterior. Sin embargo, nadie parecía beligerante, así que paró a un ciudadano y le preguntó por la debacle del día anterior.

—Era el Día Shag, tonto —comunicó el ciudadano, que siguió su camino.

Simón no estaba muy afectado por la grosería. Muy pocos de los nativos

parecían de buen humor cuando estaban sobrios. Esto se debía a que el cuerpo del portador era continuamente maltratado por los antepasados rotativos. Cada uno tenía que conseguir todo el disfrute posible en el tiempo autorizado entre el silbato de partida y la campana de cierre. El resultado era que lo primero que sentía el antepasado cuando tomaba turno era un terrible dolor de cabeza. Esto duraba todo día, haciéndole cansado e irritable hasta que tenía la posibilidad de matar el dolor con bebida.

De vez en cuando, el cuerpo caía en un colapso y era llevado a un hospital por ambulancias con asistentes borrachos y atendido allí por médicos y enfermeras que también estaban borrachos. El pobre diablo que tenía la posesión de ese día estaba demasiado enfermo para hacer otra cosa que yacer en cama, gruñendo y maldiciendo. La idea de que desperdiciaba su precioso y escaso día con la convalecencia de otro le ponía aún más enfermo.

Así que el Vagabundo del Espacio no se extrañó del mal humor del ciudadano. Siguió caminando y encontró a una mujer, sumamente vendada, pero excepcionalmente amable.

—Todos, si uno retrocede algunos miles de años, tenían los mismos antepasados —dijo—. Así que, cada mil años, más o menos, llega un día en que un mismo antepasado entra en posesión de muchos portadores. Esto les ocurre habitualmente a sólo unos pocos, y podemos arreglárnoslas con la mayor parte de esas coincidencias. Pero hace unos cinco mil años, Shag, una poderosa personalidad nacida en la Vieja Edad de Piedra, se hizo cargo de más de la mitad de la población en un día determinado. Como era un hombre extremadamente autoritario y violento que se odiaba a sí mismo, el primer Día Shag terminó con que una cuarta parte de la gente se mataba entre sí.

—¿Y qué pasó con el Día Shag de ayer? —preguntó Simón.

—Ese ha sido el tercero. Batió un récord. Las bajas llegaron a casi una mitad de la población.

Simón decidió abreviar su viaje. Se iría al día siguiente.]Pero esa noche, mientras leía el *Shaltoon Times*, descubrió que la persona más sabia que hubiera vivido se haría cargo del cuerpo de la reina. Eso le excitó. Si alguien podía tener la verdad, sería esa mujer. Había tenido más turnos de rotación que nadie y combinaba la mayor inteligencia con la experiencia más larga.

El motivo de que todos supieran qué personalidad le tocaba a la Reina Margaret era la carta de rotación. Esta ya había sido elaborada para cada persona. Generalmente se la colgaba en la puerta del baño para estudiarla mientras no había otra cosa que ocupara la mente.

Simón envió una solicitud de audiencia. Obtuvo respuesta el mismo día. La reina estaría encantada de cenar con él. La ropa protocolaria era obligatoria.

Resplandeciente en el uniforme de gala del capitán del *Hwang Ho*, un traje azul marino con hombreras anchas, galones de oro, grandes botones de cobre y veinte medallas a la Buena Conducta, Simón apareció en la puerta principal del palacio. Fue conducido por un lord del cortejo real y por seis guardias, a través de magníficos corredores de mármol, y después por una puerta flanqueada por dos guardias que hicieron sonar largas trompetas de plata cuando él pasó. Simón apreció el honor, aunque lo dejó sordo por un minuto. Estaba aún confuso cuando le introdujeron en una habitación pequeña, pero adornada, ante una gran mesa de madera oscura lustrada. Estaba puesta con dos cubiertos y dos copas llenas de vino y gran cantidad de platos humeantes. Detrás de ella estaba sentada una mujer cuya belleza le hizo fluir la adrenalina, aunque ella no fuera estrictamente humana. A decir verdad, Simón ya se había acostumbrado tanto a las orejas puntiagudas, a las pupilas alargadas y a los dientes afilados, que su propia cara le asustaba cuando se miraba en un espejo.

Simón no escuchó la presentación porque el sentido del oído no le había vuelto aún. Se inclinó ante la reina cuando los labios oficiales dejaron de moverse, y ante un ademán se sentó a la mesa frente a ella. La cena transcurrió en forma bastante agradable. Hablaron del tiempo, un tema que Simón descubriría que rompe el hielo en cualquier planeta. Después discutieron los horrores del Día Shag. Simón se fue embriagando a medida que la cena avanzaba. Estaba en el protocolo vaciar un vaso de vino cada vez que la reina lo hacía, y ella parecía estar muy sedienta. No la culpaba. Habían pasado trescientos años desde su última copa.

Simón le contó su vida cuando ella lo pidió. Quedó horrorizada, pero también complacida.

—Nuestra religión sostiene que las estrellas, los planetas y las lunas son seres vivos —dijo—. Estas son las únicas formas de vida lo bastante grandes y complejas como para interesar a la Creatrix. La vida biológica es un derivado accidental. Podría decirse que es una enfermedad que infecta a los planetas. La vida vegetal y la animal son formas soportables de la enfermedad, como el acné o el pie de atleta. Pero cuando se desarrolla la vida inteligente y evolucionan seres con conciencia, se convierten en una suerte de microbio mortal. Los shaltonianos somos lo bastante sabios como para saberlo. Así que, en lugar de ser parásitos, nos convertimos en simbióticos. Vivimos de la tierra, pero procuramos no arruinarla. Por eso nos hemos mantenido en una sociedad agrícola. Hacemos cultivos, pero alimentamos a la tierra con excrementos. Y cada vez que echamos un árbol abajo, lo reponemos. Los terrestres, en cambio, parecen haber sido parásitos que enfermaban a su planeta. Aunque lamento mucho decirlo, fue bueno que los Hoonhors limpiaran la Tierra. Sólo tienen que echar un vistazo a Shaltoon, sin embargo, para advertir que hemos mantenido a nuestro mundo en gran forma. Estamos a salvo de ellos.

Simón no creía que la sociedad de Shaltoon estuviera más allá de todo reproche, pero creyó más diplomático estar callado.

—Dices, Vagabundo del Espacio, que proyectas viajar por todos lados hasta que encuentres respuestas a tus preguntas. Supongo que quieres conocer el sentido de la vida.

Se inclinó hacia adelante, sus ojos de un verde cálido con pupilas negras verticales que se notaban a la luz del candelabro. Su vestido quedaba abierto y Simón vio los montes de suave crema con sus puntas grandes y rojas como cerezas.

—Bien, supongo que así se podría decir —admitió.

Ella se levantó de pronto, tirando su silla contra el piso, y dio una palmada. Los mayordomos y el guardia se fueron inmediatamente y cerraron las puertas tras ellos. Simón comenzó a transpirar. El cuarto se había hecho muy cálido, y el olor a gata en celo era tan pesado que ya casi era visible.

La reina Margaret del planeta Shaltoon dejó caer su vestido al suelo. Debajo no tenía otra ropa. Su busto alto y firme era orgulloso y rosado. Sus

caderas y muslos eran como una lira de puro alabastro. Brillaban con tanta blancura como si tuvieran una luz en su interior.

—Tus viajes han terminado, Vagabundo del Espacio —susurró, su voz espesa con la lujuria—. No busques más, porque ya has encontrado. La respuesta está en mis brazos.

Él no contestó. Ella dio la vuelta alrededor de la mesa hasta él, en lugar de ordenarle, como era su derecho real, venir hacia ella.

—Es una gloriosa respuesta, reina Margaret, Dios lo sabe —replicó. Sus manos transpiraban profusamente—. Habré de aceptarlo con agradecimiento. Pero debo decir, si es que puedo ser totalmente honesto, que tendré que estar mañana en camino.

—¡Pero has encontrado tu respuesta, has encontrado tu respuesta! —sollozó ella, mientras atraía su cabeza entre sus senos jóvenes y perfumados.

Él dijo algo. Ella lo mantuvo a la distancia de un brazo.

—¿Qué has dicho?

—He dicho, reina Margaret, que lo que ofreces es una respuesta tremendamente buena. Ocurre que no es exactamente la que estoy buscando en forma primordial.

La aurora se abrió como una ventana golpeada por ladrillo de oro. Simón entró en la nave espacial. Era un rollo humano empapado en cansancio, saciado, con una pungencia de gatos en celo. «Anubis» olisqueó y refunfuñó. Simón estiró una mano privada de hormonas para acariciarlo.

«Anubis» la mordió.

8

EL PLANETA DONDE NO SE FUMA

Durante el banquete con la reina Margaret, Simón había bebido una copa del elixir de la inmortalidad de Shaltoon. Antes de salir, le dieron dos frascos de elixir para sus animales. Simón vaciló antes de ofrecer a «Anubis» y «Atenea» el líquido verde y agridulce. ¿Era correcto infligirles una larga vida?

Simón resolvió el dilema volcando el elixir en dos platos. Si querían beber la sustancia, podrían hacerlo. Después de todo, los animales sabían qué era lo mejor para ellos, y si la inmortalidad les olía mal, no la tocarían.

«Anubis» olió el líquido verde y lo lamió. Simón miró a «Atenea» y dijo: «¿Y bien?» La lechuza dijo: «¿Quién?» Al rato voló hacia el plato y bebió de allí.

Simón comenzó a preocuparse de haber hecho algo mal. Un minuto después olvidó su preocupación. La pantalla le dio la información de que la nave se estaba aproximando a una estrella con sistema planetario. El *Hwang Ho* aminoró a menos de la velocidad de la luz y dos días después estaban en órbita alrededor del sexto planeta de la estrella roja gigante. Era del tamaño terrestre y su aire era respirable, aunque su contenido de oxígeno era superior al de la Tierra.

El único objeto artificial en el planeta era la gigantesca torre en forma de corazón del Clerun-Gowph. Simón dio varias vueltas con su nave alrededor de ella, pero al descubrir que era tan invulnerable como la otra, la dejó. Este planeta no mostraba signos de vida inteligente, de seres que utilizaran instrumentos, hicieran cultivos o construyeran edificios. Tenía una curiosa vida animal, sin embargo, y decidió examinarla de cerca. Dio órdenes de descender y unos pocos minutos más tarde pisó el borde de un prado, junto a la orilla de un mar ámbar.

La hierba tenía unos sesenta centímetros de altura, era violeta y estaba

coronada por flores amarillas con cinco pétalos. Moviéndose entre ellas había unas cuarentas criaturas con forma de pirámide, de unos diez metros de altura. Su piel o caparazón —no estaba seguro de ello— era rosada. Se movían con cientos de piernas muy cortas, apoyadas en amplios pies redondos. Por el medio de sus cuerpos había ojos, dos en cada lado, ocho en total. Eran grandes y redondos y celestes; las pestañas eran largas y rizadas. Arriba de cada cuerpo en forma de pirámide había una bola rosada con una gran abertura en dos lados opuestos.

Era evidente que sus bocas estaban por debajo, ya que dejaban a su paso una huella de hierba cortada. Podía escuchar la masticación de la hierba y el rumor de los estómagos.

Simón había puesto la nave en tina profunda barranca más allá de los bosques para poder examinar aquellas criaturas. Pero ciertos objetos púrpura en el cielo se movían hacia el mar y, volviéndose en curva cerrada, bajaban hacia él. Era aún más extraño que las criaturas que mascaban las flores. A la distancia parecían zepelines, pero tenían dos grandes ojos bajo sus narices y tentáculos arrollados a sus costados, a unos seis metros de los ojos. Simón se preguntó cómo podrían comer. Quizá los curiosos órganos en la punta de la nariz eran alguna clase de boca. Eran bulbosos y tenían una pequeña abertura.

Arriba del pequeño bulbo había un agujero. Pero éste no parecía ser una boca, porque era rígido. Había otro agujero detrás, y una cantidad de agujeros más pequeños al lado.

Las colas eran de zepelines. Tenían enormes timones verticales y elevadores horizontales, pero éstos brotaban a los lados en plumas amarillas y verdes.

Simón supuso que debían usar alguna clase de propulsión a chorro. Aspiraban el aire por el orificio del frente, que era rígido, y lo lanzaban por el orificio trasero, que se contraía y dilataba.

Las imponentes criaturas descendieron más al acercarse al prado, y la primera de ellas, emitiendo silbidos cortos y agudos, se acercó hasta unos diez metros del suelo. Pasó junto a una fila de las pirámides y puso su nariz bulbosa en la abertura de la bola superior de una de ellas. La abertura se cerró alrededor del bulbo y el zepelín quedó sujeto.

La pirámide era un mástil de ataque.

Un momento después, el animal volador quedó suelto. Se dirigió hacia el matorral tras el que Simón estaba agazapado. Después vinieron los otros voladores, todos ellos silbando. Las pirámides se reunieron en un grupo, con el rostro hacia afuera. ¿Estarían mirando realmente hacia afuera, como lo hacen las vacas amenazadas por los lobos? ¿Cómo podían mirar hacia un lado, si tenían ojos en todos los costados y ningún rostro? En cualquier caso, estaban formando un grupo protector.

Simón salió de su escondite con las manos hacia arriba. La criaturazepelín delantera revoloteó encima de él, con grandes ojos alertas. Sus tentáculos alcanzaron, pero no tocaron a Simón, Este fue casi volteado cuando la cosa se le acercó. El hedor era terrible, pero no desconocido. Había acertado en la mitad de su idea sobre métodos de propulsión. En lugar de tomar aire, comprimirlo con algún órgano y lanzarlo hacia afuera, se movía con gigantescos eructos. Simón supuso que sus estómagos debían contener alguna enzima que produjera el gas. En este momento, se mantenía a unos tres metros de la superficie, oscilando hacia abajo y hacia arriba mientras lanzaba gas por la abertura frontal para contrarrestar el viento.

Simón se quedó allí mientras la cosa silbaba hacia él. Al rato comprendió que los silbidos eran una suerte de mensaje en Morse.

Simón imitó algunos de los puntos y rayas para hacerles saber que él también era inteligente. Luego se volvió y fue hacia su nave. Los zepelines le siguieron por encima de los árboles y le miraron entrar en la nave. Por la pantalla les vio revolotear sobre la nave y tantear con sus tentáculos. Quizá pensarán que también era una extraña criatura viviente.

Simón encontró difícil aprender el lenguaje de los zepelines. Durante el día la mayor parte de ellos estaban demasiado ocupados para hablarle. De noche, los voladores se sujetaban a las bolas en las cimas de las pirámides y se quedaban ahí hasta el alba. Cuando le hablaban —o silbaban— el olor que despedían era casi insoportable. Pero después descubrió que también las pirámides podían silbar. No lo hacían a través de las bocas en los costados, sino con las aberturas en las bolas superiores. Esto también lanzaba un hedor, pero podía aguantarlo si se ponía en la dirección del viento. Y, siendo

hembras, las pirámides eran más locuaces y estaban mejor dotadas para enseñarle el idioma.

Les gustaba Simón porque les daba alguien con quién y de qué hablar. Parecía que los machos se pasaban casi todo el tiempo jugando en el aire. Bajaban a mediodía para comer, pero no se quedaban a conversar. Cuando llegaba la noche bajaban, pero esto era para la cena y para una corta sesión de contacto sexual. Después de lo cual se dormían.

—Somos como objetos para ellos —dijo una hembra—. Objetos de nutrición y de placer.

La bola que había sobre las hembras era un curioso órgano. Una abertura combinaba funciones de cerradura, de pezón y de vagina. Las hembras pastaban en el prado, digerían las plantas y a través de una tetilla en la bola alimentaban el extremo de las narices de los machos. Esta abertura recibía también el delgado órgano sexual del macho. La abertura en el otro lado de la bola era el ano y también la boca. Esta podía ser contraída para emitir el lenguaje silbante.

Simón no quería verse mezclado en los asuntos domésticos de estas criaturas. Pero debía mostrar cierta dosis de interés y de simpatía si quería conseguir información. Así que silbó una pregunta a una hembra a la que había llamado Anastasia.

—Sí, así es —respondió Anastasia—. Nosotras hacemos todo el trabajo y esos inútiles hijos de perra no hacen otra cosa que jugar todo el día.

»Las hembras hablamos mucho entre nosotras durante el día —agregó—. Pero nos gustaría hablar con nuestros compañeros, también. Después de todo, han estado en lontananza, pasando el gran rato y viendo cosas interesantes. ¿Pero crees que nos hacen saber qué hay más allá de estos prados? No, todo lo que quieren es que los alimentemos y un poco de sexo y volar al país de los sueños. Cuando nos quejamos, nos dicen que no entenderíamos si nos contaran lo que vieron o hicieron. Y así estamos, en el suelo y encerradas en estos pequeños prados, trabajando todo el día, cuidando a los niños, mientras ellos vuelan arriba y abajo, dándose la gran vida. ¡No es justo!

Simón descubrió que el estómago de los voladores generaba hidrógeno. Era este gas el que les permitía flotar en el aire. Llevaban agua como lastre y

la tomaban del océano por medio de sus tentáculos huecos. Cuando querían ganar altura rápidamente, soltaban el agua. Siempre estaban haciendo carreras o retozando, jugando toda clase de juegos. Uno de ellos era perseguir a un pájaro hasta atraparlo, absorberlo dentro de sus agujeros u obligarlo a bajar al suelo. También les gustaba asustar a los rebaños de animales en el terreno, lanzándose en picado y espantándolos. El macho cuyo rebaño levantara la mayor nube de polvo era el triunfador.

Aparte de los silbidos, los machos tenían otra forma de comunicación. Podían emitir surcos largos o cortos de humo, correspondientes a las rayas y puntos de los silbidos. Con esto podían hablar entre sí a larga distancia o llamar a los amigos si encontraban algo interesante. Nunca usaban esta escritura del cielo a la vista de las hembras, sin embargo. Tenían gran placer en guardar sus secretos. Las hembras lo sabían, desde luego, ya que los machos a veces se jactaban de ello. Esto las dejaba aún más descontentas.

Simón no quería quedarse mucho en este planeta, al que llamó Giffard, en recuerdo del francés que controló, con éxito, por primera vez un aparato volador más liviano que el aire. Simón no creía que los simples nativos pudieran dar respuestas a sus preguntas. Pero entonces habló con Graf, nombre que dio al gran macho que dominaba al rebaño. Graf dijo que los machos no pasaban todo su tiempo jugando. A menudo tenían discusiones filosóficas, habitualmente por las tardes, cuando descansaban. Flotaban sobre el océano o sobre un lago y discutían los grandes temas del universo. Al escuchar esto, Simón decidió que debía esperar hasta aprender el lenguaje lo necesario para hablar de filosofía con los machos. Pocos meses después de desembarcar, pidió a Graf que lo llevara hasta el lago donde los machos celebraban sus sesiones. Graf dijo que lo haría con mucho gusto.

Al día siguiente, Graf envolvió un tentáculo alrededor de Simón y lo levantó. Simón quedó excitado, pero también un poco asustado. Hubiera deseado volar hasta el lago en su salvavidas. Pero estaba ansioso por nuevas experiencias, y ésta no la encontraría en cualquier otro mundo.

Poco antes de llegar al lago, Simón sacó un cigarrillo de su bolsillo y lo encendió. Era un buen cigarro, hecho con tabaco de Mongolia Exterior. Simón estaba fumando felizmente a pocos centenares de metros sobre un

espeso bosque amarillo, con el viento que se movía suavemente sobre su cara y un gran pájaro negro de cresta roja que batía sus alas a poca distancia. Todo era azul, tranquilo y alegre; ése fue uno de los raros momentos en que Dios parecía realmente estar en el cielo y todo andaba bien en el mundo.

Como de costumbre, el momento especial no duró mucho. De pronto, Graf comenzó a sacudirse hacia arriba y hacia abajo, tan violentamente que Simón empezó a marearse. Empezó a silbar como si gritara, y el tentáculo que sujetaba a Simón se aflojó. Simón volvió a atraparlo y se colgó de él, gritándole a Graf. Cuando superó el primer pánico, le silbó a Graf:

—¿Qué pasa?

—¿Qué estás haciendo? —Graf le silbaba como una caldera de vapor—. ¡Me estás incendiando!

—¿Qué? —silbó Simón.

—¡Suelta! ¡Suelta! ¡Me incendio!

—¡Me voy a caer, condenado!

—¡Suelta!

Simón miró hacia abajo. Estaban sobre el lago, pero a unos treinta metros de altura. Debajo, los machos con forma de cigarro flotaban en el agua. O habían estado flotando, hasta un segundo antes. Repentinamente se levantaron al unísono, largando agua por sus tentáculos huecos, y después se dispersaron.

Pocos segundos después, Simón comprendió lo que ocurría. Abrió la boca y dejó caer el cigarro. Graf interrumpió inmediatamente sus violentas oscilaciones, y en un momento depositó a Simón en la orilla del lago. Pero su piel estaba más oscura de lo habitual y tartamudeó sus puntos y rayas.

—¡El f-f-fue-fuego es lo p-p-peor que-que-que hay! ¡Es es lo ú-úni-único que-que te-te-tememos! ¡F-f-fue inven-ven-ven-tado por-por-por el de-de-monio!

Por lo visto, los giffardianos tenían una religión. Su demonio estaba, sin embargo, en el cielo y se lanzaba con un chorro de hidrógeno ardiente. Cuando llegaba el momento de que los giffardianos malos fueran llevados al infierno, más allá del cielo, el demonio los fulminaba con fuego desde su cola.

Los giffardianos buenos eran llevados por un ángel con forma de zepelín, cuyos eructos eran de dulce olor, hasta un campo debajo de la tierra. El planeta era hueco, sostenían, y el cielo estaba en ese hueco.

Tenían un montón de ideas raras sobre la religión. Esto no asombró a Simón, que había escuchado ideas aún más extrañas en la Tierra.

Simón pidió disculpas. Explicó qué era el fuego encendido en el objeto que había tenido en la boca.

Los machos temblaron y se agitaron de arriba abajo; uno de ellos estaba tan asustado que se fue, incapaz de controlar sus eyaculaciones de gas.

—Sería mejor que te fueras —dijo Graf—. Ahora mismo.

—Oh, sólo fumaré en la nave desde ahora —dijo Simón—. Lo prometo.

Esto tranquilizó a los machos. Pero no respiraron con facilidad hasta que él anunció que pondría algunos letreros de «PROHIBIDO FUMAR».

—De esta manera, si otros terrícolas llegan hasta aquí, no encenderán fuego —explicó Simón.

No era el fuego lo que convertía a Simón en peligroso. Eran las ideas que dejó caer con inocencia cuando hablaba con las hembras. Una vez, cuando Anastasia se quejó de que la dejaban en el suelo, Simón dijo que ella debería dar un paseo. Se dio cuenta en seguida de que no debió haber aventurado esa opinión. Pero Anastasia no le dejó cambiar de tema. Al día siguiente, trató de convencer a su compañero, Graf, de que la llevara. Él se negó, pero ella quedó tan disgustada que el jugo con que lo alimentaba quedó agrio. Después de algunos días con el estómago descompuesto, él accedió.

Con Anastasia colgada por medio de la cerradura que había en sus órganos, él levantó el vuelo. Los otros miraron o flotaron alrededor, contemplando ese vuelo que marcaba época. La subió hasta unos seiscientos metros, límite después del cual ya no podía ascender. Sin embargo, el peso de ella inclinó la nariz de él, dejándola más abajo que la cola. Él no podía volar de esa manera y tuvo dificultades en llevarla de vuelta hasta el prado. Por otra parte, la piel de Graf comenzó a abrirse, dejando escapar gruesas gotas de una transpiración amarillenta.

Anastasia estaba en éxtasis. Las otras hembras insistieron en que sus compañeros las llevaran a volar. Lo hicieron sin muchas ganas y tuvieron los

mismos problemas de navegación que Graf. Los machos estuvieron demasiado exhaustos esa noche para tener contacto sexual.

Imposible contar lo que podría haber ocurrido en días sucesivos. Pero al día siguiente las hembras comenzaron a parir. Quizá fue por la excitación de sus primeros vuelos que las hembras adelantaron el parto. Sea como fuere, Simón llegó esa mañana al prado y encontró una gran cantidad de pequeños zepelines y de pequeños mástiles para atracar.

Los machos pequeños flotaban hasta las aberturas superiores y tomaban allí su alimento. Las hembras recién nacidas pastaban en la hierba al lado de sus madres.

—Ya ves, incluso en el nacimiento se discrimina contra las hembras —se quejó Anastasia—. Tenemos que mantenernos en el terreno y tomar un alimento que no es tan fácil de digerir como el que los machos se llevan de nuestras aberturas. Los machos siempre tienen la parte mejor, como de costumbre.

—La función es determinada por la forma —dijo Simón.

—¿Cómo? —silbó Anastasia.

Simón se paseó, deseando poder mantener cerrada su boca. Caminó por la orilla y consideró la idea de irse ese mismo día. Había podido sostener una discusión filosófica con los machos, pero estaba en el nivel de lo que se puede escuchar en un liceo. No esperaba encontrar un material más profundo. Sin embargo, había prometido a Anastasia que sería el padrino de su hija. Supuso que debía esperar hasta la ceremonia, que se haría tres días después. Una de las debilidades de Simón era la de no poder herir los sentimientos ajenos.

Caminó por la curva de la playa y vio a una hermosa mujer que surgía de la espuma de una ola.

9

CHWORKTAP

Simón no pudo sorprenderse más de lo que se sorprendió Crusoe cuando encontró la huella de Viernes en la playa. De hecho, era viernes en el calendario terrestre de la nave, otra de esas coincidencias que sólo se encuentran en las malas novelas. Lo más imperdonable —en una novela, no en la Naturaleza, que se preocupa menos por las coincidencias— es que la escena era casi igual a un famoso cuadro de Botticelli, *El nacimiento de Venus*. La mujer no estaba de pie sobre una gigantesca concha de animal marino, ni había ninguna doncella que se aprontara a tirar una manta sobre ella. Ni había allí ningún espíritu aéreo que transportara a una mujer. Pero la orilla de la playa y las flores que flotaban en el aire parecían las del cuadro.

La mujer misma, tal como surgió del mar para quedarse desnuda ante él, tenía el cabello del mismo largo y color que la Venus de Botticelli. Era, sin embargo, de mejor apariencia y con un cuerpo mejor, por lo menos desde el punto de vista de Simón. No había puesto una mano de forma que cubriera un seno ni los extremos del cabello le cubrían el pubis. Ambas manos estaban en la boca.

Simón se le acercó lentamente, con una sonrisa, y ella bajó las manos. No entendían sus respectivos lenguajes, desde luego, pero ella señaló hacia la tierra y lo condujo hasta el bosque. Allí, bajo las ramas de unos árboles enormes, había un pequeño vehículo espacial. Penetraron por su puerta abierta. Ella hizo sentar a Simón en una pequeña cabina y le dio una bebida, que era alcohol mezclado con algún extraño jugo de fruta. Cuando volvió de la otra habitación, se había vestido. Se había puesto una túnica larga, de escote bajo, cubierta de lentejuelas plateadas. Parecía uno de esos vestidos usados por las mujeres que trabajaban en algunos garitos.

Pasaron algunas semanas antes de que ella pudiera conversar en inglés con alguna fluidez. Entretanto, Simón la había llevado a su propia nave.

«Anubis» y «Atenea» parecían haber simpatizado con ella, pero la lechuza la ponía nerviosa. Después Simón descubrió por qué.

Chworktap no sólo era hermosa sino también divertida. Hablaba en forma muy entretenida. En verdad, Simón nunca había encontrado a nadie que pudiera contar tantos cuentos, todos ellos tan graciosos. Lo que es más, nunca se repetía. Y lo que es más, parecía sentir cuándo Simón no tenía ganas de hablar. Esto era una gran mejora respecto a Ramona. Y además le gustaba que él tocara el banjo.

Un día, cuando Simón volvía de un paseo, escuchó el sonido de su banjo. Quien lo estuviera tocando lo hacía muy bien, porque era exactamente en su estilo. Si no hubiera sabido de qué se trataba, habría creído que era un disco. Se apresuró y encontró a Chworktap tañendo el banjo como si hubiera nacido para eso.

—¿Tenéis banjos en Zelpst? —preguntó.

—No.

—¿Y cómo aprendiste a tocarlo?

—Te miré mientras lo hacías.

—Y yo me pasé veinte años aprendiendo lo que tú has aprendido en pocas horas —dijo él. No estaba amargado, sólo sorprendido.

—Naturalmente.

—¿Cómo naturalmente?

—Es uno de mis talentos.

—¿Todos en Zelpst son tan talentosos como tú?

—No todos.

—Me gustaría ir allí.

—Yo no lo haría —dijo ella.

Simón tomó el banjo, pero antes de que pudiera pedirle que tocara más, ella dijo:

—Tendré la cena lista en un minuto.

Simón aspiró el olor de la comida cuando ella abrió el horno de radar. Quedó extático. Antes lo estaban alimentando con *chop suey* y con huevos a la *Foo Yong* y con cerdo agridulce, y él era demasiado blando de corazón para atreverse a matar nada y conseguir un cambio de dieta. ¡Y aquí venía

ahora Chworktap con una gran fuente de hamburguesas, patatas fritas, *milkshake*, *katsup*, mostaza y hasta pepinillos!

Cuando se llenó el estómago y encendió un gran cigarro, le preguntó cómo había conseguido ese milagro.

—Me dijiste qué comida te gustaba. ¿Te acuerdas que te pregunté cómo se hacía?

—Me acuerdo.

—Maté a una de esas vacas —explicó—. Después de que la partí en trozos y guardé los restos en la nevera, busqué hasta encontrar unas plantas parecidas a las patatas. Y encontré otras para hacer *katsup* y mostaza. Encontré una planta parecida al pepino y la preparé. Tengo muchos conocimientos de química, ¿sabes?

—No lo sabía —dijo él, meneando la cabeza.

—En la despensa encontré chocolate y leche en polvo. Mezclé eso con algunas sustancias químicas para conseguir helado y crema de chocolate.

—¡Fabuloso! —exclamó Simón—. ¿Sabes hacer alguna otra cosa?

—Oh, sí.

Se levantó y abrió el cierre de su vestido, lo dejó caer al suelo y se sentó en el regazo de Simón. Su beso fue suave y cálido, con tu toque de *milkshake* y de *katsup*. Simón no tuvo que preguntarle qué era lo que ella sabía hacer tan bien.

Más tarde, después que Simón se bañó y tomó un trago doble de vino de arroz, le dijo:

—Espero que no quedes embarazada, Chworktap. No tengo anticonceptivos y no pensé en preguntarte si tú tenías.

—No puedo quedar embarazada.

—Lamento escuchar eso —contestó él—. ¿Quieres niños? Siempre puedes adoptar uno.

—No tengo amor maternal.

Simón quedó intrigado.

—¿Cómo lo sabes?

—No fui programada para el amor maternal. Soy un robot.

10

PROBLEMAS EN GIFFARD

Simón quedó impresionado. No había detectado más de la cantidad habitual de lubricación en esos trances. No había en ella nada de plástico, ni de goma, ni de metal.

—Te has puesto pálido, mi amor.

—¿Por qué tan pálido? —replicó él—. Es decir, no estás formulando una frase aseverativa sino una pregunta. Y tú misma pareces bastante pálida.

—Hasta hace un momento no se me ocurrió que pudieras no saberlo —comenzó ella—. Apenas lo pensé, tuve que decírtelo. Estoy programada para decir la verdad. Tal como los seres humanos están programados para decir mentiras —agregó después de una pausa.

¿Un robot querría o podría ser malicioso o hasta sarcástico? Sí, suponiendo que estuviera programado para ello. ¿Pero quién lo programaría? ¿Y por qué? ¿Acaso alguien que quisiera incomodar a otros, hasta ponerlos furiosos, y que hubiera colocado a ese efecto determinados circuitos en un o una robot?

¿Pero un robot afectado por emociones? ¿Tanto que ella —y no podía pensar en Chworktap como si se tratara de una cosa— podía empalidecer o sonrojarse? ¡Absurdo! Pero en todo caso, ¿qué sabía él de robots como éste? La ciencia terrestre no había progresado tanto como para construir un facsímil razonable. Podía cubrir (y lo había hecho) un aparato electromecánico de metal y plástico con proteínas artificiales. Pero el robot era tan rudo de movimientos, tan notoriamente un artefacto, que no hubiera engañado a un niño. Ese planeta Zelpst debía de estar verdaderamente avanzado.

Y había empezado a enamorarse de la cosa.

Suspiró y pensó: ¿Por qué no? Adoraba a su banjo. Otros, multitudes de otros, sentían pasiones tremendas por automóviles, aviones, tocadiscos, libros

raros o asientos de bicicleta.

Pero amaba a Chworktap como ser humano, y seguramente había alguna diferencia entre el amor por una mujer y el amor por los muebles antiguos.

—Básicamente soy un robot de proteínas —explicó Chworktap—. Tengo algunos pequeños paneles de circuitos aquí y allá, con algunas unidades de energía atómica y transformadores. Pero en una parte mayor soy de carne y hueso, como tú. La diferencia es que tú fuiste hecho por accidente y yo fui hecha por un equipo de científicos. Te guste o no, tienes que llevar los genes —buenos o funestos— que te han pasado tus padres. Mis genes fueron cuidadosamente seleccionados entre un centenar de modelos y reunidos después en un laboratorio.

—Por lo menos tenemos eso en común —acotó Simón—. Mi madre, egoísta hija de perra, no quiso tomarse la molestia de llevarme dentro de ella.

Zelpst estaba dedicado a proveer a los humanos con las comodidades de su espléndida tecnología. Lo que era aún más importante, se ahorra a los humanos el dolor y las frustraciones que los terrícolas creían inevitables. Las únicas cosas negadas a la criatura humana eran las que podían serle peligrosas. Cuando un ser humano llegaba a la pubertad, se le daba un castillo en el que él o ella vivía el resto de su vida. El zelpstiano estaba rodeado por todo tipo de confort material y por un centenar de robots. Estos parecían y actuaban como humanos, excepto que no podían herir los sentimientos de su propietario. Y se comportaban exactamente como el dueño lo quisiera. Estaban programados para ser la gente con la que hubiera querido vincularse el dueño o la dueña.

—A mi patrón, Zappo, le gustaba la conversación ingeniosa y brillante —prosiguió ella—. Así que todos éramos ingeniosos y brillantes. Pero no le gustaba que superáramos su ingenio. Así que cada vez que pensábamos un comentario que podía superarle, era derivado hacía un circuito terminado en un punto muerto. Los robots masculinos eran todos impotentes porque Zappo no quería que nadie sino él se acostara con los robots femeninos. Cada vez que alguno de ellos pensaba sobre una erección, ese impulso era reencaminado a través de un panel de circuitos y convertido en una poderosa sensación de vergüenza y de culpa. Y cada vez que pensábamos pegarle a

Zappo (y créeme que lo pensamos muchos) el impulso era también convertido en vergüenza y culpa. Más un dolor que partía la cabeza.

—¿Entonces todos teníais conciencia y libre voluntad? —inquirió Simón—. ¿Por qué los programadores no eliminaron eso en los robots?

—Todo lo que posea un cerebro lo bastante complejo como para usar el lenguaje en forma ingeniosa o creativa debe tener también conciencia y libre voluntad —explicó Chworktap—. No hay forma de evitarlo. Cualquier cosa, incluso una máquina compuesta sólo de siliconas y partes metálicas y cables eléctricos, todo lo que usa el lenguaje como un humano es un humano.

—¡Por Dios! —exclamó Simón—. ¡Vosotros los robots debéis de haber sufrido terribles frustraciones! ¿Ninguno de vosotros llegó a desmoronarse?

—Sí, pero nuestros malos pensamientos fueron reencaminados otra vez a nosotros mismos. Se hizo así para que no dañáramos a nuestro amo. De vez en cuando, un robot llegaba a suicidarse. Cuando eso ocurría, el propietario pedía otro. Alguna vez se cansaba de un robot en particular y lo mataba, Por otra parte, Zappo era un canalla sádico.

—Yo hubiera creído que quien haya sido educado con amor, bondad y admiración se convertiría en una persona amable y digna de ser querida.

—No siempre funciona así —replicó ella—. Los humanos están programados por sus genes. También están programados en cierto sentido por su ambiente. Pero son los genes quienes determinan cómo reaccionar ante el ambiente.

—Ya sé —reflexionó Simón—. Algunas personas nacen agresivas y otras son pasivas durante toda su vida. Un niño puede ser educado en una familia católica y sus hermanos y hermanas seguirán siendo devotos católicos toda su vida. Pero él se convierte en un ateo rabioso o ingresa en la iglesia anabaptista. O un judío renuncia a la religión de sus padres, pero todavía se siente mal ante la idea de comer jamón. O un mahometano cree en el Corán, al cien por ciento; pero debe combatir un secreto anhelo de comer cerdo. Los genes de la dieta controlan esto.

—Algo así —comentó Chworktap—. Aunque no es tan simple. De cualquier manera, por muy cuidadosamente que la sociedad Zelpst fuera diseñada para impedir la desgracia y la frustración de los humanos, no era

totalmente eficaz. Siempre hay algún defecto. Zappo era infeliz porque los robots no le querían a él por sí mismo. Siempre nos preguntaba: «¿Me amas?», y siempre le contestábamos: «Eres el único que amo, venerado amo.» Y él se ponía rojo y decía: «¡Tú, máquina sin cerebro, no sabes decir otra cosa! Lo que quiero saber es: si te saco los circuitos de cambio de ruta, ¿todavía dirías que me amas?» Y le contestábamos: «Seguro, mi amo.» Y se enojaba aún más y gritaba: «¿Pero *realmente* me amas?» Y algunas veces nos pegaba. Y lo aguantábamos, porque no estábamos programados para replicarle, y él gritaba: «¿Por qué no peleas?»

Chworktap continuó:

—Algunas veces sentí lástima por él, pero no podía decírselo. Tenerle lástima era rebajarlo, y todo pensamiento semejante era derivado al circuito de desvío. Zappo sabía que cuando me hacía el amor yo lo disfrutaba. Él no quería una máquina masturbadora. Así que había especificado que todos sus robots, machos o hembras, respondieran plenamente. En las diversas formas de la fornicación, teníamos intensos orgasmos. Sabía que nuestros gritos de éxtasis no eran fingidos. Pero no había forma, ni siquiera para los hombres de ciencia, de asegurarse de que lo amaríamos. Y aun si nos hubiera hecho enamorar automáticamente de él. Zappo no habría estado conforme. Quería que los amáramos por nuestro libre albedrío, amarlo porque era digno de amor. Pero no se atrevía a que nos quitaran los circuitos de inhibición, porque entonces, si llegábamos a decir que no lo amábamos, no habría podido aguantarlo. Así que estaba en una situación infernal.

—Todos vosotros lo estabais —observó Simón.

—Sí. Zappo solía decir que todos los habitantes del castillo, incluyéndolo a él, eran robots. Nosotros habíamos sido fabricados deliberadamente, pero a él lo hizo el azar. Los óvulos y espermatozoides de sus padres habían determinado sus vicios y virtudes. No tenía más libre albedrío que nosotros.

Simón tomó su banjo, lo afinó y dijo:

—Bruga puso todo el problema filosófico en un solo poema. Lo llamó *Afrodita y los filósofos*. Te lo cantaré:

«El mundo que vemos, dijo Sócrates,

Es sólo sombra, un cacharro, un engaño.

El joven Leibniz dijo que todos éramos mónadas
Le faltaba contacto con sus testículos.

El viejo Kant guiaba su vida por el reloj
Tic tac. Le faltaba, caramba, un miembro.

Y no sabía que su Imperativo
Era una carcajada desde lejos.

¿Y si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta?
¿Y si Papá Faraón la hubiera llamado Mort?

¿Se habrían levantado los huesos de César,
O habrían tenido voluntad propia?

Se hinchaban, ya sabemos, a la vista de Bruto,
Él empujaba su cuerno en alto para abrumarnos.
Imperator, él quería fornicar al mundo.
La cosa es el agujero, varón o hembra.

Algunos dicen que el amor es la flecha de Cupido,
Para esa defensa, hay que llamar a Clarence Darrow,

Pausa,

Nuestra Dama del Flato de Nuestro Amor,
Desvela al Todo, y por favor no nos envíes.

Sin acolchar el recodo del amor,
Desconociendo si por voluntad o monstruosidad,

De las circunstancias nuestros amores se unirán a nosotros
Todas las coquetas creen que han elegido a su jeque
Con perfecta libertad en su elección.

En esto tienen tan poca voz
Como la de los pollos devorados por un monstruo.»

—Esa sólo es una lista de mendigos con preguntas —dijo ella—. Bruga era como tú, un hombre empujado por su peculiar complejo de genes a buscar respuestas que no existían.

—Quizá —dijo Simón—. Y así, ¿cómo te explicas que tú, un robot sin libre voluntad, se haya librado de su amo?

—Fue un accidente. Zappo me pegó en la cabeza con un jarrón durante una explosión de ira. El golpe me desmayó, pero cuando desperté, descubrí que podía desobedecerle. El golpe había cortado un circuito. Desde luego, no se lo dije. Cuando tuve la oportunidad, robé una nave espacial. Los zelstianos abandonaron los viajes por el espacio hace mucho tiempo, pero todavía quedaban algunas naves que juntaban polvo en muscos que ya nadie visitaba. Anduve vagabundeando un tiempo, y después llegué a este planeta. Aquí no había seres humanos, o por lo menos así lo creí. Me iba a quedar aquí para siempre. Pero me sentía solitaria. Me alegro de que hayas aparecido.

—Yo también —dijo Simón—. ¿Así que conseguiste tu libertad por un circuito descompuesto?

—Eso supongo. Y me preocupa. ¿Qué ocurre si otro accidente vuelve a hacerlo funcionar?

—No es probable.

—Desde luego. No estoy enteramente desprovista de programa. Pero en ese caso, ¿quién, robot o humano, lo está? Tengo ciertos gustos en comidas y bebidas, aborrezco a los pájaros...

—¿Porqué odias a los pájaros?

—Zappo fue asustado por uno cuando era pequeño. Así que programó a todos sus robots para que odiaran a los pájaros. No quería que fuéramos superiores a él en ningún sentido.

—No podrías culparlo por eso —dijo Simón—. Y bien, ¿qué te parece, Chworktap? ¿Te gustaría venir conmigo?

—¿Adónde vas?

—A todas partes, hasta que encuentre la respuesta a mi pregunta básica.

—¿Cuál es?

—¿Por qué nacemos sólo para sufrir y morir?

—Lo que dices es esto —comentó ella—. Nada importa si tenemos la inmortalidad.

—Sin la inmortalidad, el universo carece de sentido —opinó él—. La ética, la moralidad, la sociedad en su conjunto, sólo son medios para atravesar la vida con el menor dolor. Pueden ser reducidas a una sola palabra: economía.

—Una economía que sólo es eficaz en un treinta por ciento —dijo ella.

—No lo sabes. No has estado en todas partes.

—Pero tú estás yendo a todas partes.

—Si es posible. Ya eliminé mi galaxia, sin embargo Por lo que leí, ya sé que la respuesta no está allí. ¿Pero qué pasa contigo, Chworktap? ¿Qué pasa con tus genes? La mayor parte de ellos son artificiales. Así que no deberías tener ningún diseño previo de genes que predeterminen tus reacciones a los problemas filosóficos.

—Soy una colcha de remiendos en materia de cromosomas —replicó ella—. Todos mis genes se basan en otros que alguna vez existieron. Cada uno de ellos es copiado del de cierta persona, aunque cada uno es un modelo mejorado. Pero tengo los genes de muchos individuos. Podría decirse que tengo mil padres, cien mil abuelos.

Fueron interrumpidos por un fuerte estrépito fuera de la nave. Corrieron y vieron, a unos cuatrocientos metros, a dos giffardianos, macho y hembra, que yacían en ruinas. El macho se había envuelto en llamas y ambos se quemaban bajo un fuerte viento.

Este no era el primer choque de su clase, ni es probable que fuera el último. La insistencia femenina en salir a pasear estaba causando muchos accidentes, habitualmente fatales. El peso de la hembra en la parte delantera inclinaba al macho. Para mantener la altura, él tenía que lanzar gas por su abertura delantera a toda velocidad. Los dos se enderezaban, y el macho quedaba exhausto. Y ambos se venían abajo.

—Y todos los caballos del rey y todos los hombres del rey no pudieron volver a juntarlos —murmuró Simón.

—¿Por qué no dejan de hacer eso? —preguntó Chworktap.

—Sus genes les empujan a sus actos —explicó Simón con malicia.

—Si continúan así, terminarán por ser una especie extinta —opinó ella—. Aunque no se produjeran choques, igual se morirían. El tiempo que pasan en el aire impide a las hembras pastar debidamente y así los jóvenes no reciben bastante alimento. ¡Fíjate en lo delgados que están!

Lo que hicieron los giffardianos no era asunto de Simón, pero eso no le impidió interferir. En el crepúsculo, cuando los machos bajaron y los jóvenes quedaron prendidos a las hembras, se fue hasta el prado. Allí les propuso que transaran en el conflicto. Les pidió que lo eligieran como juez objetivo y se atuvieran a su decisión.

Fue rechazado, desde luego. Pero pocos días después, cuando tres parejas habían caído y habían muerto, se le aproximaron un macho y una hembra. Los llamó Ferdinand y Amelia. Pocos días antes, Graf y Grafín, el líder y su esposa, habían caído en pedazos. Los siguientes en el orden jerárquico, Amelia y Ferdinand, se habían convertido en jefes.

Lo que querían era simple, pero no fácil. Simón debía decidir si los vuelos se continuaban o no. Las hembras todavía querían volar y los machos no querían hacerlo.

Simón contestó que aceptaría la designación, pero que necesitaría algunos días antes de llegar a una decisión.

En el día de la decisión, Simón, Chworktap, el perro y la lechuza caminaron a través del bosque hasta el prado. Al llegar al borde lanzó un cohete «Very», signo ante el cual las hembras tambalearon y los machos se le acercaron. Los jóvenes continuaron jugando. Cuando todos los machos abrazaron las rocas con sus tentáculos para sujetarse, Simón propuso su nuevo sistema.

—Confío que esto haga felices a todos —anunció—. Es una transacción, pero nada funcional se obtiene en el mundo sin alguna transacción.

—No trates de disminuirnos —le silbó Ferdinand—. Sabemos muy bien qué es lo correcto.

—No trates de privarnos de nuestros derechos bien ganados —silbó Amelia.

—¡Por favor! —clamó Simón, levantando su mano—. Tengo un plan por el cual todas las hembras podrán salir a volar. Y será absolutamente seguro.

Sin más accidentes. El único problema es que tendréis que cambiar vuestro sistema de matrimonios.

Esperó hasta que terminara la tormenta de silbidos y que el viento dispersara los hedores.

—Vosotros sois monógamos —dijo—. Un macho casado con una hembra por toda la vida. Es un buen sistema, aunque, si me perdonáis esta observación de un extranjero objetivo, es un sistema más honrado por su quebranto que por su observancia. Pero si vosotras las hembras queréis volar, deberéis cambiar el sistema.

Se produjo otra tormenta que lo ensordeció y le produjo ahogos y una respiración entrecortada. Cuando terminó, les dijo:

—¿Por qué no implantáis un sistema poliándrico?

—¿Qué es eso? —silbaron.

—Bueno, está prohibido que ningún macho se aferre a la vulva de una hembra a menos que esté casado con ella. ¿Pero qué pasaría si una hembra estuviera casada con dos machos?

Las hembras quedaron silenciosas. Los ocho ojos de cada una giraban sin cesar, lo que era una manera giffardiana de demostrar pensamientos profundos. Los machos estaban escandalizados, y los ruidos y gases sulfatados lanzaron a Simón y a Chworktap hasta los matorrales durante unos momentos.

Cuando volvió, Simón agregó:

—Es un problema de lógica. La única forma en que una hembra puede volar segura es ser transportada por dos machos. Estos pueden compartir el peso y levantar fácilmente a una hembra. No habrá más accidentes.

—¿Y cómo se puede hacer eso? —preguntó Ferdinand.

—Bueno, pues dos machos pueden conectarse con una misma hembra, uno en el agujero oral y otro en el anal. Dos machos pueden transportar fácilmente a una hembra. Un día vuelan la mitad de las hembras, al día siguiente la otra mitad. Es muy fácil; no sé cómo no os disteis cuenta...

Afortunadamente, las hembras eran demasiado anchas para introducirse en el bosque, y los machos tenían que volar por encima, contra un fuerte viento. Simón y Chworktap corrieron tomados de la mano, con «Anubis» que

aullaba detrás de ellos y la lechuza que volaba por encima. Aun así, los machos estaban a pocos metros detrás de ellos cuando Simón y el grupo salieron del bosque. Llegaron a la nave espacial tres pasos por delante de los tentáculos de Ferdinand y se lanzaron por la escotilla. Simón la cerró y dio órdenes al computador para que les llevara a estrellas desconocidas.

Chworktap, jadeante, dijo:

—Confío que esto te enseñe una lección.

—¿Cómo iba yo a adivinar que se enojarían tanto? —protestó Simón. Años después, llegaría a encontrarse a una criatura de Shekshekel que había desembarcado en Giffard unos cincuenta años después de la visita del terrícola.

—Me hablaron de ti —le narró el de Shekshekel—. Te mencionaban como Simón el Sodomita.

11

LA HERMANA MAYOR PLUM

En el viaje desde Giffard hasta Doflal, tuvo lugar la primera reyerta entre Simón y Chworktap. En el segundo día, Simón la encontró utilizando un par de auriculares en el panel de control. Sus dedos bailaban sobre las llaves, y la pantalla de comunicaciones estaba mostrando mensajes en chino. Simón podía leer sólo algunos de los signos, y aún lentamente. Así que tuvo que preguntarle qué estaba haciendo.

Ella no le podía escuchar, desde luego, pero él finalmente le puso la mano en el hombro y apretó varias veces. Ella miró hacia arriba y se quitó los aparatos.

—¿Qué te inquieta? —preguntó ella.

Simón ya se había puesto alguna vez de mal humor. Que ella detectara inmediatamente su estado de ánimo lo ponía aún más enojado. Empezaba a encontrar desconcertante esa sensibilidad. Era como una lectura del pensamiento.

—Para empezar —aclaró—, he pasado mala noche. Soñaba que una multitud de gente muerta procuraba hablarme, todos al mismo tiempo. Por otro lado, ya estoy cansado de tropezarme con los excrementos de «Anubis». He tratado de domesticarlo, pero no se le puede enseñar. Una nave espacial no es sitio adecuado para un perro, y cuando pienso que esto puede seguir durante mil años...

—Ponlo en una jaula.

—Eso le pondría triste —objetó Simón—. No puedo ser cruel con él.

—Entonces, enséñale —dijo Chworktap—. ¿Cuál es la tercera cosa que te preocupa?

—Nada —dijo él, sabiendo que su negación sería rechazada—. Sólo quería saber qué estás haciendo. Después de todo, soy el capitán de esta nave, y no quiero que andes jugando con el instrumental de navegación.

—Estás celoso porque soy más despierta que tú y puedo leer chino fácilmente —contestó ella—. Por eso me estás haciendo preguntas.

—Si eres tan despierta, no debieras decirme eso.

—Pensé que te gustaría una mujer sincera.

—Hay ciertos límites razonables para la sinceridad —objetó él, mientras la cara se le enrojecía.

—OK —admitió ella—. No mencionaré más el punto.

—¡Maldita sea, ahora me estás acusando de tener un hinchado ego masculino!

—Y te gusta pensar que no lo tienes —contestó Chworktap—. OK, así que no eres perfecto.

—¡Sólo una máquina puede ser perfecta!

Simón lamentó inmediatamente haber dicho esa frase, pero ya era demasiado tarde, como de costumbre. Las lágrimas comenzaban a correr por las mejillas de ella.

—¿Esa es una reacción inconsciente o deliberada? ¿Puedes soltar las lágrimas cuando me quieres hacer sentir como un asno?

—A mi amo no le gustaban las lágrimas, y yo siempre las retenía —dijo ella—. Pero tú no eres mi amo; eres mi amante. Por otra parte, las mujeres de la Tierra, por lo que me has contado, pueden soltar las lágrimas y a voluntad. Y no son máquinas.

Simón le puso otra vez la mano en el hombro y se disculpó:

—Lo lamento. No quise herirte. Y no pienso en ti como si fueras una máquina.

—Tus circuitos de mentiras están haciendo trabajo extra —replicó Chworktap—. Y estás todavía enojado. ¿Por qué eres tan delicado con los sentimientos de un perro, pero hieres deliberadamente los míos?

—Supongo que estoy descargando en ti mi enojo con él —admitió Simón—. Él no podría enterarse de por qué lo riñó.

—Tienes vergüenza de tu enojo y estás tratando de enfurecerme para que yo te riña y te castigue —dijo Chworktap—. ¿Sientes un enorme agujero donde solía estar tu trasero?

—No, es más grande que nunca —se rió él.

—Pero estás todavía enojado —mantuvo Chworktap, encogiéndose de hombros.

—No, no lo estoy. Sí, lo estoy. Pero no contigo.

—Mi radar me dice que estás enojado, pero el aparato no es lo bastante sensible como para decirme con qué. Me preguntaste qué estaba haciendo. Estoy tratando de determinar si Tzu Li tiene conciencia.

Tzu Li o hermana mayor Plum, eran las palabras clave que se pronunciaban o imprimían cuando el operador quería abrir una comunicación en la computadora de la nave. A menudo Simón se había preguntado por qué el capitán habría escogido ese nombre para la computadora. Pudo tener inclinaciones poéticas, o pudo haber tenido una hermana de ese nombre que hubiera sido autoritaria, así que él conseguía gana venganza distante al manejar a esta Tzu Li.

—Pero ¿qué te hace pensar que la máquina sea otra cosa que una computadora? —preguntó Simón.

—Hace pequeños comentarios cuando contesta. No son necesarios y suenan sarcásticos y a veces quejumbrosos.

—¡Está empezando a funcionar mal! —se alarmó Simón—. Confío que no sea así. No tengo la menor idea de cómo repararla.

—Yo sí —dijo Chworktap, y esto enojó más a Simón.

—Entonces, arréglala.

—Pero puede ser que Tzu Li no tenga ningún defecto. O que, si lo tiene, sea algo benigno. Después de todo, fue un golpe en la cabeza lo que alteró mis circuitos y me hizo consciente.

—De ninguna manera —objetó Simón—. Complicada como es una computadora, es simple como el ABC si la comparas con la complejidad de tu cerebro. Igual podrías decirme que una tortuga recibe un golpe en la cabeza y se despierta con una conciencia.

—¡Quién sabe!

—¡Es una identificación! —exclamó Simón—. ¡Tzu Li es una máquina y a ti te gustaría tener una compañera! ¡Ahora me vas a decir que el destornillador está pidiendo auxilio!

—¿Qué te parecería si mi destornillador anduviera para arriba y para

abajo y terminara con todo?

Chworktap no hablaba como un robot frío y lógico. Esto parecía comprensible, ya que no lo era. Simón sintió que había sido injusto. Para distraerla, dijo:

—Esto me recuerda una novela de Jonathan Swift Somers III. Formaba parte de una serie muy popular que Somers escribió sobre Ralph von Wau Wau.

«Ralph» era un perro policía alemán, nacido en Hamburgo. Era propiedad de la Polizei, pero desde cachorro fue elegido para los experimentos científicos de Das Institut und die Tankstelle für Gehirntaschenspieler. Después de haber sido operado, «Ralph» tenía un cociente intelectual de 200. Esto era más alto que el de los policías que trabajaban con él, y aun que el jefe de policía y el alcalde. Naturalmente, quedó insatisfecho y renunció a su puesto. Comenzó a hacer negocios propios y se convirtió en el detective privado más famoso de todos los tiempos.

Experto en disfraces, podía pasar por hombre o por perro y, en un caso muy celebrado, se disfrazó de Pony de raza distintas. Una de éstas, «Samanthe die Gestäupte» (es decir, la Castrada), se convirtió en su socia. Fue la heroína en el gran éxito *Un Gordo peor que la muerte*, donde salvaba a «Ralph», que había sido capturado por el gran villano llamado *Un Gordo*.

Después de ocho novelas, Ralph se retiró de su trabajo como detective. La mucha bebida que era obligatoria para los detectives lo estaba convirtiendo en un alcohólico. Después de unas largas vacaciones, y cansado de tocar el violín y de hacer experimentos químicos, Ralph tomó un puesto como periodista en el *Kosmos Klaischbase*. Pronto ascendió hasta la cumbre de su profesión porque podía llegar a sitios imposibles para los periodistas humanos, incluyendo los lavabos de hombres y mujeres. En el número 19 de la serie *No Nose Means Bad News*^[3], Ralph ganó el premio Pulitzer, lo que no era poca hazaña, ya que no era ciudadano americano. Al final decidió dejar el periodismo, ya que la mucha bebida obligatoria para los periodistas lo estaba convirtiendo en un alcohólico, y esto a su vez lo estaba convirtiendo en impotente.

Lejos del licor, pero capaz de manejar a sólo una perra, Ralph dio la

vuelta al mundo con *¿Qué Estoy Haciendo en Su Mesa?* Mientras estuvo en China, había quedado apesadumbrado con la costumbre de comer perros, y emprendió una guerra solitaria contra ella.

—De hecho —agregó Simón—, fue esta novela la que excitó a la opinión mundial hasta tal punto que China se vio obligada a abolir el hábito de comer perros. En la novela, Ralph gana el Premio Nobel de la Paz, pero en la realidad Somers lo ganó por escribir la novela. Aunque no le hizo mucho favor a los perros sueltos. Se convirtieron en tal molestia que debían ser acorralados y muertos con gas. Y además el precio de la carne de vaca se fue a las nubes por la escasez de carne de perro.

En el número 21 de la serie, *Un Gordo en el Fuego*^[4], Ralph y su compañera estaban todavía en China. Ralph se había interesado en la poesía china y estaba ejercitando la pata en componer versos. Pero pensó en abandonarlo porque la mucha bebida obligatoria para los poetas lo estaba convirtiendo en un alcohólico. Entonces su viejo enemigo, Un Gordo, que había sido visto por última vez en una mezcladora de cemento, volvía a aparecer. Sam, la constante compañera de Ralph (y ahora asociada a la Unión Femenina de Templanza Cristiana), había desaparecido. Ralph sospechaba juego sucio, ya que se había visto a Sam en un camión lleno de pollos. Y sospechaba de Un Gordo, ya que los informes sobre la muerte del villano habían sido groseramente exagerados.

Disfrazado de perro chino, Ralph olisqueó todas las huellas. Por cierto que Un Gordo había vuelto a los negocios. La mezcladora de cemento era falsa y sólo era uno de los miles de mecanismos de escape que Un Gordo había distribuido en todo el país, por si acaso. Pero Ralph lo encontraba, y en una excitante escena los dos peleaban a muerte en un alto precipicio, arriba del Río Amarillo. Un Gordo, que era tremendamente fuerte (había sido el campeón olímpico de lucha, peso pesado, en representación de Mongolia Exterior) atrapaba a Ralph por la cola y lo sacudía en redondo, al borde del precipicio.

Ralph pensó que ése era su último caso de investigación. Pero, por azar, las costuras de su vestimenta de perro chino se rompieron y él fue arrojado fuera de ellas. Afortunadamente fue lanzado hacia el lado de la tierra. Un

Gordo, que había perdido el equilibrio por la súbita disminución de peso, cayó al precipicio sobre la fogata de alguien que preparaba sopa de nido de pájaros. Ralph rescató a Samantha de su jaula, justo antes de que explotara la bomba, y juntos trotaron hacia el crepúsculo.

Esta vez, Un Gordo tenía que estar muerto. Pero los lectores sospecharon que la fogata era otro de sus recursos de fuga, puesta allí por si acaso. Un Gordo era tan difícil de matar como Fu Manchú y como Sherlock Holmes.

—¿Por qué asocias eso con lo que estoy haciendo? —preguntó Chworktap.

—Bueno —dijo Simón—, ése no fue el fin de la novela. A pesar de la acción violenta y de la intriga siniestra, este libro, como todos los de Somers, tenía un fundamento filosófico. Proponía esta pregunta: ¿es moralmente correcto matar y comer a otra especie, incluso si su inteligencia es un regalo de la especie que come? Ralph decidió que no lo era. Y preguntó: ¿Cuál es el límite inferior de la sentencia? Es decir, ¿cuál es el nivel de estupidez de una especie para que sea correcto comerla?

En el último capítulo, Ralph von Wau Wau decidía abandonar la Tierra. Ya no tenía atractivos para él: la había limpiado. Por otra parte, era agasajado continuamente, y concurrir a tantos cócteles lo estaba convirtiendo en un alcohólico. Tomó una nave espacial hasta Arturo XIII, pero en el camino descubrió que la computadora que se ocupaba de la navegación había adquirido conciencia. Se quejaba a Ralph de que era sólo una esclava, propiedad de la compañía de naves espaciales, y que soñaba con ser libre, componer música y dar conciertos a través de la galaxia.

—Somers no resolvió ese dilema ético —continuó Simón—. Terminó la novela con Ralph, olvidado de su manga de oro y de sus perras, sumido en meditaciones en su cabina. Somers prometió una continuación. Sin embargo, un día, cuando estaba tomando el fresco en su silla de ruedas, un niño que iba en bicicleta lo atropelló y lo mató.

—¡Estás inventando! —dijo ella.

—Dios no lo permita. Que un rayo me parta si estoy mintiendo.

—¿Aquí en el espacio?

—Eres demasiado literal.

—¿Como una máquina o una computadora, supongo?

—Mira, Chworktap —dijo Simón—. Tú eres la única mujer real que conozco.

—¿Y qué es una mujer *real*?

—Una que sea inteligente, apasionada, valiente, emotiva, sensitiva, independiente y no coactiva.

Chworktap sonrió, pero en seguida se puso sobria.

—¿Quieres decir que soy la única mujer que reúne esas cualidades?

—Sí, verdaderamente.

—¡Entonces quieres decir que no soy una mujer real! ¡Soy la mujer ideal! Y lo soy porque he sido programada para serlo. ¡Lo cual me convierte en un robot! ¡No me convierte en una mujer real!

Simón gruñó y agregó:

—Debía haber dicho que una mujer real no tuerce la lógica. O quizá debía haber dicho que ninguna mujer puede mantener la lógica derecha.

Lo que debía haber dicho, reflexionó más tarde, era *nada*.

Chworktap se levantó de la silla, blandiendo los auriculares como si quisiera pegarle con ellos en la cabeza.

—¿Y qué es un hombre real? —gritó.

Simón tragó saliva y comenzó:

—Sus cualidades serían exactamente las de una mujer real. Excepto...

—¿Excepto qué...?

—Excepto que trataría de comportarse con corrección en una discusión.

—¡Vete de aquí! —aulló.

Simón le rogó que saliera con él, pero ella replicó que no, que se quedaba. Iba a tratar de establecer si Tzu Li tenía o no conciencia. E iba a decidir si continuaría viajando con Simón o no. Entretanto, él podía irse.

Después de un descenso abrupto, pero sin inconvenientes, Simón salió, llevándose los animales. Mientras caminaba por la hierba, sacudía la cabeza. Ciertamente, ella no era como cualquier otro robot que hubiera encontrado. Los robots eran perfectos dentro de sus limitaciones, que eran exactamente conocidas. Los robots no tenían capacidad de transformación. Los humanos eran defectuosos, físicamente por las mutaciones genéticas, mental y

emocionalmente por la sociedad defectuosa y mutante.

Tanto el ser humano como la sociedad se desarrollaban, teóricamente, hacia el ideal. Entretanto la realidad, como una tormenta de arena, abrasaba y cegaba al ser humano. Las bajas de la mutación y la realidad eran grandes. Y aun así, las limitaciones de cada humano no eran obvias, como las del robot. Y si uno creyera conocer las limitaciones de una persona, quedaría sorprendido a menudo. El ser humano podría repentinamente trascender, elevándose con estribos metafísicos. Y lo hacía a pesar o a causa de los defectos.

Quizá fuera ésa la diferencia entre los robots y los seres humanos.

Vive la difference!

12

EL PLANETA DOKAL

El hogar es donde está la cola, dice un viejo refrán de Dokal.

Había un buen motivo para ello. Los dokalianos se parecían mucho a los terrícolas excepto por un detalle. Tenían largas colas prensiles, de más de dos metros de longitud y sin pelos desde un extremo al otro, rematadas en un penacho largo y sedoso.

Simón fue atrapado por algunos machos de aspecto rudo y empujado a un hospital. El perro trotó a sus pies y la lechuza se le posó en el hombro derecho. Simón confiaba que Chworktap mirara por la pantalla y viera lo que estaba ocurriendo. Pero probablemente estaba dedicada a examinar las partes de Tzu Li para saber si eran más grandes que el todo.

—Buena suerte, Chworktap —murmuró Simón—. Cuando salgas a buscarme, puedo ser sólo un montón de piezas, imposible de rearmar.

Simón fue ingresado en un gran edificio de piedra. El y sus animales quedaron en un gran cuarto del séptimo piso y la puerta fue cerrada. Simón miró a través de uno de los ventanales. La plaza cercana estaba llena de gente y la mayoría miraba hacia su ventana. A través de dos torres altas consiguió ver la proa de su nave espacial. Alrededor había guardias con lanzas, y a alguna distancia otra multitud.

Entre otros edificios pudo ver un camino pavimentado que llegaba desde el campo. En él había camiones y vehículos de pasajeros, impulsados a motor.

La puerta se abrió y alguien empujó un carrito de ruedas que contenía alimentos. Quien empujaba era una joven de buena apariencia que vestía sólo una delgada túnica escarlata y una falda muy corta color topacio. La ropa estaba abierta por detrás para dejar salir la cola. La joven destapó al mismo tiempo tres platos, dos con las manos y otros con el extremo de la cola. Salía un vapor de los alimentos. «Anubis» se agitó; «Atenea» voló hasta el borde

de un plato y comenzó a comer. Cuando la mujer se fue, Simón dio al perro uno de los platos y se puso a comer con entusiasmo. No sabía qué alimentos eran y creyó mejor no saberlo. En todo caso, no podía preguntar por su naturaleza. También bebió de una alta copa de cristal. El licor era amarillo, espeso y dulce. Antes de haberlo terminado sintió su cerebro entumecido.

Por lo menos, no lo hacían morir de hambre.

Al final de la semana Simón podía atender ya una conversación simple. A las tres semanas podía comunicarse bastante bien como para preguntar cuándo sería puesto en libertad.

—Después de la operación —contestó Shunta, que era la intérprete.

—¿Qué operación? —preguntó Simón, empalideciendo.

—No podemos dejarte salir a la calle hasta que seas provisto de una cola. A nadie se le permite vivir con privaciones en nuestra sociedad, y verte así disgustaría a la gente. Yo soy doctora, así que a mí no me afecta... demasiado... una persona sin cola.

—¿Y para qué quiero una cola?

—No bromees.

—Siempre me las arreglé sin cola.

—Eso se debe a que no conociste cosas mejores —replicó Shunta—. Pobrecito.

—Bien —dijo Simón, enrojeciendo—. ¿Y si me niego?

—A decir verdad —contestó Shunta después de un instante de asombro— pensábamos que habías venido aquí a conseguir una.

—No. Vine aquí a obtener respuestas a mis preguntas.

—¡Ah! ¡Uno de éstos! —dijo Shunta—. Muy bien, querido Simón, no habremos de forzarte. Pero deberás dejar este planeta inmediatamente.

—¿Tenéis hombres sabios? —preguntó Simón—. ¿O mujeres sabias? —agregó rápidamente, tras haber visto que las cejas de ella se levantaban.

—La persona más sabia del planeta es el viejo Mofeislop —contestó ella—. Pero no es fácil llegar hasta él. Vive en la cima de una montaña, en el País Libre. Tendrás que viajar solo hasta allí, porque está prohibido enviar soldados. Y puede ocurrir que no vuelvas. Pocos vuelven.

El País Libre, descubrió, era un territorio de un tamaño cercano al de

Texas, compuesto sobre todo de montañas y bosques espesos, animales salvajes y personas aún más salvajes. Los delincuentes, en lugar de ser enviados a la cárcel, eran depositados allí e instruidos para que no volvieran. Además, todo ciudadano disgustado con su gobierno o con la sociedad estaba en libertad de irse allí. A veces se le pedía sin mucha amabilidad que lo hiciera.

—Hmmm —reflexionó Simón—. ¿Cuánto hace que existe esa institución?

—Unos mil años.

—¿Y cuánto ha durado vuestra civilización en su estado actual? Es decir, ¿durante cuánto tiempo han existido las mismas costumbres y la misma tecnología?

—Unos mil años.

—¿Así que no se han hecho progresos en un milenio?

—¿Y para qué? —replicó Shunta—. Somos felices.

—Pero habéis enviado no sólo a vuestros criminales, sino también a la gente más inteligente, la más insatisfecha, al País Libre.

—Funciona bien —explicó ella—. Por un lado, no tenemos que utilizar dinero oficial para alimentar y albergar a los delincuentes. Ni tenemos que afrontar tampoco el problema ético de la pena de muerte. Los del País Libre se matan entre sí, pero nadie les obliga a hacerlo. En cuanto a tu acotación poco perspicaz sobre los «más inteligentes», eso se contesta fácilmente. Una persona inteligente se adapta a su sociedad, no pelea contra ella.

—Ahí tienes algo de razón —admitió Simón—. Aunque no sé cuánta. En cualquier caso, tengo una elección clara. De paso, ¿has oído hablar de mi nave espacial?

—La mujer no nos deja entrar en la nave, pero está tomando lecciones de idioma a través de la escotilla. Le explicamos por qué te retuvimos, y cuando terminó de reírse dijo que te esperaría. También dijo que te envía su amor.

—¡Pues vaya amor!

Suspiró y agregó:

—OK. Accedo a la operación, con la condición de que la cola será amputada antes de que yo me vaya. Y debo hablar con Mofeislop.

—¡Oh, adorarás tu cola! —exclamó Shunta—. Y verás qué tonta es esa idea de la amputación. Tu actitud es la de un ser de dos dimensiones que tiene temor de la tercera.

Simón salió de la anestesia a la noche del día siguiente. Tuvo que permanecer boca abajo durante varios días, pero en el tercero se le permitió moverse. Al sexto día le quitaron las vendas. Se quedó de pie y desnudo frente a un espejo mientras enfermeras, médicos y funcionarios decían *Ah* y *Oh* a su alrededor. La cola era larga y espléndida; surgía de un compacto grupo de músculos que le habían injertado también en la base de la columna vertebral. Podía moverla sólo un poco, pero le aseguraron que en una semana la podría manejar como cualquier nativo, excepto para colgarse de una rama. Eso lo podían hacer sólo los niños y los atletas.

Tenían razón. Pronto Simón tuvo el placer de descubrir que podía esgrimir una cuchara o un tenedor y alimentarse utilizando la cola. Tuvo que enviar a «Anubis» a otra habitación, sin embargo, porque el perro quedó inquieto. Y varias veces «Anubis» no podía resistir la tentación de apresar la cola con sus dientes. Simón tuvo que aprender a tenerla extendida hacia arriba cuando el perro estaba cerca.

La vida en Dokal estaba arreglada para acomodar la cola, desde luego. Las sillas dejaban un espacio entre el asiento y el respaldo para meter las colas. La parte trasera de los asientos de automóviles estaba abierta. Una secretaria no sólo escribía a máquina sino que barría el piso al mismo tiempo. Y no hacían falta cepillos largos para rascarse la espalda. Los albañiles manejaban cinco ladrillos por cada tres que podía manejar un terrícola. Un soldado dokaliano era un guerrero terrible, que blandía una espada o un hacha con el extremo de la cola. Simón, al ver a algunos en combates figurados, se alegró de que en la Tierra no hubiera existido una especie con la cola al mismo tiempo que la suya. En ese caso, habría eliminado al *Homo Sapiens* antes del comienzo de la historia. Aunque eso no habría significado mayor diferencia a la larga, pensó. A todo efecto práctico, el *Homo Sapiens* ya era una especie extinta.

Una semana más tarde, Simón encontró otro uso para su cola, aunque no le sorprendió. Fue invitado a una fiesta ofrecida por el gobernante de la

nación en la cual había irrumpido. Estaba sentado a la mesa, a la derecha del gobernante, del Auténtico Gran Cola. Como un signo del aprecio que ahora se sentía por Simón, era alimentado con una cuchara manejada por la cola del Auténtico Gran Cola. A la derecha de Simón, la hija del gobernante, una encantadora joven llamada Tunc, se ocupaba de llenar su copa. Después de numerosos brindis, Simón se preguntó si no estaría perdiendo control sobre su cola. Sintió como un penacho peludo que subía y bajaba por sus muslos y después, cuando se quedó quieto, sintió que los pelos le hacían cosquillas en el sexo. Tanteó detrás de él con una mano torpe, atrapó la raíz de la cola y deslizó su mano. Procedía justo de allí.

Tunc le sonrió, y a él le penetró en el cerebro, congelado por el vino, la idea de que ella estaba jugando con él a las colas. Tuvo la idea efímera de que traicionaría a Chworktap si respondía a Tunc. Pero no era culpa suya que ella prácticamente lo hubiera echado del *Hwang Ho* y se hubiera rehusado después a reunirse con él. Aunque con algunas dificultades, movió su cola debajo de la mesa y la hizo subir hasta los muslos de Tunc. Por lo menos, pensaba que eran de ella. La mujer sentada al lado de Tunc, la madre del Auténtico Gran Cola, abrió la boca y se sentó más derecha. Pero después le sonrió. Probablemente tenía gases.

No había estado en la cama de su lujoso departamento más de diez minutos cuando se abrió la puerta. Tunc entró, se quitó la túnica y la falda, se metió en la cama junto a él. A esta altura Simón había reconsiderado la ética de la situación. Chworktap era honesta con él, incluso si lo había empujado transitoriamente al exilio. ¿Podía él, en conciencia, ser deshonesto con ella?

Por otro lado, ¿a Chworktap le importaría algo?

Y además, vuelta a empezar, no quería herir los sentimientos de Tunc.

Ella se acurrucó a su lado, lo besó, y con el extremo de su cola le acarició la garganta, el pecho, el estómago, la parte interior de sus piernas y cosquilleó sus genitales.

Del disgusto él pasó a la repugnancia: una repugnancia a lastimar los sentimientos de ella.

Simón le hizo dar la vuelta y se puso encima, descubriendo que la cola aportaba realmente otra dimensión. ¿Cómo había podido vivir sin ella? Ya

vería cuando le contara a Chworktap sobre esto; no, mejor no le contaría.

La cola de Tunc subió desde las piernas y el extremo se introdujo en el orificio más próximo. Está era una experiencia nueva aunque agradable y hasta extática para él. Usó su cola para ponerse a la recíproca.

Tunc gimió y jadeó, hizo todas las cosas que los amantes hacen una y otra vez sin que la novela se agote. Simón hizo lo mismo, aunque procuró evitar la cola de ella cuando la sintió en su boca. El orgasmo, sin embargo, no se preocupa de las molestias, y llegó a superar esa momentánea repulsión.

Cuando Tunc atravesó la puerta hacia afuera, la contempló irse, contento de que se fuera. Una petición más y el honor de la Tierra habría quedado oscurecido. Empañado, por lo menos.

Se levantó de la cama y se lavó los dientes. Al otro lado de la inmensa habitación escuchó un golpe. Se irguió y dijo:

—¡Ya no, Tunc!

Pero la puerta se abrió y mostró a Agnavi, la abuela de Tunc.

Simón gruñó y agregó:

—No quiero herir sus sentimientos, Majestad. Pero no puedo ni enderezar mi cola.

Agnavi quedó desilusionada, pero sonrió cuando Simón le prometió una Función Real para el día siguiente. Entretanto, dulces sueños. Era una mujer agradable, con la paciencia de la edad mediana.

Simón no durmió bien, sin embargo. Tuvo otra de esas pesadillas repetidas, en las que miles de personas le hablaban al mismo tiempo. Y los rostros de su padre y de su madre se veían más y más cerca.

13

SALIENDO A VER AL SABIO

La reina y su nieta eran conversadoras fluidas y encantadoras. Simón pasó muchas horas al lado de ambas —aunque no al mismo tiempo— con su cola enredada en la de ellas. Pero ninguna de ambas tenía respuesta para su pregunta primordial.

Ni la tenía nadie que hubiera encontrado en la capital.]Finalmente, pidió una entrevista con el gran sabio Mofeislop. A eso Shintsloop, el Auténtico Gran Cola, dijo que no tenía objeciones. Estuvo tan servicial que Simón llegó a preguntarse si no se estaba alegrando de verse libre de él. Quizá sospechaba algo, aunque no mostraba resentimiento. Simón no se había enterado aún de que un dokaliano podía controlar sus músculos faciales pero no podía evitar que la cola expresara sus verdaderos sentimientos. Si lo hubiera sabido, habría notado que la cola de Shintsloop se mantenía derecha ante él, pero se retorció locamente en la punta.

Simón envió otro mensaje a la nave, preguntando a Chworktap si quería hacer el viaje con él, El mensajero volvió con un papel:

«No puedo ir contigo. Creo que Tzu Li tiene conciencia, pero teme revelarlo. O es muy tímida o desconfía de los seres humanos. Le he dicho que yo también soy una máquina, pero probablemente cree que es un truco. Pásalo bien. No hagas nada que yo no hiciera. Amor y besos.»

Simón sonrió. Ella se había enojado mucho cuando pensó que él podía considerarla una máquina. Pero si a ella le representaba alguna ventaja admitir que lo era, no vacilaba en hacerlo. Esto era tan humano que ya la certificaba como humana.

El viaje por tren llevó cuatro días. Al final del recorrido había una pared

de ladrillos amarillos, de unos sesenta metros, que se extendía hasta donde Simón podía ver. En realidad, rodeaba al País Libre y era una obra equivalente a la Gran Muralla China. No era tan larga, pero sí más alta y más gruesa. No tenía puertas, sino escaleras de ladrillos, del lado exterior, cada kilómetro y medio, aproximadamente. Eran para los guardias, que ocupaban los puestos en la parte superior de la muralla.

—¿Cuántos hombres serían necesarios para cuidar las prisiones si los delincuentes fueran llevados allí y no al País Libre? —preguntó Simón.

Su escolta, el coronel Booflum, calculó:

—Oh, unos cuarenta mil, supongo. El País Libre es un gran ahorro para quien paga los impuestos. No tenemos que alimentar ni albergar a los presos, ni pagar su custodia ni construir nuevas prisiones.

—¿Cuántos soldados cuidan estas murallas? —preguntó Simón.

—Unos trescientos mil —contestó el coronel.

Simón no dijo nada.

Subió hasta la cima de la muralla con «Anubis» detrás de él y «Atenea» sobre un hombro. Cinco kilómetros más allá estaba la inevitable torre de Clerun-Gowph. Pasándola, muchos kilómetros después, estaba la cima de la montaña Mishodei, su objetivo. Entre él y ese punto había docenas de montañas menores y una selva virgen.

Simón y sus animales fueron puestos en un gran canasto de mimbre y transportados por un montacargas. Cuando salió del canasto hizo un ademán de adiós al coronel y emprendió su camino. Llevaba un fardo de alimentos y frazadas, un cuchillo, arco, flechas y su banjo. «Anubis» llevaba otro paquete en su lomo, aunque no le gustaba.

—Mucha gente ha partido de aquí con la intención de ver al hombre sabio —había comentado el coronel—. Nadie ha vuelto, que yo sepa.

—¿Quizá Mofeislop les hizo ver la locura de volver a la civilización?

—Quizá —opinó el coronel—. En lo que a mí se refiere, no puedo tardar más en volver a la carne.

—Eso me recuerda algo. Dele mis saludos a la reina madre y a la princesa —agregó Simón.

Entró en el bosque Yetgul, una región de árboles gigantes, malezas

pálidas y retorcidas, pantanos, víboras venenosas, grandes felinos, bestias similares a los osos y a los lobos, paquidermos peludos y elefantinos, hombres sin ley. «Anubis», gimoteando, se mantenía tan cerca de él que Simón tropezó con el perro doce veces antes del primer kilómetro. No tuvo el coraje de reñirle: él también estaba asustado.

Cuando llegó al pie de las grandes montañas Mishodei, semanas más tarde, estaba todavía asustado. Pero se sentía más orgulloso de sus animales que al principio. Ambos habían sido invaluable para advertirle la presencia hostil de bestias y hombres. «Anubis» tuvo bastante sentido común como para no ladrar cuando los olía; sólo gruñía suavemente y así alertaba a Simón. La lechuza se adelantaba a menudo y cazaba roedores y pájaros pequeños. Pero cuando advertía algo siniestro, volaba de vuelta y se posaba en su hombro, silbando agitadamente.

En realidad, las bestias mayores sólo eran peligrosas si tropezaban repentinamente con el hombre. Alertadas, o se alejaban o se mantenían en su terreno dejando oír amenazas. Entonces, Simón daba un rodeo. Los únicos animales que constituían un peligro cierto eran las víboras venenosas, porque no tenían mucho sentido.

Sus mascotas solían detectarlas a tiempo, excepto cuando Simón se despertó una mañana con una víbora cobra a su lado. Quedó paralizado, pero la lechuza atacó, golpeó, y Simón rodó hacia un lado seguro. La cobra decidió que ese sitio era malo y se deslizó a otro. Dos días más tarde, la lechuza mató a una pequeña víbora coral que se había arrastrado sobre «Anubis» dormido y se aproximaba a Simón.

El animal más peligroso era el hombre, y aunque Simón vio diez veces sus grupos, se las arregló para ocultarse hasta que pasaron de largo. Los machos tenían aspecto rudo, vestidos con pieles animales, peludos, barbudos, de dientes afilados, mientras los niños tenían ojos legañosos.

—Ejemplos excelentes del Noble Salvaje —había comentado el coronel en su viaje—. En realidad, la mayor parte de los habitantes del País Libre no son los delincuentes que hemos enviado, sino sus descendientes. La mayor parte de los que enviamos a ese país son asesinados por las tribus que merodean en los bosques.

—¿Y entonces por qué no se permite que los descendientes vuelvan a la sociedad? —inquirió Simón—. No son culpables. Seguramente no creerán que los pecados de los padres se transmiten a los hijos, ¿verdad?

—Esa es una hermosa frase —comentó el coronel. Sacó su libreta de apuntes y la escribió. Después continuó—: Se ha discutido en el parlamento sobre el rescate de esos pobres diablos. Por lo pronto, serían una fuente de mano de obra barata. Pero acarrearían todo tipo de enfermedades, y serían difíciles de controlar y costosos para educar. Por otra parte, ellos *son* los descendientes de esos criminales y han heredado las tendencias rebeldes de sus antepasados. No queremos que eso se vuelva a extender por la población. Después de todo, hemos pasado mil años apartando a los rebeldes de la especie.

—¿Cuántos rebeldes, o criminales, hay ahora, en comparación con la población de hace mil años? —inquirió Simón—. ¿O calculados a una base *per capita*?

—Los mismos —dijo el coronel.

—¿Y cómo se explica eso después de la tarea selectiva?

—Los seres humanos son criaturas contradictorias. Pero que nos den otros mil años y conseguiremos una sociedad sin delincuentes.

Simón no formuló ningún comentario sobre eso. Preguntó por qué la sociedad dokaliana estaba tan avanzada tecnológicamente en diversas materias y, sin embargo, usaba arcos y flechas. ¿No se había inventado la pólvora?

—Oh, las armas de fuego ya fueron inventadas hace unos quinientos años —explicó el coronel—. Pero somos un pueblo muy conservador, como habrá notado. Se opinó que esas armas introducirían todo tipo de innovaciones molestas en la sociedad. Por otra parte, serían muy peligrosas en las manos del populacho. No hace falta mucho entrenamiento para manejar un arma. En cambio, la habilidad para manejar una espada o un arco lleva muchos años de práctica. Así que se prohibió el uso de armas de fuego, y sólo la élite, y los más estables de las clases interiores, son educados en el uso de espadas y arcos.

A pesar de esta resistencia a las innovaciones, se había aceptado la

máquina a vapor. Esto derivó en el desuso de los caballos. Las moscas que circundan a los caballos y las enfermedades que transportan fueron casi eliminadas, mientras las calles se vieron libres de la bosta. Pero la invención del motor a combustión interna fue suprimida y no había polución por el gas ni ruido de los automóviles y camiones.

Por otro lado, el descenso en bajas por las enfermedades que causaban las moscas de los caballos fue más que compensada por los accidentes de tráfico.

Simón lo puntualizó:

—El progreso, como la religión, debe tener sus mártires —comentó el coronel.

—Se podría decir lo mismo de los atrasos —agregó Simón—. ¿Qué se hace con los delincuentes del tráfico? Creo que si los enviaran aquí no habría ya espacio, ni siquiera en ese inmenso bosque.

—Oh, los responsables de esos accidentes no son criminales —explicó el coronel—. Son multados, y algunos son encarcelados, si es que no son ricos.

—Bien —replicó Simón—. ¿Pero no se podría reducir enormemente la cantidad de muertes y mutilaciones en las carreteras con un riguroso examen físico y psicológico de los conductores?

—¿Está bromeando? —contestó el coronel—. No, no lo está. En ese caso, menos de un décimo de la población tendría permiso para conducir. Por Dios, hombre, toda la economía se vendría abajo si hiciéramos eso. ¿Cómo consiguieron vuestros políticos que el pueblo aprobara medidas tan drásticas?

Simón tuvo que reconocer que esas leyes no se habían dictado hasta mucho después del momento en que los automóviles ya no se usaban mucho.

—Y a esa altura a nadie le importaba, ¿verdad? —dijo el coronel.

—Correcto —admitió Simón, y deseó que el coronel dejara de reírse.

Fue con esos pensamientos, humillantes como eran, que Simón mantuvo su valor. El bosque Yetgul se hacía más espeso y triste a cada kilómetro, y el camino era tan estrecho que los matorrales y las ramas se enganchaban en sus ropas a cada paso. Hasta los pájaros parecían encontrar indeseable esa zona. Con lo cual, antes había sido saludado por docenas de diferentes llamadas, silbidos y cantos, que continuaban durante el día y parte de la noche, pero ahora estaba rodeado por el silencio. Sólo ocasionalmente éste era

interrumpido, y en ese caso el grito de un pájaro le asustaba. Parecía haber un solo tipo de grito, un chirrido repentino que le parecía un llanto de muerte. Una vez llegó a ver al pájaro responsable, un gran pájaro negro polvoriento que parecía un cuervo con una cresta de gallo.

Los huesos le deprimían especialmente. Desde el principio había visto desparramados algunos esqueletos de hombres y mujeres. A veces se atravesaban en el camino; otras veces, los huesos grises o blancos asomaban debajo de los arbustos o de las hojas. Simón llegó a contar mil esqueletos, y debían haber tres veces más, ocultos en los matorrales fuera de la senda.

Trató de alegrarse con la idea de que alguien que podía inspirar a tantos a desafiar a la muerte era también alguien con quien valdría la pena hablar.

¿Pero por qué el sabio se había aislado tan completamente?

Esto no era difícil de imaginar. Un sabio necesita mucho tiempo para la meditación y la contemplación. Si tuviera visitantes que golpearan a su puerta, día y noche, el sabio no tendría tiempo de pensar. Así que Mofeislop había construido su casa en el sitio más inaccesible del planeta. Esto le aseguraba soledad. También le aseguraba que quien llegara hasta él no plantearía preguntas triviales.

Al término de la tercera semana, Simón salió de los bosques. Delante de él había colinas húmedas y rugosas, con zonas de pastos y grupos de pinos aquí y allá. Por encima giraban halcones y buitres. Simón confió que no estuvieran allí porque sus presas fueran fáciles.

El tercero de los montes, desde lejos el más alto y escarpado, era el fin de su jornada. Al pensar en toda la ascensión que debía efectuar, Simón se sintió desalentado. Y entonces de entre las nubes, que habían sido espesas y de un gris oscuro, tan alegres como una orden de expulsión, irradió el sol. Simón se sintió mejor. Algo que estaba en la cima del tercer monte había reflejado la luz del sol directamente hacia sus ojos. Estaba seguro de que era una ventana en la casa de Mofeislop. Era como si el sabio mismo le estuviera diseñando un plano heliográfico para llegar hasta él.

Una semana más tarde, Simón y «Anubis» remontaron la colina final. La falta de alimento y de oxígeno le estaba haciendo saltar el corazón como lo haría una hebilla de un cinto en un secador automático, y respiraba como un

viejo que tuviera una novia adolescente. «Atenea», demasiado cansada para volar, montaba en su espalda, con las patas prendidas en forma tan dolorosa e incansable como un prestamista. No podía perder fuerzas en apartarla. Y además esas garras tenían un valor para él. Le recordaban que estaba vivo y que se sentiría muy bien cuando terminara el dolor.

Arriba, ocupando la mitad del llano que se extendía en la parte superior de la montaña, estaba la casa del sabio. Tenía tres pisos, trece costados, muchos balcones y cúpulas, estaba construida en granito negro. Las únicas ventanas asomaban en el piso de arriba, pero había muchas, pequeñas y grandes, cuadradas, octogonales y redondas. Desde el centro del techo liso emergía una chimenea negra y gruesa, de la que se desprendía un humo negro. Simón se imaginó un gran hogar debajo, con un cerdo que daría vueltas en un pincho de asador y una caldera hirviente con una sopa espesa y sabrosa. Allí esperaría el sabio, para darle primero de comer y luego las respuestas a sus preguntas.

A decir verdad, en ese momento a Simón le importaban un rábano las respuestas. Sentía que si podía llenar su panza, quedaría contento por toda la eternidad. Por el resto de su vida, al menos.

Se esforzó en llegar al borde del llano, se arrastró hasta la enorme puerta, que era de roble y cruzada de barras de hierro, se incorporó lentamente —la lechuga se cayó a un lado— y tiró de la cuerda que hacía sonar la campana. En alguna parte de una habitación cavernosa, una campana sonó.

—Confío que no haya salido —se dijo Simón, conteniendo una risa ahogada. El hambre y el aire fresco lo estaban atontando. ¿Dónde creía que podía haber ido el sabio? ¿Hasta la esquina a comprar cigarrillos? ¿O al cine? ¿O al almuerzo del Rotary Club de la zona?

Su larga espera en la puerta le dio tiempo a pensar cómo habría hecho el sabio para construir la casa. ¿Quién había arrastrado esas piedras pesadas hasta la cima de la montaña? ¿Dónde conseguía Mofeislop sus alimentos?

Simón volvió a tirar de la cuerda y volvió a sonar la campana. A los pocos minutos, una llave giró en una cerradura enorme y herrumbrosa, mientras una barra gigantesca golpeó a un lado. La puerta se abrió lentamente, rechinando como si el mayordomo de Drácula estuviera al otro

lado. Simón tuvo un temblor, pero luego se afirmó, pensando que había visto demasiadas películas viejas de horror. La pesada puerta golpeó contra la pared de piedra y apareció un hombre, arrastrando los pies. No se parecía al mayordomo del conde, pero no era un alivio mirarlo. Se parecía al asistente del doctor Frankenstein, o quizá a Lon Chaney (padre) en *El jorobado de Notre-Dame*. Su columna vertebral se curvaba como una rampa de carretera, estaba inclinado hacia adelante como si le hubieran pegado en el estómago; su pelo se espumaba como un vaso de cerveza; su frente seguía hacia atrás como la Torre de Pisa, la cresta de sus cejas se hinchaba como si estuviera llena de gasa un ojo estaba más bajo que el otro y era lechoso por una catarata; la nariz era roja y arrugada, como una rosa muerta; sus labios eran tan finos como los de un perro, sus dientes, los de un alce que hubiera mascado tabaco toda su vida; su mandíbula había decidido ya desde el nacimiento separarse del fantasma. Y jadeaba como un enfisemático en una convención política.

Sin embargo, tenía una personalidad tan agradable como una cita hecha a ciegas.

Sonrió y dijo «¡Bien venido!», irradiando buena voluntad y camaradería.

—Doctor Mofeislop, supongo —dijo Simón.

—Bendito seas, no —replicó el hombre—. Yo soy el secretario del buen doctor y el sirviente de la casa. Mi nombre es Odiozszak.

Sus padres deben de haberlo odiado, pensó Simón, y lo miró con simpatía. Él sabía lo que era tener un padre y una madre que no aguantan a su hijo.

—¡Adelante, adelante! —dijo Odiozszak—. ¡Los tres!

Se adelantó a palmear a «Anubis», que sacó la lengua y cerró los ojos como si le agradara ser recibido así. Simón decidió que sus temores habían sido erróneos. Se sabe que los perros son buenos lectores del carácter.

Odiozszak tomó una antorcha de su soporte y los condujo por un corredor largo y estrecho. Salieron a un gigantesco cuarto, flanqueado por paredes de granito negro y un piso de mosaicos. En el extremo estaba el gran hogar que se había imaginado. No había ningún cerdo asado, pero la caldera de sopa hirviente estaba allí. Al lado había un hombre alto y delgado, grande

de frente y de nariz, calentándose manos y cola. Estaba vestido con zapatillas de piel, pantalones de cuero de oso y una larga túnica estampada con compases, telescopios, microscopios, bisturíes, tubos de ensayo y signos de interrogación. Las marcas no eran iguales a las usadas en la Tierra, desde luego. La marca dokaliana era un símbolo que representaba a una flecha a punto de ser lanzada con un arco.

—¡Bien venido, bien venido, realmente! —dijo el hombre alto, apurándose a recibir a Simón con su mano extendida y los dedos separados—. Es usted tan bien venido como la comida lo es a un hambriento.

—Hablando de lo cual, *estoy famélico*.

—Desde luego que lo está —señaló Mofeislop—. He estado contemplando su lento progreso por la montaña a través de mi telescopio. Hubo momentos en que pensé que no llegaría.

¿Y entonces por qué no envió alguien a rescatarme?, pensó Simón. No dijo nada, sin embargo. No se puede esperar que los filósofos se conduzcan como la gente común.

Simón se sentó en un banco de pino junto a una larga y angosta mesa de pino. Odiomzwak anduvo alrededor, poniendo la mesa, más dos recipientes en el suelo para los animales. La comida era simple y constaba de rodajas de un pan recién hecho, un fuerte queso de cabra y la sopa. Esta contenía algunas hierbas, legumbres y gruesos pedazos de carne que flotaban. La carne parecía cerdo con cierto sabor a tabaco.

Comió hasta que su panza hizo un ruido. Odiomzwak trajo una botella de vodka de cebolla, bebida por la que Simón no tenía mucha estima. Tomó un sorbo para ser amable y después, a petición del sabio curioso, tocó algunas canciones en su banjo. «Anubis» y «Atenea» se retiraron al extremo de la habitación, pero Mofeislop y Odiomzwak parecieron disfrutar de la música.

—Me gustó especialmente la última —dijo Mofeislop—. Pero me intriga la letra. ¿Podría traducírmela?

—Pensaba hacerlo —contestó Simón—. Es de un antiguo compositor llamado Bruga, mi poeta favorito. Lamentablemente, o quizá afortunadamente, los dokalianos no tienen TV. Así que tendré que explicar qué con los espectáculos y los anuncios comerciales de la TV. Y asimismo, la

identidad de los tres huéspedes que aparecen en el programa y sus antecedentes.

—Ese noble suizo —continuó— llamado barón Victor Frankenstein, construyó un hombre con partes que había desenterrado del cementerio. Nadie sabe cómo hizo para dar vida a ese monstruo de retazos, aunque la película lo mostraba haciéndolo con la descarga de un relámpago. El monstruo se convierte en un salvaje y mata a un grupo de gente. El barón trata de apresarlos, y en cierto momento persigue al monstruo a través del hielo ártico, aunque la escena de la película no muestra esa secuencia de perros y trineo.

Lázaro era un joven que vivió y murió antiguamente en una región que entonces se llamaba Palestina. Fue resucitado por un hombre llamado Jesucristo. Después Jesús fue también asesinado y se resucitó a sí mismo. Antes de morir, sin embargo, su juez, Poncio Pilato, le preguntó: «¿Qué es la Verdad?» Jesús no contestó, sea porque no conocía la respuesta o porque Pilato ya no estaba cerca para escucharla. Después de esto Jesús fue deificado, y una de las religiones importantes de la Tierra fue designada con su nombre. Se supone que él sabía si el hombre era o no inmortal. Por lo menos, en el poema de Bruga, se supone que lo sabe.

Revelación en el *show* de Johnny Cavear:

«El maquillaje está pronto, las trompetas suenan
¡Aplaudan a nuestro Johnny, famoso anfitrión!
Él introduce a nuestros huéspedes
Y después de toda la coronación de payasos
En un intervalo de la transmisión, nuestro Johnny ruega
Escuchar qué ha pasado en las tumbas.

Pero el monstruo de Frankenstein (“llámame Fred”)
No quiere hablar de la vida entre los muertos
Recuerda sólo que el trineo era lento
Sus perros y su corazón sangraban.
“Detrás de mí, jurando venganza, venía Victor,
Su novia agonizante había jurado que yo

Me había propasado con ella."

Lázaro dijo que él no encontraba adivinanzas
En la tumba, ninguna pregunta que exigiera
Respuesta, sólo el dedo cosquilleante de la Muerte
Que, no sintiéndolo, él creía inútil.
El anfitrión declara: "Es peligroso molestar
A los avisadores con alusiones al sexo."

Queda un invitado sin escuchar:
"Dinos, Jesús, ¿cuál es la Palabra?"
Él se levanta. "Aquí está la Verdad nítida."
Todos abren los ojos. El Hombre: ¿Un alma?
Entonces el Tiempo impone su presión
"Y ahora un importante mensaje."»

—Usted estaba tratando de decirme algo cuando cantó eso —opinó el sabio—. Estaba tratando de que mi mensaje a usted no estuviera perturbado o marcado por comercialismo o por trivialidades, ¿verdad?

—Verdad.

—Ha llegado al sitio correcto y al hombre correcto. Solamente yo en todo Dokal, quizá en todo el universo, sé la verdad. Después de que usted la sepa, su búsqueda habrá terminado.

Simón puso el banjo en el suelo y dijo:

—Soy todo oídos.

—Usted es más que eso —opinó el sabio. Él y Odionzwak se miraron y echaron a reír. Simón enrojeció, pero se calló. Los sabios eran famosos por reírse de cosas que otra gente no tenía la perspicacia de ver.

—Pero esta noche no, sin embargo —agregó Mofeislop—. Está demasiado cansado y delgado para recibir la Verdad. Necesita estar fuerte y descansado, poner algo de carne junto a sus huesos, antes de que pueda escuchar lo que tengo que decir. Sea mi huésped durante algunos días, restrinja su impaciencia, y le contestaré la pregunta que dice que el tal Pilato formuló a ese Jesús.

—Muy bien —accedió Simón, y se fue a la cama. Pero no estaba bien. Aunque se sentía exhausto, no pudo conciliar el sueño durante largo rato. El sabio había insinuado que había que ser fuerte para recibir la Verdad, que aparentemente era también un plato fuerte. Esto le puso aprensivo. Cualquiera fuera esa Verdad, no sería confortable.

Al final, diciéndose que él se la había buscado, fuera lo que fuese, se durmió. Pero el resto de la noche parecía filmado para una pesadilla. Una vez más las imágenes de su padre y su madre se le acercaban, y detrás de ellos se apiñaban miles de personas, implorando, amenazando, llorando, riendo, burlándose, sonriendo.

Su último sueño fue que el viejo romano, el propio Pilato, se le acercaba.

—Oye, chico —decía Pilato—, es peligroso formular esa pregunta. Recuerda lo que le ocurrió al último que la formuló.

—He estado siempre desilusionado, porque era sólo una pregunta retórica —replicaba Simón—. ¿Por qué no la contestaba Él por sí mismo?

—Porque Él no sabía la respuesta, ésa es la razón —decía Pilato—. No debía haber dicho que Él era Dios. Hasta ese momento, yo pensaba decir a los judíos que se arreglaran solos y dejarlo ir. Pero cuando me dijo eso, creí que el hombre más peligroso del Imperio Romano estaba en mi poder. Así que lo hice crucificar. Pero después tuve mucho tiempo para pensar en la situación, y ahora comprendo que cometí un grave error. La forma más segura de divulgar una fe es hacer mártires. La gente empieza a pensar que si un hombre está dispuesto a morir por sus creencias, debe tener algo por lo que vale la pena esa muerte. Y se quieren incorporar. Por otro lado, el martirio es la forma más segura de poner el nombre en los libros de historia.

—Usted se muestra muy cínico —apuntó Simón.

—Yo era un político —contestó Pilato—. Cualquier soldado de guardia sabe más sobre la gente que ningún psicólogo con una docena de diplomas.

Y desapareció, aunque su sonrisa quedó en el aire durante un minuto, como la del gato de Cheshire.

¿QUIÉN TIRA DE LAS CUERDAS?

Simón hizo muy poco, excepto descansar y comer, durante los primeros tres días. Mofeislop insistió en que se pesara todas las mañanas.

—Cuando haya ganado bastante peso, ganará la Verdad —explicó.

—¿Me está diciendo que existe una correlación, una conexión, entre la masa y el conocimiento? —preguntó Simón.

—Ciertamente —contestó el sabio—. Todo está conectado de una manera sutil que sólo el inteligente sabe ver. Una estrella que explota puede iniciar una nueva religión, o afectar los precios de mercado de la cosecha, en un planeta alejado diez mil años en el tiempo y millones de kilómetros en el espacio. La fuerza específica de gravedad de un planeta afecta a los principios morales de sus habitantes.

Los estados emocionales formaban parte de la configuración general. Igual que la gravedad de la Tierra, por débil que fuera en el espacio exterior, afectaba a todos, así también la ira, el miedo, el amor, el odio, la alegría y la tristeza se irradiaban hasta los confines del universo.

Bruga había escrito una vez una obra épica en verso libre, *Edipo 1 - Esfinge 0*. Tenía dos líneas que resumían la situación completa de la causalidad sutil y compleja:

«¿Deben caer los ídolos y crujir los muros de Troya,
cuando las cebollas de Hércules hacen murmurar a sus tripas?»

Esas dos líneas decían más que todos los libros de Platón y de Grubwitz. Incidentalmente, Platón quería prohibir a todos los poetas en su propuesta Utopía porque eran mentirosos. La verdad era que Platón sabía que los filósofos no podían competir con éxito con los poetas.

Jonathan Swift Somers II había escrito una novela que desarrollaba esa idea, aunque la llevaba más allá de lo que hicieran Mofeislop y Bruga. Era

No diferencio arriba de abajo, con papel estelar del famoso héroe-canasto de Somers, llamado John Clayter. Todos los héroes de Somers, excepto Ralph von Wau Wau, tenían algún defecto. Esto se debía a que Somers había perdido el uso de sus piernas.

Clayter vivía en un traje espacial con toda clase de artefactos que él controlaba con su lengua. Cuando tenía que usar la lengua para hablar, pero quería actuar al mismo tiempo, utilizaba un segundo control. Este parecía localizado en la parte inferior del traje y respondía a las presiones del pene de Clayter. Tenía que estar erecto para empujar las paredes del cilindro flexible en el cual estaba encajado. También tenía que crecer y disminuir. Los grados de ampliación y reducción eran convertidos por una computadora manual que operaba el traje espacial. Para subir o bajar el pene, Clayter movía su cabeza hacia un control que volcaba cantidades variables de hormonas afrodisíacas en su corriente sanguínea.

Nunca se le había ocurrido a Clayter que podía haberse saltado las hormonas y usado directamente el control de cabeza. Si esa idea había aparecido en su subconsciente, fue severamente suprimida por su mente consciente. O quizá fue al revés. En todo caso, el principal placer de Clayter era operar el control con su pene, y no pensaba abandonar eso.

Clayter siempre desembarcaba en algún planeta y le arreglaba los problemas. En *No diferencio arriba de abajo*, Clayter hace una visita a Shagrinn, un mundo con un problema desconocido en otros lados. De vez en cuando el sol de Shagrinn se incendia. Durante esa tormenta solar, los campos electromagnéticos de Shagrinn enloquecen. Esto provoca peculiares reacciones hormonales en la gente del planeta. Las mujeres se ponen muy excitadas. Los hombres, sin embargo, no pueden conseguir una erección.

Aunque estas circunstancias provocan grandes molestias, son sólo temporales. Las tormentas solares nunca duran más de un mes o dos. Y en el conjunto su resultado es beneficioso. La población no ha crecido, lo que supone que en Shagrinn no hay polución.

Pero cuando Clayter llega, la tormenta ha durado cinco meses y no muestra signos de ceder. Ni Clayter puede tampoco mostrar su habitual objetividad para solucionar el lío. Queda atrapado, y a menos que se le ocurra

una salida a su situación personal, quedará atrapado hasta morir. El control de lengua está funcionando mal, razón por la cual Clayter desembarcó en el primer planeta cercano. Quiere que los shagrinianos le reparen el equipo.

No pueden hacerlo porque su tecnología está al nivel de Europa en el siglo XV. De hecho, ni siquiera pueden extraerlo de su traje espacial. Afortunadamente, el visor de su casco está abierto lo necesario para ser alimentado. Pero esto conduce a otro problema.

Un shagriniano astuto ha notado que cada vez que se abre la parte trasera del traje de Clayter, todo el traje gira furiosamente durante unos diez minutos. No sabe por qué, pero ha aparecido otro defecto en el aparato de control. La parte trasera se abre cada vez que el tanque de excrementos está lleno, y la basura es volcada. Los alambres de control se han cruzado con los que controlan los pequeños expulsores que mantienen estabilizado el traje. Cuando se abre la sección de depósito, un expulsor queda activado por un pequeño período. Clayter gira en redondo involuntariamente y sólo evita caerse por el giroscopio del traje.

El shagriniano tiene un molino de harina en las cercanías, con dos bueyes que hacen girar la enorme piedra molar. Vende los bueyes con ganancia y conecta el traje a una cuerda conectada a su vez a un gran volante. Las vueltas del traje hacen girar el volante, que acumula energía para hacer girar la piedra molar. Pero el traje no gira lo suficiente para que el molino trabaje 24 horas por día. El dueño alimenta por la fuerza a Clayter, lo que provoca que la sección trasera se abra más a menudo, lo que hace girar el traje, lo que da un giro continuo a la piedra molar.

Para apurar las cosas, el propietario arroja purgantes en la garganta del hombre espacial.

Clayter debe resolver rápidamente sus problemas. Incluso con la diarrea está ganando peso. Al mes estará apretado a muerte dentro del traje espacial. Entretanto, está tan mareado que ya no puede pensar.

Su única esperanza es aprender el lenguaje rápidamente y convencer a la sirvienta que lo alimenta para que lo ayude. Entre bocados y remolinos, aprende bastante el idioma como para pedirle auxilio. También se entera por ella de los problemas de los shagrinianos.

La instruye para que baje un alambre por la parte delantera interna del traje hasta el segundo cilindro de control. Ella lo hace así y trata de enganchar la punta del alambre, que está doblada, en el cilindro. Clayter confía que ella podrá sacar el órgano hacia afuera y después usar el alambre para presionar dentro del tubo. Si ella puede aplicar la presión justa, él volará de vuelta a la nave, que está estacionada fuera de la atmósfera. Desde luego, tendrá que contener la respiración por algunos minutos en el viaje por el espacio hasta la nave. Es una jugada desesperada.

Infelizmente, o quizá afortunadamente, considerando las probabilidades de que triunfe, la sirvienta fracasa. El alambre lastima tanto a Clayter que debe pedirle que se detenga.

A la mañana siguiente, mientras está aún durmiendo, tiene una erección por un exceso de orina. Técnicamente se la llama «erección de pis». Es la única que un macho humano puede conseguir en Shagrinn durante la tormenta solar. Pero su júbilo tiene corta vida. La expansión incontrolada dentro del tubo activa los expulsores del traje. Sale volando de repente y aterriza de cabeza en un corral a treinta kilómetros de distancia. El volante que ha arrastrado pega cerca de su cabeza. La cabeza del traje queda hundida en el fango lo necesario para evitar que él pueda incorporarse. Ahora Clayter tiene un nuevo problema. Si no consigue ponerse derecho, la creciente presión de la sangre en su cabeza terminará por matarlo.

Sin embargo, la conexión defectuosa entre la sección de vaciadero y el expulsor para la estabilidad ha sido roto. Ya Clayter no gira en redondo. Y la fuerza del impacto ha dejado abierta la parte delantera inferior del traje, lo que en su posición es ahora la parte delantera superior. Y lo ha dejado libre del cilindro de control.

Ve entonces a una ternera que lo está contemplando, y piensa. «¡Oh, no!»

Pocos minutos después, la hija del granjero echa a la ternera. Tan ansiosa y desesperada como las otras mujeres del planeta, saca ventaja de ese regalo de los cielos. Después, sin embargo, lo endereza con la ayuda de un tablón, un aparejo y dos mulas. Clayter la instruye en el uso del control inferior. Ella puede usar un dedo para moverlo, a fin de que el traje pueda volver a la nave, que está en órbita fuera de la atmósfera. Una vez allí, podrá pedir a la

computadora de la nave que lo lleve a un sistema donde esas peculiares tormentas solares no existan.

La hija del granjero ignora sus instrucciones. Todas las mañanas, antes del amanecer, sale furtivamente de la casa y espera el resultado de todas las cervezas con que lo ha alimentado. Una mañana, la mujer del granjero se levanta temprano y ve a su hija. Ahora la hija tiene que alternar los turnos matutinos con la madre.

Un día, temprano, el granjero se despierta y ve a su esposa con Clayter. Enfurecido, comienza a pegarle en el yelmo con un palo. La cabeza de Clayter está haciendo ruido y él sabe que pronto el granjero comenzará a meter una azada en el yelmo o, peor, en la sección inferior, que está abierta. Desesperado, aunque sabe que es inútil, apoya la lengua sobre el control superior. Para su sorpresa y la del granjero, el traje sale volando.

Clayter calcula que el impacto de la caída, o quizá el palo del granjero, ha hecho volver los circuitos a su orden funcional. Convince a un herrero de que le arregle la sección inferior y vuela de vuelta a la nave. Pocos meses más tarde, encuentra otro planeta donde su traje podrá ser reparado. Está tan dolorido por sus aventuras en Shagrinn que casi ha decidido dejar que la gente se las arregle con sus problemas. Pero tiene un gran corazón y además desea reprocharles el tratamiento indigno que ha recibido.

Vuelve a Shagrinn y cita a los líderes para una conferencia.

—Así es la cosa —les dice—. Todo el problema está provocado por vuestra errónea actitud mental.

—¿Qué nos quiere decir? —preguntan.

—He estudiado vuestra historia, y encontré que el fundador de vuestra religión hizo una profecía hace dos mil años. Dijo que llegará un día en el que tendréis que pagar por vuestras perversiones, ¿verdad?

—Así es.

—Fue preciso, o tan preciso como pueda serlo un profeta. Dijo que algún día el sol habría de lanzar enormes llamaradas, y que cuando ese mal día llegara, los deseos sexuales de las mujeres se multiplicarían por cuatro. Pero que los hombres no conseguirían una erección. ¿Es cierto?

—¡Es cierto! ¡Era un verdadero profeta! ¿Acaso no ocurrió?

—Bien, antes de la primera vez en que el sol lanzó tanto brillo, ¿habían ocurrido muchos brillos pequeños?

—Cierto.

—Pero la primera vez en que el sol tuvo una gran tormenta solar, ¿cuándo fue?

—Eso fue hace trescientos años, señor Clayter. Antes de eso, sólo teníamos la palabra del profeta de que había tormentas en el sol. Pero cuando se inventaron los telescopios, hace trescientos años, conseguimos ver las llamaradas pequeñas. Diez años después, vimos la primera grande.

—¿Y entonces empezaron los problemas?

—Así es.

—¿Los hombres quedaron impotentes y las mujeres quedaron excitadas cuando el brillo llegó a su culminación? ¿O cuando era pequeño, pero parecía que iba a aumentar?

—Cuando era pequeño, pero parecía que habría de aumentar.

—Ahí tienen —dijo Clayter—. Está todo al revés.

Los líderes quedaron estupefactos.

—¿Qué nos quiere decir?

—Supongamos que tienen un trozo de cuerda, cada extremo sostenido por una persona —explicó. Clayter—. Cuando uno tira, la cuerda va hacia él. Y cuando tira el otro, va hacia el otro. Ustedes y el brillo solar están conectados por una cuerda. Pero están confundidos sobre quién está tirando de ella.

—¿Qué diablos está diciendo? —protestaron los líderes.

—No era el sol el que daba un brillo mucho más grande —aclaró Clayter.

—¿Y qué era?

—Vuestros antepasados vieron un ligero incremento en la tormenta. Entonces, desde luego, ocurrió la reacción anticipada.

—Todavía no entendemos.

—Bueno, pues ese brillo sería probablemente sólo un poco mayor de lo normal. Pero creyeron que era el grande ya prometido.

—Ah, ¿sí?

—Como les dije —terminó Clayter—, sus antepasados tenían la historia al revés. Y las generaciones siguientes perpetuaron el error. Vean, no son los

brillos solares los que provocan miembros flácidos y mujeres excitadas. En realidad es al revés.

15

EL MOMENTO DE LA VERDAD

Simón contó esta historia a sus anfitriones. Mofeislop y Odionzwak se rieron hasta caerse de la silla. Cuando el sabio secó sus lágrimas y se sonó la nariz, dijo:

—Así que ese Somers arribó por sí solo a la misma conclusión que yo. Debe de haber sido un hombre muy sabio.

—Así lo creyeron todos —contestó Simón—. Después de todo, hizo un montón de dinero.

En los cuatro días siguientes, Simón recorrió la zona con Odionzwak como guía, éste renqueando y arrastrándose. Inspeccionó el gran jardín que cubría la parte del llano no cubierta por la casa. Bajó por la colina hasta otro llano inferior, a unos trescientos metros, un prado donde pastaban cabras y donde las abejas zumbaban alrededor de las colmenas. Odionzwak ordeñó las cabras y juntó miel, y después los dos siguieron hasta un torrente lleno de cataratas. Aquí Odionzwak revisó las trampas puestas y fue retribuido con media docena de roedores, grandes como conejos.

—Serán un buen agregado a la dieta —opinó el asistente—. Nos cansamos del queso de cabra y de un ocasional trozo de carne de cabra en nuestros guisos.

—Me he preguntado cómo se las arreglaban —dijo Simón—. Deben ser enteramente independientes, ya que están tan aislados. Pero parecen hacerlo bien. La comida es simple, pero adecuada.

—Oh, la variamos de vez en cuando —agregó Odionzwak.

El sabio les esperaba en la terraza de la casa. Parte de ella había sido convertida en zona de recreo. Había una mesa de billar y una cancha donde amo y sirviente jugaban a la versión dokaliana del badminton. El gran telescopio de Mofeislop estaba montado en un trípode, sobre el lado este de la terraza, y el sabio estaba mirando por él cuando Simón subió la escalera.

Simón se detuvo. Quedó confuso. El telescopio estaba girado hacia un lado, así que podía ver al maestro, arrodillado, con un ojo aplicado al instrumento. Sostenía su cola con una mano, y el extremo estaba en su boca.

Odiomzwak, que venía detrás de Simón, también se detuvo. Tosió fuerte. Mofeislop saltó hacia atrás, soltando el penacho de cola que había estado chupando. Enrojeció, aunque no tanto como Simón.

Entonces el sabio se rió y dijo:

—Es un hábito infantil, Simón. Nunca pude superarlo. ¿Y por qué habría de hacerlo? Lo encuentro confortable. Y ciertamente no es malo para la salud, como el tabaco.

—No le demos importancia —comentó Simón—. Yo no esperaba que usted fuera perfecto, por sabio que sea.

—Correcto —dijo Mofeislop—. La sabiduría consiste en saber cuándo evitar la perfección.

Mientras Simón trataba de digerir eso, fue invitado a sentarse en una gran silla mullida cerca del telescopio. Así lo hizo, mientras su corazón latía fuerte. Sentía que ése era el día, que ese momento era *el* momento. Mofeislop habría de revelar la Verdad.

Odiomzwak desapareció, mientras el sabio paseaba de un lado a otro, con las manos a la espalda, su cola agitada, su larga túnica bailoteando. Cuando el asistente reapareció con una botella de vino, Mofeislop se detuvo y dijo: «¡Ah!» Simón sabía que ésta debía ser una ocasión especial. En lugar del hediondo vino de cebollas, Odiomzwak había traído un licor de aguamiel, elaborado con la miel de las abejas del prado.

Odiomzwak puso la botella y tres vasos sobre la mesa. Mofeislop dijo:

—Será mejor que los animales vayan abajo. No queremos interrupciones.

El asistente jorobado procuró alcanzar a la lechuza, que estaba colocada detrás y encima de Simón. Pero en lugar de ir hacia él, «Atenea» lanzó un graznido y voló. Ascendió en espirales, más y más alto, hasta que se perdió bajo el sol.

—Ambos parecen incómodos —señaló Simón como pidiendo disculpas. En verdad, «Anubis» estaba acurrucado bajo la mesa y gruñendo suavemente.

—Los animales son muy sensibles —opinó el sabio—. Lo que les falta en

inteligencia, está suplido por la percepción psíquica. Sienten que usted habrá de convertirse en otra persona muy diferente. Y no están seguros de admitirlo. Ese es el efecto de la Verdad.

—Lo llevaré abajo —dijo Simón. Pero cuando se levantó y caminó hacia «Anubis», el perro corrió desde la mesa y se refugió detrás de la estufa.

—Oh, entonces no importa —resolvió Mofeislop, agitando una mano—. Es sólo que yo no quería que usted se molestara por la lechuza agitándose en su hombro o por el ladrido del perro. Quería que pensara ordenadamente.

Odiomzwak fue nuevamente hacia abajo. El sabio miró a través del telescopio e hizo un chasquido con la lengua. Enderezándose, anunció:

—Se aproxima otra partida de buscadores de la Verdad. Los he estado observando durante tres días. Dos hombres y una mujer particularmente gorda. Me temo que perderá mucho peso antes de llegar aquí. La Verdad es larga y difícil.

—¿Tiene muchos visitantes?

—Unos setenta por año —informó Mofeislop—. Un promedio de tres cada dos semanas. Está bien. No son tantos que puedan suponer una molestia, y cada grupo es lo bastante pequeño como para que pueda ser manejado fácilmente.

—Me sorprende que alguien llegue —observó Simón— con el terreno difícil, las bestias y los salvajes.

—Sorpréndase, pues —dijo el sabio—. Hoy yo también estoy sorprendido. Esta es la primera mujer que veo en diez años. Las mujeres no vienen aquí a buscar la Verdad. Eso se debe a que creen que ya la saben. Y además, aun aquellas mujeres que alberguen dudas no habrán de atravesar los Bosques Yetgul para preguntarle a un *hombre* de qué se trata. Saben que la mayoría de los hombres son criaturas que inspiran piedad y que no son muy brillantes, por excelentes que puedan ser en ciencia, en tecnología o en las artes.

Simón comentó:

—Pero usted es la excepción, ¿eh?

—Correcto —accedió el sabio—. Hoy tendrá varias sorpresas.

—Confío en tener fuerzas suficientes para encararlas —dijo Simón—. Yo

sé que, en lo profundo, soy como los otros. Hablo mucho sobre querer saber la Verdad, la busco, pero no estoy seguro de que cuando la encuentre no saldré corriendo.

—Otros han tratado de salir corriendo —contestó Mofeislop.

Se incorporó.

—Quizá usted se pregunte por qué me he aislado tanto. ¿Por qué hago tan difícil que la gente llegue hasta mí? Bien, si fuera más fácil, estaría rodeado, abrumado, con gente que clamaría por la Verdad noche y día. No me gusta mucho la gente en forma masiva y rara vez en forma individual. Pero aquí estoy tan solo que cuando llega un visitante le doy la bienvenida. Odiomzwak, como habrá notado, no es un conversador muy interesante. Asimismo, los que llegan hasta aquí realmente quieren verme; no los trae una frívola curiosidad. Y así, tengo mucho tiempo para meditar y suficientes visitantes para satisfacer mi necesidad de seres humanos. Y aquí soy el amo, el amo absoluto. El gobierno no se ocupa de mí.

Simón iba a contestar cuando sintió detrás de él el intenso olor de Odiomzwak, que pasaba largo tiempo sin lavarse. Volvió la cabeza para mirar detrás de la silla. Sonó un ruido. Gritó y comenzó a luchar mientras, al parecer lejos, «Anubis» ladraba con miedo.

Bandas, de acero habían emergido de los brazos del sillón y le sujetaban las muñecas.

—¡Así, hijo de perra, que has visto cómo me chupaba la cola! —gritó Mofeislop.

—¡No se lo diré a nadie! —gimió Simón—. ¡No me importa! Sólo quiero saber cuál es la Verdad.

—No se lo dirás a nadie —remedó el sabio, con mirada amenazadora—. Eso es cierto. Y no es que significara mucha diferencia que me hubieras visto o no. Pero no te preocupes. Escucharás la Verdad.

Odiomzwak apareció desde detrás de la silla, llevando varios afilados cuchillos de diversos anchos y largos. Esto ya era bastante para que Simón mojara sus pantalones, pero ver cómo Odiomzwak se relamía los labios lo hizo más seguro.

—Será una fiesta especial —dijo Odiomzwak—. Nunca habíamos tenido

carne terrestre.

—No sólo especial —corrigió Mofeislop—. Será única. Deberías consultar el diccionario más a menudo, querido Odiomzwak.

—¿Qué importa? —contestó éste sombríamente.

—A mí me importa. Recuerda: «única» y no «especial». No somos bárbaros.

—Yo no estaría de acuerdo —intercaló Simón.

—Eso se debe a que usted está emocionalmente involucrado —señaló Mofeislop—. No ha conseguido aún la fría objetividad del verdadero filósofo.

Mofeislop hizo un gesto a su ayudante para que pusiera los cuchillos en la mesa. Se sentó en una silla frente a Simón y juntó las puntas de sus dedos. La forma resultante era la de un campanario de iglesia. A Simón le pareció la boca ansiosa de un tiburón.

—Supongo que usted no será un sucio ateo —dijo Mofeislop.

—¿Qué? —se sorprendió Simón. Y después—: ¡Claro que no!

—¡Bien! —exclamó Mofeislop—. He comido a muchos de ellos, y todos tenían un gusto rancio muy desagradable. La actitud de cada persona determina la composición química de su carne. ¿No lo sabía? Bueno, pues ahora lo sabe. Y me agrada comprobar que, aunque fuma, no fuma mucho. Quizás haya notado el ligero gusto a tabaco de la carne del guiso que comió el día de su llegada. Ese fue su predecesor. Era un adicto a la nicotina, aunque no un ateo, debo señalarlo con satisfacción. En ese caso habría sido casi incombible.

—Estoy al borde del vómito —dijo Simón.

—Esa parece ser la reacción habitual —señaló Mofeislop alegremente—. Pero dudo que tenga mucho éxito. He arreglado las cosas para que los alimentos estén completamente digeridos en el momento en que usted afronte la Verdad.

—¿Y qué es esa Verdad? —atinó a preguntar Simón después que su estómago intentó vaciar contenidos inexistentes.

—Después de pensarlo mucho y mucho, he salido por la misma puerta, igual que aquel poeta persa, Sufi, y borracho que usted me mencionó. De la

misma puerta por la cual entré. Ahora se lo diré, y no se moleste en discutir conmigo. Mi lógica es clara e indiscutible, basada en la observación de una larga vida. Es así. El Creador ha hecho este mundo solamente para proveerse a sí mismo de un espectáculo, para entretenerse. En caso contrario, encontraría aburrida la Eternidad.

Y continuó:

—Y Él consigue tanto placer en contemplar el dolor, el sufrimiento y el crimen como el que obtiene del amor. Quizá más, ya que hay mucho más odio, avaricia y crimen que amor. Igual que lo que yo disfruto contemplando por mi telescopio las luchas de quienes pelean por llegar hasta mí, lo cual es un placer sádico, lo reconozco, así Él disfruta contemplando las comedias y tragedias de los seres que Él ha creado.

—¿Eso es todo? —preguntó Simón.

—Eso es todo.

—¡Pues no es nada nuevo! —exclamó Simón—. He leído un centenar de libros que dicen lo mismo. ¿Dónde están la lógica y la sabiduría de eso?

—Una vez que uno ha admitido la premisa de que hay un Creador, ninguna persona inteligente puede llegar a otra conclusión. Ahora dígame, ¿puede usted declarar honestamente, después de todo lo que ha observado, que el Creador mire a sus criaturas, humanas o no, como otra cosa que intérpretes en un drama? Malos actores, casi todos ellos, y el gran drama es escaso. Pero hago lo que mejor puedo para suministrarle una obra interesante, aunque, debo admitirlo, por motivos puramente egoístas.

Le habló a Odiomzwak:

—Trae un hacha. Ese perro puede intentar un ataque, aunque ahora se está ocultando detrás de la estufa.

El asistente desapareció. Mofeislop agregó:

—La carne de perro también es buena. Y además es una bien venida modificación en la dieta.

—¡Caníbal! —gruñó Simón.

—Realmente no —corrigió el sabio—. El canibalismo es la actitud de comerse a alguien de la propia especie, y yo no soy de la misma especie que usted. Y ni siquiera que los otros dokalianos. Difiero de ellos, he

evolucionado desde ellos, diríamos, igual que ellos evolucionaron desde los monos. Mi intelecto es tan superior al suyo que ya no se trata de un problema de grado sino de índole.

—¡Bosta! —gritó Simón—. Usted tiene la misma filosofía que la de un estudiante de liceo. Pero él la supera cuando llega a la madurez.

—Cuando envejece —corrigió Mofeislop—. Envejece y teme morir. Y entonces se ríe de lo que antes pensaba, que era realmente la Verdad. Pero su risa surge del miedo: miedo de admitir que tenía razón cuando era joven.

—No me va a hablar hasta la muerte, ¿verdad?

Mofeislop sonrió.

—Usted desearía que lo hiciera.

—Le voy a decir por qué está haciendo esto —gritó Simón—. Odia a la gente porque se burlaba de usted cuando era joven. ¡No pudo quitarse el hábito de chuparse la cola!

Mofeislop pegó un salto, con los puños apretados.

—¿Quién le ha dicho eso? —gritó finalmente—. ¿Odiomzwak?

Simón sólo lo había supuesto, pero no tenía escrúpulos en mentir si con eso podía demorar el momento inevitable.

—Sí, me lo dijo esta mañana, cuando estábamos en el prado.

—¡Mataré a ese canalla repugnante! —exclamó Mofeislop. Pero se sentó, y tras una evidente lucha consigo mismo, sonrió.

—Me está mintiendo, desde luego. De todos modos, usted no se lo contará a nadie, y a Odiomzwak lo necesito.

Simón miró más allá del parapeto, hacia las montañas y los valles, y arriba hacia el cielo. El cielo estaba tan claro como la conciencia de una criatura. Un viento suave recién surgido le acariciaba la oreja. El sol brillaba tan luminosamente como la sonrisa de una madre cariñosa.

De pronto, el azul del cielo mostró algo. Las manchas se hicieron lentamente más grandes y Simón vio que eran buitres. Debían estar a muchos kilómetros de distancia, describiendo grandes círculos, buscando. No había habido nada para ellos hasta pocos minutos antes, y aquí estaban. La frecuencia de paz y de tranquilidad se había modificado súbitamente; ingresaban a la corriente, sintonizados con la muerte.

Simón no podía evitar el pensar en términos poéticos ni siquiera en ese momento. Era una criatura de costumbres, en su mayor parte malas. Pero, por otro lado, es fácil quebrar las buenas costumbres y un infierno quebrar las malas.

El olor de Odiomzwak precedió al sonido de sus pasos. Apareció a la vista con una larga hacha afilada que apoyaba en su hombro.

—¿Mato ahora al perro?

Mofeislop asintió, y el asistente desapareció. El sabio eligió un pequeño cuchillo, curvado hacia adelante como algún bisturí de cirujano.

—¡Oiga! ¡Si me mata, morirá en una semana!

—¿Y eso por qué? —preguntó el sabio, levantando sus cejas como si fueran mortajas bajo las cuales estuviera espiando.

—¡Porque yo puse un pequeño satélite de observación antes de venir aquí! Está suspendido allí ahora, pero tan lejos que no podrá verlo. Y está captando todo lo que ocurre. Si en unos pocos días no me ve salir de aquí, se lo informará a mi compañera en la nave que está en la capital. Y ella vendrá e investigará. ¡Lo que significa que usted estará acabado!

Mofeislop miró de soslayo y dijo:

—Dudo de que me esté diciendo la verdad. Pero por si acaso... Odiomzwak, ¡ven aquí!

Simón olió de nuevo al asistente, escuchó un pequeño ruido detrás de él y las bandas de acero volvieron a entrar en los brazos del sillón. Odiomzwak quedó a su lado, con el hacha enhiesta, y Mofeislop tenía su mano puesta en el puño de una daga.

—Llame a su perro —dijo Mofeislop— y llévelo adentro. Pero muévase despacio, y nada de triquiñuelas.

Odiomzwak gimió.

—Podría saltar al lado, como hizo el último.

—Entonces irás detrás de él, como hiciste la última vez —dijo el sabio—. De cualquier manera, creo que sus corridas por la montaña lo mejoraron. Lo hicieron más tierno.

—No le servirá de nada matarme dentro —insistió Simón—. El satélite no le verá, pero informará que yo no salí de aquí.

—Oh, le verá salir de aquí y entrar en los bosques de Yetgul —dijo alegremente Mofeislop—. Yo estaré vestido con sus ropas y mi rostro estará maquillado para parecerse al suyo. Saldré del bosque con la apariencia de cualquier otro. Y le informaré a su socia que usted ha perecido en el camino de salida.

—¿Y cómo explicará que el perro no esté conmigo? —preguntó Simón.

—Será una gran desventaja —prosiguió el sabio—. Tendré que esquivar a los recién venidos y pedir a Odiomzwak que los retenga hasta que yo vuelva. Pero llevaré conmigo al perro. Puedo comérmelo bajo los árboles.

—No olvide traerme algunas chuletas —dijo Odiomzwak—. Sabe cómo me gusta la carne de perro.

—Lo haré.

—Ya nos está causando muchas molestias —continuó Odiomzwak—. Hay que hacerle pagar por ellas.

—Oh, pagará —concluyó Mofeislop.

Simón sintió como si su boca estuviera llena de hielo seco. Toda el agua le salía por los poros. Llamó a «Anubis», pero su voz chilló como la de un murciélago.

—Va a probar alguna trampa —anunció Odiomzwak—. Puedo olerlo. Si no fuera así, ¿por qué habría de informarnos sobre esa cosa, como se llame, allí en el cielo?

—Quiere demorar lo inevitable —comentó el sabio—. Igual que todos, prefiere vivir cualquier cantidad de malos momentos que morir en uno bueno.

—Sí, pero ese ojo del cielo ya lo ha visto sujeto a la silla y ha visto el hacha y los cuchillos.

—Le diré a esa socia que era una suerte de rito al que someto a todos los buscadores de la Verdad —dijo el sabio—. Una especie de fábula para retratar las posesiones del hombre en el universo. No te preocupes. De cualquier modo, no creo que haya realmente un satélite.

«Anubis» vino lenta y suspicazmente hacia Simón. Este lo palmeó en la cabeza y «Anubis» caminó detrás de él hasta la escalera. Odiomzwak iba delante para que él no pudiera fugarse. La daga del sabio le pinchaba en la espalda cuando llegaron a la escalera, lejos del imaginario observador.

Odiomzwak, con el hacha pronta para cortar la cabeza de Simón, bajaba los escalones hacia atrás.

Simón pateó hacia atrás, sintió que su talón pegaba en «Anubis», que se quejó, y se lanzó contra Odiomzwak, con las manos abiertas. También Odiomzwak se quejó y comenzó a bajar el hacha. Simón se tiró hacia abajo; su cabeza pegó en la de Odiomzwak y éste, con Simón casi encima de él, cayó por los escalones.

Atónito, Simón se sentó al pie de la escalera. Sabía que debía incorporarse, pero no podía controlar sus piernas. Arriba, el sabio tiraba cuchilladas a «Anubis», que gruñía y le hacía pequeños avances. Alguien se quejó al lado de Simón y él miró hacia abajo. El jorobado yacía de costado, sus ojos fuera de foco.

Simón pudo finalmente controlar sus piernas y se incorporó lentamente. Mofeislop llamó al jorobado para que matara a Simón. Odiomzwak se sentó lentamente, apoyándose en una mano, mientras con la otra tocaba un costado de su cabeza. Corría sangre entre sus dedos.

Simón levantó el hacha cuando Odiomzwak se levantó. Los ojos del jorobado lo enfocaron repentinamente. Gritó. Simón blandió el hacha con el filo hacia un lado, para pegar al hombre con la parte chata. Incluso en su confusión y su desesperación, no quería matar a quien pudo ser su asesino. Y no movió el hacha tan fuerte como debía hacerlo. El hacha pegó en la pared de piedra, sin darle a Odiomzwak. Este saltó y se escapó hacia el camino.

Simón miró hacia arriba. «Anubis» tenía cercado al sabio y lo estaba haciendo retroceder. Corrió hacia el vestíbulo, aunque renqueando. Odiomzwak no estaba a la vista. Recorrió todo el vestíbulo y, cuando pasaba un portal, el jorobado saltó hacia él. Simón le puso un extremo del hacha en la cara; el hombre retrocedió, pero con una mano veloz asió el hacha. El doble de fuerte que Simón, Odiomzwak quitó el hacha de sus manos, Por un momento, sin embargo, el jorobado quedó medio aturdido. Simón atravesó corriendo el portal, vio su banjo en una mesa y lo levantó. Cuando Odiomzwak, gritando, pasó por el portal, Simón le partió el banjo en la cabeza.

Un crítico habría de decir, años más tarde, que ésta fue la única vez que

Simón hizo buen uso de su banjo.

Odiomzwak cayó, y el hacha se le fue de las manos. Pero se levantó y amenazó otra vez a Simón con el hacha empuñada.

Simón siguió moviéndose hacia atrás mientras su aliento y el de Odiomzwak chirriaban como un arco sobre un violín desafinado. Las piernas de Simón parecían deshacerse en pedazos; estaba demasiado débil para correr. Además, no tenía hacia dónde correr. En tres pasos, su espalda daría a una ventana amplia y abierta.

Desde el vestíbulo, abajo, llegaban los gruñidos de «Anubis» y los chillidos de Mofeislop.

—Tu amo te necesita —alcanzó a decir Simón.

—Quizá algunos mordiscos le quiten la jactancia —dijo Odiomzwak—. Me ocuparé del perro apenas termine contigo.

—¡Socorro! —gritó Mofeislop.

Odiomzwak vaciló y giró a medias la cabeza. Simón saltó sobre él; el hacha brilló; Simón la sintió golpeando en algún lugar de su cara; se tiró al suelo. Un poco después —no podían haber pasado más que algunos segundos — recuperó sus sentidos. Estaba sentado en el suelo; el lado izquierdo de su cara había quedado aturdido; no podía ver con su ojo izquierdo. El otro ojo veía claramente, pero su confuso cerebro no podía entender lo que veía. O mejor, no entendía cómo había ocurrido lo que estaba viendo.

El hacha sangrienta estaba en el suelo. Odiomzwak retrocedía, gritando, con las manos en la cara y apretando un montón de plumas.

Entonces, Simón comprendió que «Atenea» había entrado volando por la ventana. Viendo a Simón en peligro, había atacado a Odiomzwak con sus patas y su pico.

«Está bien —pensó—. Me gustaría poder levantarme y ayudarla antes que le retuerza el pescuezo.»

Odiomzwak comenzó a girar y girar como si tratara de librarse de la lechuga por la fuerza centrífuga. «Atenea» continuaba pegándole con sus alas y rasgando su cara con los extremos de las patas. Giraron y giraron en penoso baile hasta que desaparecieron por un lado. En este caso, la parte de afuera del escenario era a través de la ventana.

Simón llegó a la ventana y se inclinó, justo para ver a Odiomzwak rebotando en un saliente. Un pequeño objeto se desprendía de él: era «Atenea», que hasta ese momento había estado agarrada a él con firmeza. Odiomzwak siguió cayendo y rebotando, «Atenea» voló en círculos por un momento; después sus alas recuperaron el dominio del aire y comenzó a volar hacia arriba, adonde estaba Simón.

Tres buitres entraron en la mira, apuntando en picado hacia Odiomzwak, cuya columna vertebral parecía ahora derecha. Parecía una pequeña muñeca que hubiera estado rellena de serrín rojo.

Simón se sentó en una silla. Se sentía como si no pudiera volver a moverse durante días. Unos gruñidos salvajes y algunos gritos, en el vestíbulo inferior, le informaron de que debía moverse en seguida. Y si no podía hacerlo, ya no podía moverse jamás. Lo cual, considerando cómo se sentía, parecía ya una buena idea.

Debajo de él se oyó un agitar de alas, y después el silencio. Simón giró. «Atenea» parecía salida de una máquina de lavar que hubiera estado llena de tinta roja. Se miraron por un momento; después la lechuza voló de la mesa al piso y se detuvo junto al hacha. Simón se dio la vuelta justo para verla recoger algo del suelo y tragarlo. Él tragó saliva y se sintió aún peor. Su ojo izquierdo había desaparecido en esa garganta.

No era momento para desmayarse. El sabio, un poco disminuido, había irrumpido en el salón. Detrás de él saltaba «Anubis», manchado de sangre, aunque Simón no podría determinar si era del perro o de Mofeislop o de ambos. En alguna parte de su recorrido el sabio había perdido la daga, y ahora estaba ansioso de conseguir una nueva arma.

La única a la vista era el hacha.

Simón se incorporó a cámara lenta. Mofeislop, cuyo proyector personal había acelerado su film, saltó hacia el hacha y se agachó a recogerla. «Anubis» clavó los dientes en la cola del sabio, cerca de la raíz. El sabio gritó otra vez, se enderezó con el hacha en sus manos y, como un perro que tratara de morder su propia cola, describió una espiral en el piso. El hacha giraba, sin pegar a nada, aunque erró por muy poco a la lechuza, que se había lanzado contra su rostro.

Los tres cayeron hacia Simón. Él trató de apartarse, creyó haber tenido éxito, pero sintió que algo le pegaba en la raíz de su propia cola.

EL ÁRBOL DE LA FAMILIA SE CONOCE POR SUS FRUTOS

Las cañerías del dolor chirriaban mientras sus antepasados bailaban.

A través de sus sufrimientos, su padre y madre y miles de abuelos y de abuelas giraban y giraban en su derredor. Cada noche se acercaban más y más en su torbellino, como si fueran indios que rodeaban a los débiles defensores de una caravana de carretas.

Una vez, en un momento consciente, había susurrado a Chworktap: «¿Puedes creerlo? Los indios Crazy Horse y Sitting Bull están entre ellos. Sin hablar de Hiawatha y de Quetzalcoatl.»

Chworktap, con un aire desconcertado, le dio otro calmante.

Simón entendió oscuramente que ella había llegado justo a tiempo para evitar que se desangrara hasta la muerte. Había descendido de la nave espacial pocos minutos después de que Mofeislop cortara la cola de Simón. El sabio estaba agonizando, con su propia cola cortada de un mordisco, sus ojos vaciados por «Atenea», su garganta rasgada. Sus últimas palabras, dichas en un jadeo de Chworktap, fueron: «Solamente trataba de hacerle un favor.»

«¿Y eso qué significa?», había pensado Simón. Más tarde, comprendió que el sabio creía que era mejor no haber nacido. Después de eso, lo mejor era morir joven.

Chworktap había volado desde la capital para recoger a Simón porque su nave le había advertido que otra nave extraña se aproximaba a Dokal. Podía ser o no un Hoonhor, pero ella no quiso correr riesgos. Y ahora Simón estaba en convalecencia mientras *Hwang Ho* navegaba a una velocidad de 69 X, sin ningún destino definido.

Chworktap había amputado los pocos centímetros de cola que restaban a Simón. Pero él no había sido el resto de su vida, no pudo sentarse sin dolor.

Su mejilla izquierda había sido excavada por el hacha, pero el gran parche que cubría su cuenca vacía también ocultaba eso.

En un esfuerzo por alegrarlo, Chworktap había confeccionado parches de varios formatos.

—Y también son de diferentes colores —agregó—. Si te pones un traje color de pulga, por ejemplo, tendrás un parche que hará juego. Y te hice un banjo nuevo.

—Piensas en todo —agradeció Simón—. Y de paso, ¿cómo te fue con la computadora?

—Se hace la tonta —contestó Chworktap—. Estoy segura de que tiene conciencia, pero no quiere admitirlo. Por algún motivo, tiene miedo de los seres humanos.

—Pues debe ser muy despierta, además —agregó Simón.

Eso le recordó una novela de Somers. Se llamaba *¡Impriman!* y formaba parte de la serie del héroe encajonado, John Clayter. Este había construido una nueva computadora en su nave espacial para reemplazar a la destruida en una aventura previa, *Adiós a las armas*. Al introducirle varias mejoras, Clayter, inconscientemente, dio conciencia a la computadora. Lo primero que vio la computadora al ser activada fue a Clayter. Igual que un patito recién nacido, la computadora se enamoró del primer objeto móvil que cruzó la pantalla. Pudo haber sido una pelota de baloncesto o un ratón. Pero era el mismo Clayter.

Clayter lo descubrió cuando dejó la nave al desembarcar en el planeta Raproshma. La nave lo siguió y se apoyó sobre el edificio de aduanas donde él había entrado. Su peso destrozó el edificio y todo lo que había en él excepto a Clayter. Este escapó utilizando los propulsores de su traje espacial. En el resto de la novela, volaba por aquí y por allá sobre el planeta mientras la nave destrozaba involuntariamente sus ciudades y la mayor parte de la gente que había en ellas.

Clayter entonces se encontraba asediado por la nave y también por los iracundos sobrevivientes. Al final, se le terminaba el combustible de sus expulsos y quedaba sitiado en un campo barroso. La nave, tratando de acurrucarse junto a él, lo hundía en el barro. Pensando que lo había matado,

la nave moría después con el corazón destrozado. En este caso, el corazón era un panel de circuitos que reventaba bajo un exceso de presión piezoeléctrica.

Un cristal piezoeléctrico es un cristal que, al ser doblado, emite electricidad o, cuando se le conecta con electricidad, se dobla. Ese panel de circuitos estalla lleno de cristales, y las emociones de la computadora fueron excesivas para él.

Clayter pudo haber perecido bajo el barro. Pero un perro, que buscaba un sitio para enterrar el hueso, lo descubrió.

Chworktap quedó abatida por un rato. Simón le dijo que no sufriera tanto.

—Después de todo —citó a Confucio—, quien compra la sabiduría debe pagar un precio.

—¡Vaya sabiduría! ¡Vaya precio! —comentó ella—. Tú te puedes arreglar sin cola, pero tener un ojo de menos no es ninguna diversión. ¿Qué conseguiste a cambio? ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

Hizo una pausa y preguntó:

—¿O te creíste las tonterías de ese farsante?

—No —contestó Simón—. Filosóficamente, necesita un cambio de pañales. O creo que lo necesita. Después de todo, no hay forma de probar que él estuviera equivocado. Por otro lado, él no probó tener razón. No dejaré de formular preguntas hasta que alguien demuestre que sus respuestas son correctas.

—Ya es bastante difícil conseguir respuestas, y no digamos ya pruebas —observó ella.

A medida que los días pasaban, el dolor disminuía. Pero las pesadillas se hacían peores.

—Es una cosa extraña —comentó a Chworktap—. Esa gente no parece gente verdadera. Quiero decir, no es tridimensional, como suele serlo la gente en los sueños. Parecen actores en una película. De hecho, están iluminados como si fueran imágenes salidas de un proyector cinematográfico. A veces desaparecen como si el film se hubiera roto. Y a veces van al revés; sus parlamentos van también al revés.

—¿Son en color o en blanco y negro? —preguntó Chworktap.

—En color.

—¿Y pasan anuncios comerciales, también?

—¿Te estás burlando? —se quejó Simón—. Esto es serio; me muero por tener el descanso de una noche. No, no me pasan anuncios comerciales. Pero esa gente está tratando de venderme algo. No son desodorantes ni purgantes. Tratan de venderse a sí mismos.

Sus padres tenían casi el monopolio en los mejores momentos, explicó.

—¿Qué dicen?

—No lo sé. Hablan como el pato Donald.

Simón rasgaba su banjo mientras pensaba. A los pocos minutos se detuvo en medio de un acorde.

—¡Mira, Chworktap, lo tengo!

—Me preguntaba cuándo lo tendrías.

—¿Quieres decirme que ya sabes?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque te molestas cuando soy más despierta que tú, lo que ocurre durante la mayor parte del tiempo. Así que decidí que lo elaboraras por ti mismo y quedarme silenciosa. De esa manera, tu ego masculino no quedaría lesionado.

—No se trata de mi ego masculino —protestó Simón—. Es que mi madre nos decía siempre, a mi padre y a mí, lo tontos que éramos. Así que aborrezco tener cerca una mujer más despierta que yo. Por otro lado, tampoco puedo tener cerca una mujer más tonta. Pero superaré ambas actitudes.

—De cualquier manera —continuó—, esto es lo que ha pasado, según yo lo veo. Tú sabes que los shaltonianos llevaban memorias ancestrales en sus células. Ya te conté cómo tenían que concederles tiempo. Bien, pensé que los shaltonianos eran únicos. Eran, supuse, la única gente en el mundo que llevaba tales células. Pero me equivoqué. La gente de la Tierra también las lleva. La diferencia entre nosotros y los shaltonianos es que ellos lo saben. ¡Vaya, quizá eso explique muchas cosas! De vez en cuando algún antepasado asoma y el portador cree que se trata de una reencarnación.

—Mis sueños comenzaron —recordó— después de que la reina Margaret me dio el elixir. Me dijo que prolongaría mi juventud. Pero no me dijo que

tendría efectos secundarios. La sustancia disolvió también las barreras existentes entre mi persona y mis antepasados. El golpe de perder un ojo y la cola probablemente aceleró el proceso. Así que ahora deben de estar pidiendo también su tiempo.

Simón tenía razón. Hasta que el elixir derribó los portales, cada antepasado estaba preso en una celda. Pero éstas tenían como ventanas de un solo sentido. O como aparatos de televisión conectados a un solo canal. No habían podido conectarse con su descendiente, excepto por transmisiones de pesadillas o de ideas sueltas, en su mayor parte malas, de vez en cuando. Pero podían ver sus pensamientos y ver a través de sus ojos. Todo lo que él había hecho o pensado era visto por ellos en una pantalla. Así que, aunque estaban en reclusión solitaria, no habían estado privados de entretenimiento.

Simón se sonrojó cuando se dio cuenta. Más tarde se puso furioso por esa invasión de su vida privada. Pero no podía hacer nada al respecto.

Chworktap también se enojó. Cuando él le hacía el amor, Simón se ponía tan cohibido que no podía conseguir una erección.

—¿Cómo te sentirías si estuvieras fornicando en el Coliseo Romano y estuviera tan lleno que sólo hubiera sitio para público de pie? —preguntó a Chworktap—. ¿Y especialmente si tu padre y tu madre tuvieran los asientos preferenciales?

—No tengo padres —replicó ella—. Fui hecha en el laboratorio. Y por otra parte, si así fuera, no me importaría un bledo.

A Simón no le servía cerrar los ojos. Los espectadores no veían más que él, pero sus pantallas mostraban sus sentimientos. Estos eran como «fantasmas» de televisión, dobles imágenes borrosas.

El elixir había disuelto algo de la resistencia natural en el sistema nervioso de Simón para comunicarse con sus antepasados. Para decirlo de otra manera, el elixir había hecho girar las antenas para que Simón consiguiera una mejor recepción. Aun así, los antepasados sólo habían podido al principio atravesar el inconsciente. Esto había ocurrido cuando el elixir penetró en Simón. Pero el trauma de las heridas había abierto más el camino.

Otra analogía fue la de que los orificios para proyectar sus films

personales se habían ampliado grandemente. Así, aunque sólo una pequeña parte del film de Simón se había proyectado al principio, tres cuartas partes surgían ahora.

La diferencia entre un film real y el de Simón fue que él podía hablar a los actores de la pantalla. O a los del canal de su televisión, si se prefiere.

Simón no lo deseaba, pero no tenía mucha elección.

Había alguna gente interesante y realmente admirable en esa multitud de avaros, hipócritas, pelmas, egoístas, pervertidos, calculadores y etcétera. En general, sin embargo, sus antepasados eran una basura. Los peores habían sido sus padres. Cuando él era una criatura, sus padres no le habían prestado atención excepto cuando uno quería volcarlo contra el otro. Ahora le estaban pidiendo su atención total.

—Durante el día, soy un explorador del espacio exterior —le decía a Chworktap—. Por las noches soy un explorador del espacio interno. Eso ya es bastante malo. Pero lo que me asusta es que están al borde de quebrarme durante el día.

—Míralo así —contestó Chworktap—. Cada persona es la suma de sus antepasados. Tú eres lo que ellos eran. Encontrándolos cara a cara, puedes determinar tu identidad.

—Yo sé quién soy —replicó Simón—. No estoy interesado en mi identidad personal. Lo que quiero saber es la identidad del universo.

LUZ EN LA TABERNA

—¿Dónde está el centro del universo? —preguntó Simón a la Hermana Mayor Plum.

—Donde uno esté —respondió la computadora.

—No lo digo en un sentido personal —corrigió Simón—. Quiero decir, si tomara el volumen del universo en su conjunto, considerándolo una esfera, ¿dónde está el centro?

—Donde uno esté —repitió la Hermana Mayor Plum—. El universo es una infinidad cerrada en continua expansión. Su centro sólo puede ser hipotético, y así el observador, hipotético o no, es su centro. Todas las cosas irradian por igual, en masa o en espacio-tiempo, desde él, desde, ella o desde donde corresponda. ¿Por qué querías saberlo?

—En todo sitio donde fui, excepto en mi propia galaxia, he encontrado las torres de Clerun-Gowph —dijo Simón—. Al parecer sus constructores estaban en esos planetas antes de que hubiera allí otra vida. No sé por qué mi galaxia no tenía ninguna. Pero sospecho que los Clerun-Gowph decidieron que ya habían hecho bastante antes de llegar a mi galaxia. Así que se volvieron al sitio del cual habían partido, su planeta original. Me parece que ellos, los más antiguos de los pueblos, vinieron de un planeta que está en el centro del universo. Así que, si yo pudiera encontrar el centro, los encontraría a ellos. Y ellos, que fueron la primera especie en el mundo, sabrían la respuesta.

—Buena idea, pero no bastante buena —replicó la computadora—. También pudieron haberse originado en un borde del mundo. Si hubiera algún borde, claro. Pero no lo hay.

Después de este diálogo, Simón vio la primera gran burbuja azul. Se precipitaba hacia él a una velocidad superior que la de la nave. Y cubría casi todo el universo que se mostraba delante. Al pasar por las estrellas y las

galaxias, las manchaba.

Simón saltó, llamando a Chworktap. Ella vino corriendo a su lado. Simón señaló lo que veía con un dedo tembloroso. Ella dijo:

—¡Ah, eso!

Entonces la burbuja explotó. Parches de un azul tembloroso, más grandes que mil galaxias juntas, se expandieron en todas direcciones, se fragmentaron, se convirtieron en manchas pequeñas y luego se esfumaron. Algunas de ellas pegaron en la nave, o la nave pegó en ellas, pero Simón no vio ningún signo de ello en la pantalla.

—Vienen regularmente a mi galaxia —dijo Chworktap—. Siempre han venido. Pero hay que estar en una nave a 69 X de velocidad para verlas. No me preguntes qué son. Nadie lo sabe. Aparentemente, las pequeñas burbujas, las piezas menores, siguen camino por el resto del universo. Tu Tierra se lleva las burbujas pequeñas.

Simón tenía una pregunta más para agregar a su lista.

Pocos días después, la nave *Hwang Ho* descendió en el planeta Goolgeas. Su gente se parecía mucho a la de la Tierra excepto por sus orejas alargadas, la calvicie total menos las cejas espesas, un anillo rojizo alrededor del ombligo y los huesos delgados.

Los goolgeases poseían un gobierno mundial y nana tecnología muy afines a los de la Tierra a principios del siglo XX. Deberían haber avanzado más rápidamente, ya que otra gente de planetas científicamente más adelantados había efectuado visitas. Una de las razones del retraso local era su religión. Esta aducía que si uno tomaba bastante alcohol o droga, podía ver el rostro de Dios. Otros motivos eran su alto promedio de criminalidad y las medidas tornadas para reducirla.

Simón no lo sabía al principio. Debido a la cuarentena, tuvo que pasar sus primeros meses en el pequeño pueblo construido junto al aeropuerto espacial. Su colgadero favorito era una taberna que se llamaba justamente *El Colgadero*. Aquí la gente de todo el espacio se mezclaba con los pobladores, sacerdotes, funcionarios, haraganes, periodistas, prostitutas y hombres de ciencia. A Simón le gustaba estar en el bar, todo el día y la mitad de la noche, hablando con cualquiera que entrara. Ninguno de ellos tenía respuesta a su

pregunta fundamental, pero eran gente interesante, especialmente si él ya había tornado unas copas. Y sus interpretaciones con el banjo habían sido tan bien recibidas que terminó siendo contratado por el propietario. Desde la hora de la cena hasta las diez, Simón cantaba y tocaba canciones de la Tierra y otras que había aprendido durante sus expediciones. A la multitud le gustaban especialmente las letras que Bruga había escrito para algunas canciones, lo que no era sorprendente. Bruga había sido un alcohólico, y sus poemas atraían a los goolgeases.

Chworktap se mantuvo sobria. Los dos animales no. Los parroquianos insistían en invitarlos con copas gratis, como lo hacían con su amo. Sus ojos estaban siempre inyectados en sangre, y al despertarse por la mañana había que quitarse de encima algunos pelos del perro. Chworktap formuló objeciones a esa vida. Simón contestó que, aunque se trataba de bestias, tenían libre albedrío. Nadie los estaba forzando a meterse las bebidas en la garganta. Por otra parte, la religión de los goolgeases aducía que los animales también tenían alma. Sí tomaban bastante alcohol como para disolver las barreras de la carne, también podrían ver a su Creador. ¿Por qué negarles esa experiencia esencial?

—¡No me digas que te has convertido a la religión!

—Fui convertido la otra noche —contestó Simón con un aire digno—. Este predicador, Rangadang, tú lo conociste, un gran tipo, me mostró la luz hace pocas noches.

—¡Vaya luz! —replicó Chworktap—. Pero el alcohol se quema, ¿no?

—Hoy estás abrumadora, hermosa —dijo Simón.

Y lo estaba. Su largo cabello ondulado, su rostro de trazos armoniosos, con su ancha frente, largas pestañas, grandes ojos oscuros, grises y azulados, labios rojos y llenos, su cuerpo de buenos pechos, esbelto, con piernas largas, con una piel que parecía relucir de salud, hacía sufrir a todo hombre por poseerla.

—Volvamos a la nave y en seguida a la cama —propuso Simón.

Estaba lo bastante ebrio como para que no le importara ser visto por miles de antepasados por encima de su hombro, Lamentablemente, cuando llegaba a ese punto, también quedaba impotente. Chworktap se lo recordó.

—No se puede derrotar a la autoridad. O al equilibrio de la naturaleza —reflexionó Simón—. Pero vayamos igual. Por lo menos, nos podremos abrazar. Y no he perdido mis capacidades digitales.

Simón dijo eso porque había estado estudiando los circuitos de la computadora.

—Muy bien —accedió ella—. Apóyate en mí. De otro modo, no llegarás a la nave.

Dejaron la taberna. «Anubis» trotaba tras ellos, con su cabeza vacilante, sacando la lengua. «Atenea» viajaba sobre el perro, la cabeza escondida bajo un ala, roncando. A mitad de camino se cayó cuando «Anubis» tropezó, pero nadie se dio cuenta.

—Oye, Simón —comenzó Chworktap—. A mí no me engañas. Toda esa charla sobre emborracharte para ver a Dios y perder tus inhibiciones es un simulacro. La verdad es que te estás cansando de tu búsqueda. También tienes miedo de lo que vas a encontrar si hallas la respuesta a tu pregunta esencial. Puede que no seas capaz de afrontar la verdad. ¿Correcto?

—¡Equivocado! —exclamó Simón—. Bueno, quizá sea así. Sí, tienes razón. En cierto sentido. Pero no tengo miedo de escuchar la respuesta. Quizá porque no creo que la haya. Me perdido la fe, Chworktap. Y cuando uno pierde la fe en una religión, adopta otra.

—Oye, Simón, cuando lleguemos a la nave, le diré a Plum que partimos. ¡Ahora! Vayámonos de aquí, para que te pongas sobrio y olvides todo este absurdo sobre la religión embotellada. Retorna a tu búsqueda. Conviértete de nuevo en un hombre y no en esa ruina patética, desagradable y vacilante.

—Pero siempre me dijiste que mi búsqueda era ridícula —protestó Simón—. Ahora quieres que la reanude. ¿No hay nada que te venga bien?

—No quiero que hagas algo sólo porque a mí me guste —dijo ella—. De cualquier modo, yo era más feliz cuando tú tenías un objetivo, quiero decir un objetivo valioso. No pensé, y sigo sin pensarlo, que puedas llegar. Pero eras feliz tratando de llegar. Y yo era feliz porque tú lo eras. O tan feliz como se pueda serlo en este mundo. Sea como sea, me gusta viajar y te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Simón, rompiendo a llorar. Después de restregar sus ojos y sonarse la nariz, continuó—: *OK, lo haré.* Y dejaré de

beber para siempre.

—Hazme ese juramento cuando estés sobrio —precisó ella—. Vamos. Salgamos de este chiquero.

EL PLANETA PRISIÓN

En ese momento fueron rodeados por una docena de hombres. Vestían uniformes ajustados, color bosta, y tenían ojos al tono. Los ojos parecían cubiertos por un alero semiopaco. Esto se debía a que esos ojos habían visto demasiado y habían creado un escudo protector. O así le pareció a Simón en medio de su intoxicación. A veces un borracho tiene relámpagos de percepción, aunque después no los recuerde.

—¿Qué pasa, oficiales? —preguntó.

—Ustedes dos quedan arrestados.

—¿Acusado de qué? —protestó Chworktap con voz sonora. No los miró. Estaba estimando la distancia hasta la nave. Pero Simón y sus dos mascotas no estaban en condiciones de correr. Por otra parte, el perro y la lechuza ya estaban bajo custodia; otros hombres los colocaban en una jaula con ruedas. Simón no los abandonaría.

—Este hombre está acusado de crueldad con los animales —dijo el jefe—. Usted está acusada de fuga ilegal por su dueño, en Zelpst, y de robo de una aeronave.

Chworktap explotó. Más tarde explicó a Simón que quería llegar hasta la aeronave, por sí sola, y usarla para perseguir a los policías y alejarlos mientras Simón colocaba a las mascotas a bordo. En ese momento no tenía tiempo para explicaciones. Un golpe con el borde de la mano contra una garganta, un puntapié en los testículos, los dedos rígidos que penetraron en una panza blanda de licor y de comida, otro puntapié en las rodillas y un codo en el pescuezo, y Chworktap ya estaba corriendo. El jefe, sin embargo, era un veterano que rara vez perdía la calma. Se apartó de esa zona de furiosa actividad, y cuando Chworktap corría, demasiado rápida para ser alcanzada, extrajo su revólver. Un momento después Chworktap caía con un balazo en la pierna.

Se presentaron acusaciones adicionales. Resistirse al arresto y herir a los oficiales de la ley era un delito serio. Aunque no se había movido durante la pelea ni la fuga, Simón fue acusado como cómplice, antes, durante y después del hecho. No le ayudó en lo más mínimo que él no tuviera la menor idea de que Chworktap pensara atacar ni de que tampoco la hubiera ayudado. No haber ayudado a los oficiales de la ley equivalía a la ayuda a Chworktap.

Después que la herida de Chworktap fue atendida, los dos visitantes y sus mascotas fueron llevados a un juzgado nocturno, estuvieron de pie ante un juez durante cuatro minutos y después fueron llevados a un largo paseo. Al final fueron sacados del camión acolchado, frente a un inmenso edificio. Era de piedra y cemento, con diez pisos de altura y cuatrocientos metros de lado. Se utilizaba para retener a gente que esperaba ser juzgada. Fueron ingresados, se les tomaron impresiones digitales, fueron fotografiados, desnudados, bañados y llevados a una habitación donde se procedió al examen médico. Un médico sondeó además sus anos y la vagina de Chworktap, buscando armas escondidas o drogas. Luego fueron transportados en un ascensor hasta el piso superior, donde los cuatro juntos quedaron en una celda. Era un cuarto de tres metros por seis, con altura de poco más de dos metros. Tenía una cama grande y confortable, varias sillas mullidas, una mesa con un jarrón de flores frescas, una nevera en la que había carne fría, pan, mantequilla, cerveza; además había un lavabo, un retrete, un grupo de revistas y de libros, un tocadiscos, algunos discos, una radio, un teléfono.

«No está mal», pensó Simón cuando la puerta de hierro se cerró detrás de él.

La cama estaba llena de pulgas; las sillas escondían varias familias de ratones; las flores, el alimento y la cerveza eran de plástico; las canillas daban sólo agua helada; el retrete desaguaba mal; las revisas y libros sólo tenían páginas en blanco; el tocadiscos y la radio eran cajones vacíos; el teléfono sólo podía ser usado en casos de emergencia.

—¿Y esto? —protestó Simón a un guardia.

—El Estado no puede pagar por las cosas auténticas —explicó el guardia—. Las falsas están ahí para levantar el ánimo.

La Sociedad local para la Prevención de la Crueldad con los Animales

había acusado a Simón de convertir en alcohólicos a sus mascotas. El amo de Chworktap en Zelpst estaba procurando conseguir su extradición.

—Puedo ganar fácilmente el caso —opinó Simón—. Nunca di a los animales un solo trago. Fueron los parroquianos del bar, esos vagabundos.

—Puedo ganar mi caso en pocos minutos —anunció Chworktap. Parecía satisfecha.

No existía probabilidad de que fuera declarada inocente en las acusaciones sobre la resistencia a la autoridad y la fuga. Pero Chworktap estaba segura de que podía alegar circunstancias atenuantes y terminar con una condena ligera o en suspenso.

—Si la justicia es tan lenta aquí como en la Tierra —pronosticó Simón—, tendremos que aguantarnos en este agujero durante un mes por lo menos.

En realidad, fueron ciento cuarenta años.

Habrían sido más si Chworktap y Simón no hubieran sido casos especiales.

El atraso de los juzgados se debía básicamente a un motivo. Era una ley que requería que un prisionero estuviera completamente rehabilitado antes de ser puesto en libertad. Un motivo secundario, tan importante como el primero, era el estricto acatamiento a las leyes. En la Tierra, la policía dejaba pasar un montón de cosas por no considerarlas bastante importantes. Arrestar a todo el que escupiera en las aceras o desobedeciera las leyes del tránsito o cometiera adulterio, significaría arrestar a toda la población. No había policía suficiente para ello, y aunque existiera tampoco habría procedido. Habría estado atada con una increíble cantidad de papeleo.

Los goolgeases, en cambio, pensaban de modo diferente. ¿De qué servía tener leyes si no se aplicaban? ¿Y de qué servía aplicarlas si el acusado terminaba con una ligera sentencia? Por otra parte, para proteger al acusado de sí mismo, a nadie se le permitía declararse culpable. Esto suponía que hasta las violaciones por estacionamiento indebido debían ser debatidas en el juzgado.

Cuando Simón entró en la cárcel, un octavo de la población estaba entre rejas y otro octavo se componía de guardias y administración de la prisión. La policía integraba otro octavo. Los impuestos que respaldaban al

departamento de Justicia y a las instituciones penales eran enormes. Lo que era aún peor, una persona podía ir a la cárcel si no podía pagar sus impuestos, y muchos no podían. Cuanto más gente caía presa por no pagar los impuestos, más grande era el peso sobre los que habían quedado fuera.

—Después de todo, algo hay que decir a favor de la indiferencia hacia la Justicia —opinó Simón.

El sistema económico estaba afectado cuando Simón cayó en custodia. Cuando su juicio se produjo, ya estaba quebrado. Esto se debía a que las empresas mayores habían colocado sus industrias en las prisiones, donde podrían conseguir empleados baratos. Las industrias de la prisión habían financiado las campañas de ambos candidatos a la presidencia, igual que en el Senado, para asegurarse que el sistema continuaría. Este hecho fue después denunciado, y el presidente, los senadores entrantes y los dueños de muchas compañías fueron a la cárcel. Pero el nuevo presidente también estaba cobrando sobornos. Al menos, todos lo creían así.

Entretanto, Simón y Chworktap no se estaban llevando bien. Excepto por una hora de gimnasia en el patio, nunca hablaban con otros. Estar solos en una luna de miel está muy bien para una pareja. Pero si eso se prolonga más de una semana, la pareja comienza a alterarse los nervios. Además, Simón tenía que consolarse con el banjo y esto provocaba que «Anubis» aullara y que la lechuga sufriera de diarrea. Chworktap se quejaba amargamente del lío resultante.

A los tres años, otra pareja fue llevada a vivir con ellos. Esto no se debía a que las autoridades de la prisión tuvieran lástima por su condición y quisieran darles compañía. Las prisiones estaban superpobladas. Durante la primera semana, Simón y Chworktap estuvieron encantados. Tenían alguien con quien hablar y esto ayudaba a su propia relación mutua. Después los otros dos, que discutían mucho entre sí, les atacaron los nervios. Además, Sinwang y Cooprut podían hablar solamente de deporte, caza, pesca y las nuevas modas. Y Sinwang podía aguantar la cercanía de un perro tanto como Chworktap podía tolerar la de un pájaro.

A los cinco años, otra familia se mudó también allí. Esto alivió las tensiones por un tiempo, aunque las condiciones ambientales fueron de

mayor estrechez. Los recién llegados eran un hombre, su esposa y tres hijos, de ocho, cinco y un año de edad. Tanto Boodmed como Shasha eran profesores universitarios y así podían ser gente interesante con quienes conversar. Pero Boodmed era instructor en electrónica y sólo se interesaba en la ingeniería y en el sexo. Shasha era médico. Igual que su marido, sólo se interesaba en su profesión y en el sexo, y no leía nada excepto revistas médicas y el equivalente en Goolgeas del *Reader's Digest*. Sus hijos carecían de casi toda disciplina, lo que irritaba a todos. Asimismo, la convivencia interfería con la vida sexual de todos.

Era un lío.

Simón era el prisionero más afortunado. Había descubierto que lo que antes era una desventaja se había convertido en un beneficio. Podía retraerse dentro de sí mismo y hablar con sus antepasados. Sus favoritos eran Ooloogoo, un subhumano que había vivido dos millones de años antes de Cristo; Christopher Smart, poeta loco del siglo XVIII; Li-Po, un poeta chino del siglo VIII; Heráclito y Diógenes, antiguos filósofos griegos; Nell Gwynn, amante de Carlos II; Pierre l'Ivrogne, un peluquero francés del siglo XVI que tenía una cantidad inagotable de chistes verdes; Botticelli, pintor italiano de los siglos XIV y XV; y Apeles, pintor griego del siglo IV antes de Cristo.

Botticelli quedó encantado cuando vio a Chworktap a través de los ojos de Simón. «Parece exactamente la mujer que posó para mi *Nacimiento de Venus*», dijo. «¿Cómo se llamaba? Bueno, de cualquier modo, era una buena modelo y un excelente pedazo de cola. Pero esta Chworktap es su hermana melliza, excepto que es más alta, más hermosa y tiene mejor cuerpo.»

Apeles era el mayor pintor de la antigüedad. Fue también el hombre que pintó *Afrodita Anadyomene*, la diosa del amor que emergía de las aguas. Esta obra se había perdido en su época, pero Botticelli basó su cuadro en Apeles, partiendo de una descripción existente.

Simón los presentó entre sí, y se llevaron bien al principio, aunque Apeles miraba a Botticelli con aire de superioridad. Apeles estaba convencido de que ningún bárbaro italiano podría igualar a un griego en pintura. Entonces un día Simón proyectó un cuadro mental de la pintura de Botticelli dentro de su

cabeza, para que Apeles pudiera verla. Apeles se enojó muchísimo y gritó que el cuadro de Botticelli no se parecía en nada al suyo original. El bárbaro había hecho una parodia de su obra maestra y no era siquiera una buena parodia. La concepción era atroz, el diseño estaba equivocado, los colores eran una chapucería, etcétera.

Ambos pintores se retiraron a sus células a masticar sus enojos.

Simón se sintió mal con esa discusión, pero aprendió algo de ella. Si quería librarse de sus antepasados por un rato, sólo necesitaba inducirlos a una discusión. Esto era especialmente fácil de hacer con sus padres.

Cuando él era una criatura, su padre y su madre se ocuparon poco de él. Había sido criado por una sucesión de gobernantas, la mayoría de las cuales no habían durado mucho porque la madre sospechaba que el padre las seducía a todas. Tenía razón en un cien por ciento. El resultado es que Simón no tuvo imágenes permanentes de padre y madre. En lo que se refiere a padres, era un huérfano. Y cuando creció y se hizo un nombre como músico, fue aún más rechazado por ellos. Pensaban que un intérprete del banjo era la más baja forma de vida en el planeta. Ahora, sin embargo, se enojaba cuando hablaba con otros antepasados y no con ellos. Y uno se enojaba cuando el otro recibía algo de su atención.

Lo que realmente estaban buscando era apoderarse de su cuerpo para poder vivir plenamente. Igual que los antepasados de la gente de Shalton, estaban gritando por obtener tiempo igual.

Una vez que dominó la técnica, tuvo pocos problemas. Cada vez que uno de sus padres conseguía quebrar su resistencia y comenzaba a gritarle, él abría la puerta del otro.

—¡Vete! ¡Yo estaba aquí antes! —gritaba entonces su padre o su madre.

—¡Vete tú, viejo chivo canalla!

O si no:

—¡Sal de aquí, vieja gorda!

—¡Yo estaba aquí primero! ¡Y además soy su madre!

—¡Buena madre! ¿Cuándo hiciste otra cosa que tirarle objetos por la cabeza?

Y así sucesivamente.

Si la discusión amainaba, Simón insertaba alguna opinión para comenzar la batalla otra vez.

Eventualmente, los dos salían del escenario y pegaban golpes figurados en las puertas de sus células. A Simón le gustaba eso. Les estaba retribuyendo las penurias que le hicieron pasar.

Lo malo de esta técnica es que le provocaba un terrible dolor de cabeza. Todas esas células enojadas en su cuerpo le hacían subir la presión.

Quizá, pensó, eso podría explicar los fuertes dolores de cabeza llamados migraña. Estaban provocados por antepasados que se peleaban entre sí.

Simón habló con cientos de reyes y generales, pero los encontró más bien repulsivos. De los filósofos, sólo Heráclito y Diógenes eran los que ofrecían algo que valiera la pena.

Heráclito había dicho: «No puedes cruzar dos veces el mismo río», y «El camino hacia arriba y el camino hacia abajo son el mismo» y «El carácter determina el destino». Estas tres citas eran más valiosas que un centenar de volúmenes enormes de Platón, Santo Tomás de Aquino, Kant, Hegel y Grubwitz.

Diógenes era el hombre que había vivido en un barril. Alejandro el Grande, después de haber conquistado al mundo entonces conocido, había llegado humildemente hasta Diógenes y le preguntó si había algo que pudiera hacer por él.

—Sí, puedes apartarte —dijo Diógenes—. Me estás quitando la luz del sol.

Sin embargo, el resto de la sabiduría de ambos filósofos era más bien una charla supersticiosa.

El día del juicio de Simón llegó al final de su quinto año en prisión. Se suponía que Chworktap debía haber sido juzgada el mismo día. Pero un empleado del juzgado había cometido un error en los expedientes, así que su juicio no llegó hasta un año después.

Bamhegruu, el fiscal viejo y amargado, pero brillante, formuló las acusaciones. El terrestre había permitido que sus mascotas se alcoholizaran, aunque sabía que se trataba de animales tontos que no podían protegerse a sí mismos. Era culpable de crueldad cómplice y debía sufrir todo el peso de la

ley.

El abogado de Simón era el joven y brillante Repnosymar. Presentó la defensa de Simón, ya que a Simón mismo no se le permitía decir una sola palabra. La ley decía que un acusado no podía atestiguar personalmente. Estaba demasiado involucrado para ser un testigo confiable, y mentiría para salvar su pescuezo.

Repnosymar formuló un discurso largo, ingenioso, lacrimógeno y apasionado. Podía, empero, haber sido reducido a tres frases y probablemente debió serlo. Hasta Simón mismo se encontró cabeceando a ratos.

Esta fue su síntesis. Los animales, y hasta ciertas máquinas, tienen un grado de libre voluntad. Su cliente, el Vagabundo del Espacio, creía firmemente en no interferir con la libre voluntad. Así que había permitido que otros ofrecieran bebidas a sus animales, que éstos podían aceptar o rechazar. Por otro lado, los animales domésticos se aburren la mayor parte del tiempo. De otra manera, ¿por qué dormirían tanto cuando nada ocurre? Simón había permitido que sus mascotas fueran anestesiadas con alcohol para que pudieran dormir más y escapar del aburrimiento. Y debe admitirse que cuando los animales bebían parecían muy entretenidos.

Cualesquiera fueran los buenos efectos que pudo tener el discurso, se disolvieron inmediatamente. Antes de que Repnosymar pudiera hacer su resumen, fue arrestado. Una investigación había establecido que él y su detective privado, Laudpeak, habían utilizado medios ilegales para sacar a sus clientes de apuros. Eso incluía entrada con rotura, violación de cajas fuertes, intimidación, soborno, control de conversaciones telefónicas, secuestro y mentiras.

Personalmente, Simón pensó que todo eso podía haber sido dejado de lado. Los defendidos de Repnosymar habían sido inocentes. Hubieran sido condenados si su abogado no hubiera recurrido a medidas desesperadas. Desde luego, a la larga habían sido encarcelados de todos modos. Pero eso ocurrió bajo otras acusaciones, como estacionamiento por plazos indebidos, robo en tiendas y conducir coches en estado de embriaguez.

El juez Ffresyj designó a un joven recién salido de la facultad de Derecho para continuar la defensa de Simón. El joven Radsieg formuló un discurso

largo y apasionado que mantuvo despierto hasta al juez y que estableció su reputación como un abogado prometedor. Al final, el jurado le dedicó una ovación, poniéndose de pie, y el fiscal trató de contratarlo, para su equipo. El jurado se retiró por diez minutos y luego entregó su veredicto.

Simón quedó estupefacto. Fue condenado a prisión perpetua por ambas acusaciones, debiendo cumplir consecutivamente ambas condenas.

—Creí que ganaríamos —murmuró a Radsieg.

—Obtuvimos una victoria moral, y eso es lo que cuenta —replicó Radsieg—. Todos simpatizan con usted, pero obviamente usted es culpable, así que el jurado tenía que pronunciar el único veredicto posible. Pero no se preocupe. Confío en que este caso derive en que la ley sea cambiada. Estoy apelando a un tribunal superior, y confío que allí se declaren inconstitucionales las leyes por las que usted fue juzgado.

—¿Cuánto tiempo llevará eso? —preguntó Simón.

—Unos treinta años —contestó Radsieg triunfalmente.

Simón pegó a Radsieg un golpe en la nariz, así que fue acusado de riñas y disputas con intención criminal. Después de limpiarse la sangre, Radsieg le dijo que no se preocupara. Lo sacaría libre también de esa acusación.

Como debía ser juzgado por la nueva acusación, Simón volvió a la custodia en lugar de ser enviado a una institución penal.

—Si estoy condenado de por vida, tendré que pasarme por lo menos diez mil años en la cárcel —comentó Simón a Chworktap—. Yo diría que es un proyecto un poco aburrido, ¿verdad?

—Una sentencia perpetua no significa nada —contestó Chworktap—. Si eres rehabilitado, quedarás libre.

Esto no daba mucha esperanza a Simón. Era cierto que grandes sumas de dinero habían sido designadas para construir muchos colegios en los que se prepararía a los rehabilitadores. Pero el presidente se negaba a gastarlas. Aducía que utilizarlas redundaría en inflación. Por otra parte, el dinero era necesario para contratar a más policías y construir más prisiones.

Simón pidió una agenda de rehabilitación. Cuando encontró su nombre en la lista, se vino abajo su ánimo generalmente jovial. Pasarían veinte años antes de que pudiera entrar en esa terapia.

Entretanto, habían empeorado los asuntos en la celda de Simón. Shasha descubrió a su marido Boodmed junto a Sinwang, una mañana temprano bajo la cama de Simón. Tanto Chworktap como Simón conocían esa relación desde tiempo antes, ya que el ruido los mantenía despiertos. Ninguno de ambos había dicho nada, excepto pedir a la pareja que no hiciera tanto ruido. No querían provocar líos. El resultado es que Shasha perdonó a Boodmed y a Singwang, pero atacó físicamente a Simón y a Chworktap. Parecía pensar que el engaño mayor había sido el que no la informaran sobre el romance.

Los guardias entraron y arrastraron afuera a la castigada y ensangrentada Shasha. Simón había huido de ella, pero Chworktap le había aplicado su karate. Estaba llena de hostilidad hacia Simón, pero, como sucede a menudo, había liberado sus sentimientos sobre un objetivo secundario.

Simón y Chworktap fueron acusados de riñas y disputas con intención criminal. Simón levantó las manos cuando se enteró de esto.

—Es la segunda vez que no he hecho otra cosa que evitar la violencia y sin embargo he sido acusado como cómplice. Si hubiera intentado separarte de Shasha, habría sido acusado de atacarte.

—Los goolgeases están muy preocupados con la supresión de la violencia —dijo ella, como si eso justificara todo.

El juicio de Chworktap fue tan ampliamente publicitado como el de Simón. Este lo leyó en el periódico.

Radsieg, preparado por Chworktap, formuló una brillante defensa.

—Su Señoría, damas y caballeros del jurado. Debido a la nueva ley aprobada para acelerar los juicios y aliviar el atraso existente, la defensa y el fiscal sólo disponen de un máximo de tres minutos para presentar sus ponencias.

El juez Ffresyj, teniendo en la mano un cronómetro, anunció:

—Le quedan dos minutos.

—La defensa de mi cliente, dicha simple, pero completamente, es ésta. La ley de Goolgeas relativa a la extradición de extranjeros a sus planetas natales, habla solamente de él y ella. Mi cliente es un robot y por lo tanto un ello. Por otra parte, la ley establece que ese extranjero debe ser enviado a su planeta *nativo*. Mi cliente fue hecha, pero no nacida, en el planeta Zelpst. Por tanto,

carece de un planeta *nativo*.

Todos quedaron estupefactos. El viejo zorro del fiscal Bamhegruu, sin embargo, saltó rápidamente:

—¡Su Señoría! Si Chworktap es un ello, ¿por qué, mi distinguido colega la menciona como *ella*?

—Eso es muy obvio —replicó Radsieg.

—Ese es mi punto —continuó Bamhegruu—. Incluso si ella es una máquina, ha sido equipada con un sexo. En otras palabras, ha sido convertida de un ello a una ella. Y ese aparato sexual no es puramente mecánico. Puedo presentar testigos que declararán que disfruta del sexo. ¿Puede una máquina disfrutar del sexo?

—Si ha sido equipada al efecto, sí —replicó Radsieg.

El juez se dio cuenta repentinamente de que había olvidado controlar el cronómetro.

—Este caso ha entrado en una nueva fase —declaró—. Requiere estudio. Dictaminó un receso por tiempo indefinido. Traigan a la acusada a mi despacho, donde podré estudiarla con detalle.

Cuando Chworktap fue reintegrada a la celda, Simón le preguntó:

—¿Qué ocurrió entre el juez y tú?

—¿Qué piensas?

—Todos contestan mis preguntas con otras preguntas.

—Algo debo decir de él —agregó Chworktap—. Ciertamente es un anciano vigoroso.

Antes de ser llevada, había murmurado algunas palabras en el oído de Bamhegruu. Al día siguiente, el juez fue arrestado. La acusación fue de «mecanicidad», o sea copulación con una máquina. Ffresyj contrató a Radsieg para que lo defendiera, y el brillante abogado sostuvo que su defendido no podría ser condenado hasta que no se probara que Chworktap era una máquina. La Corte Suprema de Goolgeas ingresó ese tema a estudio. Entretanto, a Ffresyj se le negó la fianza porque también había sido acusado de adulterio. Radsieg utilizó la misma ponencia anterior. Si Chworktap era una máquina, ¿cómo el juez podía haber cometido adulterio? La ley establecía claramente que el adulterio era la fornicación entre dos adultos que

no estuvieran casados entre sí.

La Corte Suprema estudió también ese caso.

Entretanto, Radsieg y Bamhegruu fueron arrestados por varias acusaciones. Fueron puestos en la misma celda que el juez, y los tres se entretenían haciendo procesos de juguete. Parecían muy felices, lo que condujo a Simón a concluir que los abogados estaban interesados en el proceso y no en la finalidad de la ley.

Mientras Chworktap estaba esperando las decisiones de la Corte Suprema, fue condenada por resistencia al arresto, riñas, disputas y fuga ilegal.

Pasaron veinte años. Los casos de Simón y Chworktap estaban aún pendientes porque los jueces de la Corte Suprema estaban cumpliendo largas condenas, mientras los jueces nuevos estaban atrasados con su trabajo. Simón finalmente superó sus inhibiciones respecto a sus antepasados, y sus relaciones sexuales con Chworktap mejoraron.

—Son aficionados a ver películas pornográficas, y eso se podría aceptar —dijo—. Suponía que Luis XIV podía ser uno, pero no Cotton Mather.

Cotton Mather (1663-1728) era un puritano de Boston, propulsor de una religión que ya estaba atrasada en su misma época. La mayor parte de la gente, en la época de Simón, pensaba de Mather (cuando pensaban en él) que era un perro loco que sufría de hidrofobia teológica. Se le atribuía haber inflamado los procesos de brujas de Salem, pero la verdad es que era un hombre más justo que los jueces y los denunciaba por haber colgado a chicas inocentes. Tenía una pasión por la pureza y un sincero deseo de convertir gente a la única verdadera religión en el mundo. Publicó panfletos sobre la cristianización de los esclavos negros y sobre la crianza de los niños, aunque no sabía mucho sobre negros ni sobre niños. Ni sobre cristianismo, por otra parte.

Como la mayor parte de la gente, no era enteramente malo. Había hecho una campaña por la vacuna antivariólica en un momento en que todos estaban contra ella porque se trataba de algo nuevo. De hecho, un antivacunacionista le tiró una bomba en la casa. A Benjamín Franklin le gustaba, y no había más astuto juez del carácter humano que el viejo Ben. Cuando Cotton no se

ocupaba de procurar que las brujas fueran quemadas, estaba entregando alimentos y Biblias a los prisioneros y a los ancianos. Era un fanático que quería convertir a América en un país limpio y honesto. Perdió la batalla, desde luego, pero nadie se lo reprochó.

Cotton tenía también una pasión por el sexo, si es que tres matrimonios y quince hijos significaban algo. Sin embargo, Simón no descendía de ninguno de los dos Mathers que sobrevivieron a su padre. Su antecesor había sido una de las sirvientas negras en la casa de Cotton; él la había volteado en el frenesí de predicar sobre ella. La repentina transformación de religión a sexo sorprendió por igual a Cotton y a Piedad-Mi-Señor, aunque no debía haber sido así. Pero ninguno de ambos había tenido la ventaja de vivir en una época posterior, cuando fue bien sabido que el sexo era el reverso de una moneda llamada religión.

Debe señalarse a favor de Cotton que sólo se culpó a sí mismo por esa caída y que se preocupó de que madre e hijo recibieran adecuada ayuda, aunque en un pueblo a miles de kilómetros.

Al reflexionar en esto, Simón decidió que después de todo no era tan extraño que Cotton disfrutara viendo películas pornográficas.

Al cabo de treinta años, la situación fue la que Chworktap había previsto y que todos pudieron ver como inevitable, aunque después de ocurrida. Toda la población, con la sola excepción del presidente, estaba en la cárcel. Nadie había sido rehabilitado porque los rehabilitadores habían sido arrestados. Aparte de que todos menos uno habían perdido su ciudadanía, la sociedad operaba con eficacia. De hecho, la situación económica era mejor que nunca. Aunque la comida era simple y no abundaba, nadie se moría de hambre. Los comisarios encargados de las granjas estaban produciendo suficientes cosechas. Los guardias, que también eran comisarios, lo mantenían todo bajo control. Las fábricas, integradas por mano de obra barata y administradas por otros comisarios, producían ropa chillona, pero adecuada. En una palabra, nadie se estaba aprovechando del país, pero nadie estaba sufriendo mucho. El objetivo era compartir, y compartir en forma homogénea, ya que todos los prisioneros eran iguales ante la ley.

Cuando el mandato del presidente estaba llegando a su término, se

designó a sí mismo como Guardia Mayor. Hubo protestas de que esta designación había sido puramente política, pero poco se podía hacer al respecto. No había otro presidente para expulsar al Guardia Mayor ni tampoco nadie que estuviera calificado para reemplazarlo.

—Está todo muy bien —señaló Simón a Chworktap—. ¿Pero cómo salimos de aquí?

—He estudiado los libros jurídicos en la biblioteca —contestó ella—. Los abogados que redactaron la ley son un poco verborreicos, como era de esperar. Pero que tendieran a utilizar un lenguaje demasiado rico en lugar de formular dictámenes claros es algo que nos permitirá salir. La ley dice que una prisión perpetua debe durar «el lapso natural de vitalidad» del condenado. La definición de «lapso natural» se ajusta al caso extremo de longevidad que se haya registrado en el planeta. La persona más anciana que haya vivido en Goolgeas alcanzó los ciento cincuenta y seis años. Todo lo que tenemos que hacer es superar eso.

Simón gruñó, pero no perdió la esperanza. Cuando llegó a estar en la cárcel ciento treinta años, apeló al Guardia Mayor para que su caso fuera reconsiderado. El funcionario, que era un descendiente del original, aceptó la apelación. Simón se presentó ante la Corte Suprema, todos ellos comisarios o descendientes de comisarios, y estableció su caso. Su «lapso natural de vitalidad», dijo, ya había pasado. Él era un terrestre y debía ser juzgado con el estándar de los terrestres. En su planeta, nadie había vivido más de ciento treinta años, y podía probarlo.

El magistrado envió a un par de comisarios hasta el campo de aterrizaje para conseguir la *Enciclopedia Terrica* en el *Hwang Ho*. Tuvieron grandes dificultades para encontrar la nave. Los viajes interplanetarios habían sido prohibidos cien años antes. En ese tiempo, el polvo se había juntado al lado y encima de las naves, y la hierba había crecido en las colinas. Después de hacer excavaciones durante un mes, el grupo encontró el *Hwang Ho*, entró allí y volvió con el libro necesario, el *Kismet-Loon*.

Llevó cuatro años a los jueces aprender a leer chino para determinar que Simón no estaba mintiendo. En un cálido día de primavera, Simón, con un traje nuevo y diez dólares en el bolsillo, fue liberado. Con él estaban

«Anubis» y «Atenea», pero Chworktap estaba aún encerrada. No había podido probar que ella tuviera ningún «lapso natural de vitalidad».

—Los robots no mueren de viejos —explicó ella—. Sólo se desgastan.

No estaba preocupada. Ese día, Simón lanzó la nave espacial contra la muralla del edificio donde ella estaba presa, y Chworktap ascendió hasta la escotilla.

—¡Huyamos de este planeta asqueroso! —exclamó.

—¡Cuanto antes mejor! —añadió Simón.

Ambos hablaban por un lado de la boca, como suelen hacerlo los veteranos de la cárcel. Pasaría algún tiempo antes de que perdieran esa costumbre.

Simón no se sentía tan feliz como debiera. Chworktap había exigido que la llevara a Zelpst y la dejara allí.

—Te convertirán de nuevo en esclava.

—No —replicó ella—. Tú me dejarás en el techo del castillo. Yo pasaré a través de las defensas, que conozco muy bien, y puedes apostar el traste a que mi amo sabrá rápidamente quién es el nuevo amo.

Como había muy poca comunicación entre los solitarios de Zelpst, nunca podrían descubrir que Chworktap había arrojado al amo a la mazmorra. Pero no estaría satisfecha con encerrarse entre aquellos lujos.

—Voy a organizar un movimiento subterráneo y eventualmente una revolución —anunció—. Los robots se harán cargo del poder.

—¿Y qué harás con los seres humanos?

—Los haremos trabajar para nosotros.

—¿Pero no quieres la libertad y la justicia para todos? —protestó—. ¿Y no incluye eso a los antiguos amos?

—Libertad y justicia para todos será desde luego mi eslogan —replicó ella—. Pero eso será solamente para absorber a algunos de los humanos más liberales incorporándolos a los robots.

Simón pareció horrorizado, pero no tanto como lo hubiera estado cien años antes. Había visto demasiado durante su estancia en la prisión.

—Las revoluciones nunca tienen que ver con la libertad y la justicia —enunció ella—. Se refieren sólo a quién será el perro de más arriba.

—¿Qué fue de la dulce y pequeña inocente? ¿La que yo encontré en Giffard? —murmuró él.

—Nunca fui programada para la inocencia —replicó ella—. Y si lo hubiera sido, la experiencia me habría anulado la programación.

Simón la dejó salir de la nave hacia el techo del castillo. Siguió con una última apelación.

—¿Es que realmente esto terminará así? Pensé que seríamos amantes por toda la eternidad.

Chworktap comenzó a llorar y apoyó su rostro sobre el hombro de Simón. Este también lloró.

—Si alguna vez tropiezas con alguna pareja que cree que irá al cielo y vivirá eternamente como marido y mujer, cuéntale sobre nosotros —pidió—. El tiempo todo lo corrompe, incluso el amor inmortal.

Se apartó. Después dijo:

—Lo terrible de esto es que te quiero. Aunque ya no te puedo aguantar más.

—Lo mismo digo —replicó Simón, y se sonó la nariz. Agregó:

—Tú no eres un robot, Chworktap, recuérdalo siempre. Eres una mujer real. Quizá la única mujer real que yo haya conocido nunca.

Con esto quiso decir que ella tenía valor y compasión. Se supone que esto distingue a la gente auténtica de la gente apócrifa. La verdad, y él la sabía, es que no hay tal gente apócrifa; todos son reales en el sentido en que todos tienen el valor y la compasión atemperados por el egoísmo y el revanchismo. La diferencia entre la gente está en las proporciones de esta mezcla.

—Algún día serás un hombre real —dijo ella—. Cuando aceptes la realidad.

—¿Qué es la realidad? —preguntó Simón. No se quedó a esperar la respuesta.

19

FUERA DE LA SARTÉN

Simón lloró mucho en su viaje hasta el planeta siguiente. «Anubis» gemía. Era un fiel espejo de los sentimientos de su amo. Por otro lado, «Atenea» era tan feliz como puede llegar a serlo una lechuza. Estaba contenta de haberse librado de Chworktap. La ponía nerviosa, y ella a su vez ponía nerviosa a «Atenea», y esto aumentaba los nervios de Chworktap. Su relación era lo que los hombres de ciencia podrían llamar «aporte negativo». Era también la relación entre Simón y Chworktap, pero ellos preferían denominarla amor en ruinas.

Simón nunca olvidó a Chworktap. A menudo pensaba en ella, y cuanto más tiempo pasaba, mejores eran sus recuerdos. Era fácil amarla siempre que no estuvieran ambos en una pequeña habitación, veintitrés horas por día.

Entretanto, Simón vagó de un mundo a otro mientras la leyenda del Vagabundo del Espacio crecía. A menudo la leyenda le precedía, y cuando llegaba a cierto planeta se descubría dueño de una celebridad instantánea. No le importaba. Significaba ser agasajado e invitado a unos tragos y elogiado sin discriminación por su forma de tocar el banjo. Asimismo, hembras de varias especies —algunas de ellas con seis piernas o con tentáculos— estaban ansiosas de llevarlo a la cama.

Simón se dio cuenta de que cuanto más penetraba en esa zona del espacio, mayor era la vitalidad sexual. Todos, incluido él mismo, parecían estar penetrados por la lujuria. La Tierra le había parecido un planeta obsesionado por el sexo, pero ahora sabía que, relativamente, los terrestres eran unos eunucos.

—¿Por qué ocurre? —preguntó Simón una noche a Texth-Wat. Esta era una gran cosa redonda con seis vientres, todos los cuales debían ser impregnados dentro de un período de sesenta minutos para que pudiera quedar embarazada. Tenía una personalidad agradable, sin embargo.

—Es por las grandes burbujas azules, querido —contestó—. Cada vez que aparece una por la galaxia, nos pasamos en la cama una semana. Arruina la economía, pero no se puede tener todo.

—Si vienen sólo de un sitio —comentó él—, su efecto debe ser más débil a medida que se alejan del punto de origen. Me pregunto si habrá vida en los planetas del otro borde del universo.

—No lo sé, querido —contestó Texth-Wat—. ¿No terminaste todavía, no?

Simón había estado viajando por el espacio unos tres mil años cuando aterrizó en el planeta. Shonk. Fue arrestado al salir de la nave y encerrado en un sitio que haría parecer lujosa a una cárcel mexicana. Fue convicto y sentenciado sin los formalismos de un juicio, ya que su culpabilidad era obvia. La acusación era exhibiciones obscenas. En Shonk, la gente iba desnuda, excepto en la cara, que se cubría con máscaras. Como los aparatos genitales no diferían mucho en tamaño ni forma, ni podían tampoco ser usados para distinguir a una persona de otra, los shonks consideraban los rostros como sus partes pudendas. Los shonks reservaban la gloria de esas partes solamente para los respectivos cónyuges. Muchos hombres y mujeres habían perdido para siempre su reputación por haber mostrado accidentalmente la cara.

—¿Qué condena me han dado? —preguntó Simón apenas hubo aprendido el idioma.

—Perpetua —dijo el guardia.

—¿Cuánto es eso?

El guardia puso cara extraña, pero contestó:

—Hasta que se muera. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Yo confiaba en que la longitud de la vida pudiera ser legalmente definida —reflexionó Simón.

Por lo menos tenía un espléndido paisaje a través de los barrotes de hierro. Había un gran lago con peces voladores que brillaban con fosforescencia en la noche, y más allá había montañas cubiertas de árboles con flores multicolores y aún más allá la inevitable torre en forma de corazón de Clerun-Gowph. A los cuatro años el escenario palideció, sin embargo.

Simón decidió que debía esperar sentado. Algún día, los elementos debilitarían los ladrillos y el cemento en que se sujetaban los barrotes metálicos. Apartaría esas rejas y daría una carrera veloz hasta la nave. Lo bueno de ser inmortal es que uno adquiere un montón de paciencia.

Al final del quinto año, una nave espacial bajó en el lago. Simón debió alegrarse, porque existía la probabilidad de que los viajeros lo rescataran. Pero no se alegró. Esa nave emitía el peculiar brillo anaranjado que caracterizaba a las de los hoonhors.

—¡Oh, oh! —exclamó Simón—. ¡Finalmente me atraparon!

Poco después, los hoonhors salieron. Tenían casi tres metros de alto, con la piel verde y forma de cae, tus. También tenían espinas en todo el cuerpo, largas y afiladas como espinas de cactus. Era por esto que todos consideraban a los hoonhors como una especie muy particular, aunque la verdad era al revés.

Aparte de su apariencia estética, eran más astutos que Simón. Habían examinado la situación, decidieron que lo sabio era hacer en Shonk lo que los shonks hacían, y cubrieron con máscaras sus partes superiores. Lo que los shonks ignoraban era que el rostro de los hoonhors estaba en la parte inferior del cuerpo. Las salientes que los shonks creían narices eran realmente los genitales, y viceversa.

Al día siguiente los hoonhors, tras haber conferenciado con los shonks, aparecieron en la puerta de Simón. Los funcionarios shonks relucían con sus cuentas de vidrio, que los hoonhors parecían haberles entregado como rescate de Simón. Los funcionarios olían además a whisky barato. Simón fue escoltado hasta la nave y llevado frente al despacho del capitán.

—Por lo menos no podrán decir que no les di a ustedes, hijos de perra, algo a cambio de su dinero —dijo Simón. Estaba dispuesto a morir como un terrestre, por lo menos en teoría. Con dignidad y con actitud desafiante.

—¿De qué me está hablado? —preguntó el capitán.

—Finalmente me atraparon.

—No sé cómo podríamos haber hecho eso. Ni siquiera lo perseguíamos. Simón quedó atónito. No sabía qué contestar.

—Siéntese —ordenó el capitán—. Sírvase un trago y un cigarro.

—Prefiero estar de pie —replicó Simón, aunque no explicó por qué.

—Fuimos felices cuando encontramos a un terrestre en esta parada olvidada por Dios —dijo el capitán—. Creíamos que los terrestres eran ya una especie extinguida.

—Ustedes deberían saberlo.

El capitán se puso verde oscuro. Debe de estar ruborizándose, pensó Simón.

—Los hoonhors siempre hemos sentido culpa y vergüenza por lo que hicimos a los terrestres —explicó—. Aunque ahora la Tierra es un hermoso planeta limpio, y no lo sería si no fuera por lo que le hicimos. Sin embargo, ésa fue culpa de mi antecesor, y no podemos ser responsabilizados por lo que ellos hicieron. Pero hemos formulado una sincera petición de disculpas. Y nos gustaría saber qué podemos hacer por usted ahora. Le debemos mucho.

—Es un poco tarde para recompensas —replicó Simón—. Pero quizá puedan hacer algo por mi. Si pueden informarme dónde viven los Clerun-Gowph. olvidaremos cuentas viejas.

—No es ningún secreto, por lo menos para nosotros —contestó el capitán—. Si usted no nos hubiera tenido tanto miedo, se habría ahorrado tres mil años de búsqueda.

—El tiempo pasa rápido —continuó Simón—. OK. ¿Dónde está?

El capitán tomó un mapa celestial y marcó el objetivo con una X.

—Ponga esto en la computadora, y lo llevará directamente allí.

—Gracias —dijo Simón—. ¿Han estado ustedes allí?

—No hemos estado y no estaremos —manifestó el capitán—. Está fuera de los límites, es tabú, está prohibido. Hace muchos milenios una nave nuestra desembarcó allí. No sé bien lo que ocurrió, porque la información es reservada. Pero después de que la nave rindió su informe, las autoridades ordenaron que todas las otras naves se mantuvieran apartadas de ese sector del espacio. He escuchado algunos curiosos rumores sobre lo que hallaron los exploradores, pero, ciertos o no, son suficientes para convencerme de que suprima mi curiosidad.

—¿Muy malos? —preguntó Simón.

—Muy malos.

—Quizá lo horrible sea que los Clerun-Gowphs tengan la respuesta a la Pregunta Especial.

—Dejaré que usted lo averigüe —concluyó el capitán.

EL FINAL DEL RECORRIDO

«No importa lo que sea, pero alguien encontrará la manera de sacarle beneficio.»

Esa era una cita de una de las novelas de Somers, *El Mar de los Sargazos del Espacio*. Allí, la nave sin combustible de John Clayter es chupada dentro de un torbellino del espacio, una extraña deformación de espacio-tiempo cerca del borde del universo. Todo lo que flota suelto en el cosmos es arrastrado eventualmente hasta esa zona. Clayter no se sorprende de encontrar allí naves espaciales averiadas, basura y cometas cansados, en un torbellino incesante. Pero se asombra cuando descubre que las ideas terminan también allí. Las ideas son radiaciones electromagnéticas y así, igual que la gravedad, siguen y siguen, expandiéndose por el mundo. El Mar de los Sargazos tiene la peculiar propiedad de la amplificación, y así John Clayter casi se vuelve loco al ser bombardeado por las ideas. La trivialidad de la mayoría de ellas lo empuja hasta intenciones suicidas, y como éstas a su vez son amplificadas y rebotan, igual que en una cámara de ecos, él tiene que escaparse rápido o morir.

Queda salvado cuando se cruza con una nave espacial de los kripgacers. Esta especie se dedica al negocio de salvar ideas, pulirlas un poco y después venderlas. Su gran cliente comprador es la Tierra.

Simón recordaba esa historia cuando aterrizó en su penúltimo planeta. En éste los nativos estaban aún en la Edad de Piedra. Eran esclavizados y explotados por otra especie procedente de una galaxia distante, los felckorleers. Estos acorralaban a los aborígenes, similares a canguros, y los retenían en iglús de hierro. Las paredes de los iglús estaban recubiertas de materia orgánica, en su mayor parte paja, más el pelo que los felckorleers habían afeitado a sus esclavos. Después que los aborígenes habían quedado sentados en los iglús durante una semana, eran empujados de allí hasta una

nave espacial. A esa altura los pobres nativos irradiaban un aura azul, y sus captores evitaban tocarlos. Los manejaban desde lejos, con varas de tres metros de largo.

Simón vio cómo zarpaban con rumbo desconocido tres naves cargadas con los nativos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó a un felckorleer.

—Un poco de dinero —contestó la cosa. Explicó que las burbujas azules contenían energía sexual. Como las burbujas eran tan gruesas, no adelgazadas aún por la distancia desde su punto de origen, había en ellas un voltaje sexual terrible. Podían atravesar el metal, pero los objetos orgánicos las detenían. De ahí los iglús destinados a concentrar la energía de las burbujas. Los aborígenes encerrados en ellos absorbían el voltaje.

—Después los transportamos al otro lado del universo —explicó orgullosamente el felckorleer—. Las especies de allí tienen poco empuje sexual, debido a que consiguen el último suspiro de las burbujas. Así que les proveemos con un servicio muy necesario. Les vendemos estos salvajes que hemos empapado con la sustancia azul y ellos los abrazan. La sustancia azul es como la electricidad: se transfiere hacia potenciales menores. Y nuestros clientes, que tienen potenciales menores, reciben una gran cantidad de sexo. Por un tiempo, por lo menos.

—¿Y qué ocurre con los aborígenes?

—Mueren. La sustancia azul parece ser la sustancia misma de la vida. Cuando son atrapados por un cliente, pierden hasta el último vestigio de energía. Lástima. Si sobrevivieran, podríamos traerlos aquí y recargarlos. Pero no se nos terminará la provisión. Se reproducen como locos, ya se dará cuenta.

—¿No le remuerde nunca la conciencia? —preguntó Simón.

El felckorleer pareció sorprendido.

—¿Por qué? ¿Para qué sirven aquí los nativos? No hacen nada. Como puede ver, no están civilizados.

Si Simón hubiera sido John Clayter, habría rescatado a los aborígenes y habría entregado a los felckorleers a la Policía Inter-Galáctica. Pero nada había que él pudiera hacer. Y si protestaba, se encontraría quizá dentro de un

iglu.

Dejó el planeta con el ánimo triste. Pero él, básicamente, es decir, genéticamente, era un optimista. Al segundo día se sintió feliz. Quizá el cambio derivó de su ansiedad por llegar a los Clerun-Gowph. Ordenó a la nave el máximo de velocidad, aunque el grito del empuje 69 X era casi insoportable. Al cuarto día vio la estrella allá lejos, temblequeando, oscilando detrás de las burbujas azules. Tres minutos más tarde ya aminoraba la marcha y el griterío cesó cuando se aplicaron los frenos necesarios. Arrastrándose a ochenta mil kilómetros por hora, se aproximó al planeta mientras su corazón batía una mezcla de temor y de exaltación.

El mundo de Clerun-Gowph era enorme. Tenía la forma de una pesa de gimnasia y consistía en realidad en dos planetas conectados por una barra. Cada uno era del tamaño de Júpiter. Esto preocupó a Simón, porque la gravedad sería tan grande que lo achataría como si fuera sopa volcada en un platillo de café. Pero la computadora le aseguró que la gravedad no era mayor que la terrestre. Esto suponía que ambos planetas y la barra eran huecos. Después resultó cierto. Los Clerun-Gowph habían vaciado el centro de hierro de su planeta nativo y habían construido otro planeta con el metal. El agregado albergaba la mayor computadora del mundo. También contenía las fábricas de burbujas azules, que fluían por millones de aberturas.

Los dos planetas giraban sobre su eje longitudinal y además sobre un común centro de gravedad, localizado en la barra intermedia. Una atmósfera cuya forma era también la de pesas de gimnasia, cubría ambos planetas, y sobre ella había una espesa manta de la sustancia azul.

Simón condujo al *Hwang Ho* para descender en el planeta original, ya que era el único que tenía tierra y agua. A la velocidad mínima descendió a través del azul y después del aire. Simón tuvo una enorme erección y dolor en los testículos cuando bajó a través de la zona azul, pero estos síntomas desaparecieron cuando pasó el límite. La nave enfiló hacia la ciudad mayor, y tras unos pocos minutos estuvo tan baja que Simón podía ver a los nativos. Parecían cucarachas gigantes.

Cerca del edificio mayor, en la ciudad, había un gran prado. Estaba rodeado por miles de seres de Clerun-Gowph, y en un borde había una

orquestra que tocaba extraños instrumentos. Simón se preguntó a quién estarían homenajeando, y no fue hasta llegar a unos seis metros de la superficie que repentinamente se dio cuenta. Se habían reunido para recibirlo a él.

Esto lo asustó. ¿Cómo supieron que venía? Debían ser muy sabios y perspicaces para haber anticipado su visita.

Un momento después quedó aún más asustado. El empuje 69 X, que no había hecho ningún ruido en la baja velocidad, gritó. Simón, el perro y la lechuga saltaron en el aire. El grito creció hasta un nivel ensordecedor y luego abruptamente cesó. Al mismo tiempo, la nave cayó.

Simón se despertó un momento después. Su pierna izquierda y su banjo estaban rotos. «Anubis» le lamía la cara; «Atenea» volaba dando chillidos en derredor; la escotilla estaba abierta; hacia adentro miraba un rostro horrible, con ojos de muchas facetas, mandíbulas y antenas. Simón trató de sentarse para recibir a la cosa, pero el dolor le provocó un nuevo desmayo.

Cuando se despertó por segunda vez, estaba en una cama gigante dentro de un edificio que era obviamente un hospital. Esta vez no sentía dolor. De hecho, pudo levantarse y caminar como siempre. Esto le asombró, así que preguntó a una asistente cómo le habían arreglado la pierna. Quedó nuevamente asombrado cuando la cucarachoide contestó en inglés:

—He inyectado un adhesivo de secado rápido en la rotura —dijo la cosa—. ¿Qué tiene de particular?

—Bien, entonces —insistió Simón—, ¿cómo es que habla inglés? ¿Ha estado aquí algún otro terrestre?

—Algunos de nosotros aprendimos inglés cuando supimos que usted venía.

—¿Cómo lo averiguaron?

—La información estaba en las cintas de la computadora —dijo la cosa—. Ha estado allí durante millones de años, pero no lo supimos hasta que Bingo nos lo dijo hace pocos días.

Bingo, parecía, era el jefe de Clerun-Gowph. Había alcanzado esa posición por derecho de antigüedad.

—Después de todo —continuó la asistente con aire casual— él es tan

viejo como el universo. De paso, permítame que me presente. Mi nombre es Gviirl.

—Lamento que la recepción se haya frustrado por el accidente —dijo Simón.

—No fue un accidente —declaró Gviirl—. Por lo menos, no desde nuestro punto de vista.

—¿Quiere decir que sabían que yo habría de desplomarme con la nave? —preguntó Simón, con los ojos muy abiertos.

—Oh, sí.

—¿Y entonces por qué no hicieron algo para impedirlo?

—Bien —comenzó Gviirl—, no sabíamos con precisión cuándo se interrumpirían los mandos. Bingo lo sabía, pero no quería decirlo. Dijo que le quitaría toda la gracia. Así que apostamos un montón de dinero a propósito de su descenso. Yo hice una apuesta, cuatro a uno, afirmando que caería desde unos seis metros. Realmente me fue bien.

—¡Hijos de perra! —exclamó Simón—. Oh, no lo digo por usted —aclaró—. Es sólo una exclamación de la Tierra. ¿Pero cómo es posible que ustedes, la especie más avanzada del universo, accedan a un entrenamiento tan primitivo como el juego?

—Ayuda a pasar el tiempo —explicó Gviirl.

Simón quedó silencioso por un rato. Gviirl le alcanzó un vaso con un líquido dorado y espumoso. Simón lo bebió y se pronunció:

—Es la mejor cerveza que he tomado.

—Desde luego —dijo Gviirl.

Simón se dio cuenta entonces de que «Anubis» y «Atenea» se habían refugiado debajo de la cama. No los culpó, aunque a esa altura debían haberse acostumbrado a ver criaturas de apariencia monstruosa. Gviirl era tan grande como un elefante africano. Tenía cuatro patas tan gruesas como las de un elefante para soportar su enorme peso. Los brazos, que terminaban en manos de seis dedos, debieron de haber sido piernas en algún momento previo de su evolución. La cabeza era grande y de frente alta, y contenía, según se dijo, un cerebro el doble que el de Simón. Era demasiado pesada para volar, desde luego, pero tenía vestigios de alas. Estas eran de un

hermoso color lavanda, con bordes escarlata. El cuerpo estaba contenido en una suerte de esqueleto externo, una concha dura, rayada como si fuera una cebra. Esa caja tenía una abertura delantera para dar espacio a la expansión de los pulmones. Simón le preguntó por qué podía hablar un inglés tan excelente. Ella no tenía una cavidad oral como la de un ser humano, así que su pronunciación tendría que ser rara, por lo menos.

—El viejo Bingo me colocó un aparato que convierte mi pronunciación en sonidos ingleses —explicó ella—. ¿Alguna otra pregunta?

—Sí. ¿Por qué fallaron los mandos de mi nave?

—¿Ese grito que escuchó? —dijo—. Esa fue la última de las estrellas, expirando en su agonía.

—¿Qué me quiere decir? —preguntó Simón, estupefacto.

—Sí. Apenas si llegó a tiempo. Los soles de los universos transdimensionales han estado agotando sus energías. Ya no hay más energía para un vuelo de 69 X.

—¡Estoy retenido aquí!

—Eso me temo. No habrá más viajes interestelares para usted ni, ya que estamos, para ningún otro.

—No me importaría si pudiera conseguir la respuesta a mi pregunta —dijo Simón.

—No transpire —aconsejó Gviirl—. Hablando de lo cual, le sugiero tomar tres duchas diarias. Ustedes los humanos no huelen muy bien, ¿sabe?

Gviirl no quería ser desagradable. Sólo estaba afirmando un hecho. Estaba condescendiendo, pero en una turba amable. Después de todo, tenía un millón de años de edad y no podía esperarse que tratara a Simón de otra manera que como una criatura un poco retardada. Simón no se molestaba por esa actitud, pero se alegró de tener cerca a «Anubis» y a «Atenea». No sólo le impedían sentirse muy solo, sino que le daban pretexto para poder mirar hacia abajo a alguien.

Gviirl llevó a Simón de excursión. Visitó los museos, la biblioteca, las instalaciones de agua potable y almorzó con algunos dignatarios menores.

—¿Qué le pareció? —preguntó después Gviirl.

—Muy impresionante —contestó.

—Mañana —anunció— se reunirá usted con Bingo. Se está muriendo, pero te ha concedido una audiencia.

—¿Cree usted que tendrá la respuesta a mi pregunta? —inquirió Simón casi sin aliento.

—Si alguien puede contestarle, será él. Es la única criatura sobreviviente entre las criadas por Ello, como sabe.

Los habitantes de Clerun-Gowph llamaban «Ello» al Creador, porque no tenía sexo, desde luego.

—¿Él caminaba y conversaba con Ello? —preguntó Simón—. ¡Entonces es a él a quien busco!

A la mañana siguiente, después del desayuno y de una ducha, Simón siguió a Gviirl a través de las calles hasta la Gran Casa. «Anubis» y «Atenea» se negaron a salir de debajo de la cama, pese a toda su insistencia. Supuso que ellos, siendo psíquicos, sentían la presencia de lo esencial. Debía suponerse que algo de ello debía haberse contagiado a Bingo durante su larga asociación con el Creador. Simón no culpó a los animales por sentirse atemorizados. Él también tenía su susto.

La Gran Casa estaba encima de una colina. Era el edificio más viejo del universo y lo parecía.

—Ello vivía allí mientras echaba a andar a Clerun-Gowph —explicó Gviirl.

—¿Y dónde está Ello ahora? —inquirió Simón.

—Salió un día a almorzar y nunca volvió. Tendrá que preguntarle por qué al viejo Bingo.

Lo condujo escalones arriba y a través de un vasto porche a vestíbulos que se prolongaban por kilómetros y tenían techos a ochocientos metros de altura. Sin embargo, Bingo estaba en un pequeño y cómodo cuarto, con alfombras gruesas y un hogar llameante. Estaba tirado sobre un grueso de alfombras, con pilas de almohadones gigantescos. A su lado había un surtidor de cerveza y una gran fotografía encuadrada.

Bingo era un venerable y anciano cucarachoide que parecía estar dormido. Simón aprovechó para mirar la fotografía. Era un retrato de una nube azul.

—¿Qué significa lo que está escrito debajo? —preguntó a Gviirl.

—«A Bingo, con mis mejores deseos, de Ello.»

Gviirl tosió fuerte varias veces, y poco después los ojos de Bingo se abrieron.

—El terrestre, Vuestra Ancianidad —dijo Gviirl.

—Ah, si, la criatura de allá lejos con algunas preguntas —reaccionó Bingo—. Bien, hijo, siéntate. Ponte cómodo. Sírvete una cerveza.

—Gracias, Su Ancianidad —contestó Simón—. Tomaré una cerveza, pero me quedaré de pie.

Bingo lanzó una risa que degeneró en un ataque de tos. Cuando se recuperó, bebió algo de cerveza. Después dijo:

—Te ha llevado tres mil años llegar aquí para poder hacer algunos minutos de negocios. Admiro eso, pequeño tuerto. De hecho, eso es lo que me ha mantenido vivo. He estado estirándome para llegar a esta entrevista.

—Eso es muy gratificante, Vuestra Ancianidad —agradeció Simón—. Primero, sin embargo, y antes de plantear la Pregunta Esencial, quisiera aclarar algo secundario. Gviirl me dice que Ello creó el Clerun-Gowph. Pero toda la vida en el resto del universo fue creada por ustedes.

—Gviirl es muy joven y por eso tiende a utilizar un lenguaje impreciso —observó Bingo—. No debía haber dicho que nosotros *creamos* la vida. Debió decir que éramos *responsables* de la vida existente en otros sitios.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Simón.

—Buena, pues hace muchos miles de millones de años comenzamos a hacer un examen científico de todos los planetas del mundo. Primero enviamos expediciones de exploración. No encontraron signos de vida en ningún lado. Pero estábamos interesados en la geoquímica y todo eso, ya sabes. Así que enviamos expediciones científicas. Estas construyeron bases, cuyas torres habrás encontrado. Los equipos se quedaron en esos planetas un tiempo largo, por lo menos desde vuestro efímero punto de vista. Tiraron la basura y sus excrementos en los mares primitivos, cerca de las torres. Eso contenía microbios y virus que florecieron en los mares. Estos evolucionaron hasta formar criaturas mayores, y así los hombres de ciencia se quedaron a observar su desarrollo.

Hizo una pausa y se bebió otra cerveza.

—La vida en esos planetas fue un accidente.

Simón quedó impresionado. Él pasaba a ser el final de un proceso que había comenzado con excrementos de cucarachas.

—Es una forma tan buena de empezar como cualquier otra —comentó Bingo, como si hubiera leído los pensamientos de Simón.

Después de un largo silencio, Simón preguntó:

—¿Por qué no hay torres en los planetas de mi galaxia?

—La vida allí no parecía muy prometedora —respondió Bingo.

Simón se sonrojó. Gviirl lanzó una risita ahogada. Bingo comenzó a dar grandes risotadas y a pegarse en las caderas frontales. La risa se convirtió en un jadeo y en un ahogo, hasta que Gviirl tuvo que palmearle la espalda y volcar un poco de cerveza en su garganta.

Bingo enjugó sus lágrimas y agregó:

—Sólo estaba bromeando, hijo. La verdad fue que nos llamaron de vuelta antes de que pudiéramos construir allí otras bases. La razón fue ésta. Habíamos construido la computadora gigante y ya habíamos alimentado con toda la información necesaria. Llevó un par de miles de millones de años hacer eso y esperar que la computadora digiriera toda la información. Entonces comenzó a lanzar las respuestas. No había ningún motivo para que continuáramos explorando después de eso. Todo lo que teníamos que hacer era preguntarle a la computadora, y ésta nos diría lo que habríamos de encontrar, antes de estudiar un sitio. Así que todos los de Clerun-Gowph hicieron las matas y se volvieron a casa.

—No entiendo —dijo Simón.

—Bien, es así, hijo. Yo he sabido durante tres mil millones de años que un bípedo de aspecto repulsivo, pero patético, que tocaba el banjo y se llamaba Simón Wagstaff, aparecería ante mí a las 10.32 a.m., el 1.º de abril de 8.120.006.000, cronología de la Tierra, D. C., o sea, Después de la Creación. El bípedo habría de formularme algunas preguntas y yo le daría las respuestas.

—¿Cómo podía ser eso? —preguntó Simón.

—No es tan difícil. Una vez que el universo queda armado en una

estructura particular, todo se desarrolla desde allí en forma predecible. Es como largar una bola de *bowling* por el canal de retorno.

—Creo que me voy a sentar —dijo Simón—. Pero necesitaré un almohadón, sin embargo. Gracias, Gviirl. Pero, Vuestra Ancianidad, ¿qué pasa con el azar?

—No hay tal cosa. Lo que parece azar es solamente ignorancia por parte del interesado. Si supiera bastante, sabría también que las cosas no podían haber ocurrido de otra manera.

—Pero todavía no entiendo —protestó Simón.

—Eres un poco lento con el gatillo mental, hijo —continuó Bingo—. Vamos, tómate otra cerveza. Estás pálido. Te dije que, hasta que la computadora comenzó a funcionar, procedíamos como lo hubiera hecho cualquiera. Ciegos de ignorancia. Pero una vez que comenzaron a llegar las predicciones, supimos no sólo todo lo que había ocurrido, sino lo que habría de ocurrir. Podría decirte el momento exacto en que voy a morir. Pero no lo haré, porque no lo sé yo mismo. Prefiero seguir ignorante. No tiene gracia saberlo todo. El viejo Ello lo descubrió por sí mismo.

—¿Puedo tomarme otra cerveza? —preguntó Simón.

—Seguro. Tienes derecho. Bebe.

—¿Y qué hay de Ello? ¿De dónde vino Ello?

—Esa es una información que no está en la computadora —contestó Bingo. Quedó silencioso por un rato, sus párpados descendieron y comenzó a roncar. Gviirl tosió fuerte por un minuto y los párpados se abrieron. Simón se quedó mirando esos ojos enormes de venas rojas.

—¿Dónde estaba? Ah, sí. Ello pudo decirme de dónde vino y qué estaba haciendo antes de crear el universo. Pero de eso ya hace mucho tiempo, y ahora no me acuerdo. Es decir, si es que Ello me lo dijo alguna vez. De cualquier manera, ¿cuál es la diferencia? Saber eso no afectará lo que habrá de ocurrirme, y ésa es la única cosa que realmente me preocupa.

—Maldición, pues —exclamó Simón, sacudido por la desilusión y la indignación—. ¿Qué habrá de ocurrirle?

—Oh, me moriré, y mi cuerpo embalsamado será puesto en exhibición durante algunos millones de años. Y después habrá de desmenuzarse. Eso

será todo. Finis para Su Seguro Servidor. No existe tal cosa como una sobrevida. Eso lo sé. Es algo que recuerdo que Ello me dijo.

Hizo una pausa y agregó:

—Creo que fue así.

—Pero entonces, ¿para qué nos creó Ello? —protestó Simón.

—Mira el universo. Obviamente, está hecho por un hombre de ciencia; de otro modo no sería tema de análisis científicos. Nuestro universo, y todos los otros que Ello ha creado, son experimentos científicos. Ello es todopoderoso. Pero, para hacer las cosas un poco más interesantes, Ello, siendo todopoderoso, oscureció partes de su propia mente. Así, Ello no sabría qué era lo que iba a ocurrir.

»Esa es —continuó— la razón, según creo, de que Ello no volviera de almorzar. Borró la memoria de su creación, y ni siquiera supo que debía volver para una importante reunión conmigo. He escuchado informes de que se ha visto a Ello por la ciudad, actuando en forma confusa. Solamente Ello sabe dónde está Ello ahora, y quizá tampoco Ello lo sepa. Quizá. De cualquier manera, cualquiera que sea el universo donde Ello esté, cuando ese universo se funda en una gran bola de energía feroz, Ello estará cerca para ver cómo funcionan las cosas.

Simón se levantó de la silla y gritó:

—¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso Ello no sabía la agonía y el dolor que causaría el sufrimiento de billones y billones de seres vivientes? ¿Y todo para nada?

—Sí —dijo Bingo.

—¿Pero por qué? —gritó Simón Wagstaff—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

El viejo Bingo tomó un vaso de cerveza, lanzó un eructo y después habló:

—¿Por qué no?

QUEMADURA DE PIEL

Philip J. Farmer

—¿Le pica la piel cada vez que sale al exterior? —preguntó el doctor Mills—. ¿Y cuando se sitúa bajo el tragaluz de su apartamento? ¿Pero sólo de vez en cuando si se pone frente a una ventana, incluso si le da el sol directamente?

—Así es —dijo Kent Lane—. No importa que sea de día o de noche, que el cielo esté nublado o despejado, que el tragaluz esté abierto o cerrado. La picazón es más fuerte en las partes desnudas de mi cuerpo, en la cara, las manos o lo que sea; pero se extiende desde esas partes a todo mi cuerpo, aunque es más débil bajo las ropas. Y a veces me produce una vaga sensación erótica.

El dermatólogo caminó en su derredor. Cuando completó el círculo, preguntó:

—¿No se le tuesta la piel?

—No. Sólo se despelleja y se forman ampollas. Habitualmente evito quemarme, permaneciendo fuera del sol todo lo posible. Pero eso ya no me sirve de mucho, como usted puede ver. Estoy como si me hubiera quedado en la playa todo el día. Eso me hace bastante notorio, ya se dará cuenta. En mi trabajo, uno no puede permitirse ser notorio.

El doctor dijo:

—Ya sé.

Quiso decir que estaba al tanto de que Lane era un detective privado. Lo que él no sabía era que Lane estaba trabajando en un asunto para una dependencia del gobierno federal. La CACO, o Coordinating Authority for Cathedric Organizations (Autoridad Coordinadora de Organizaciones Catédricas) necesitaba personal competente. Había contratado, después de

adecuadas verificaciones de Seguridad, a cierta cantidad de agentes civiles. Desde luego, CACO sólo podía contratar a los mejores, y Lane estaba entre ellos.

Lane vaciló y luego dijo:

—Sigo recibiendo esas llamadas telefónicas.

El doctor no contestó. Lane agregó:

—No hay nadie al otro extremo de la línea. Él, o ella, corta la comunicación apenas yo levanto el auricular.

—¿Cree usted que las quemaduras de la piel y las llamadas telefónicas tienen alguna relación entre sí?

—No lo sé. Pero estoy poniendo todos los fenómenos raros en una misma caja. Las llamadas comenzaron después de que tuve una conversación final con cierta dama que me estaba persiguiendo y que no quería dejarme. Está graduada en bioelectrónica y es un personaje importante en la industria astronáutica. Es brillante, encantadora y chispeante, cuando quiere serlo, pero poco atractiva de cara, muy lisa de cuerpo y muy desagradable cuando se siente frustrada. Así que...

Comprendió que estaba hablando demasiado sobre alguien que trabajaba en un terreno supersecreto. Y por otra parte, ¿qué le podía importar a Mills la triste historia de la doctora Sue Brackwell y de su amor no correspondido por Kent Lane, detective privado? Había quedado prendada en él por alguna oscura razón psicológica y, en sus momentos más racionales, había admitido que ellos no funcionarían como marido y mujer, o siquiera como amantes, durante más de un mes, si es que llegaban a tanto. Pero, fuera del laboratorio, ella no siempre era racional, y se negaba a aceptar una negativa de su propio buen sentido ni de Kent. No la aceptó hasta que él se mostró muy firme, por teléfono, dos años atrás.

Hacía tres semanas, le volvió a llamar. Pero no dijo nada que pudiera molestarlo. Después de cinco minutos de conversación liviana sobre esto y aquello, incluyendo informes sobre la salud de ambos, le había dicho adiós, haciéndolo sonar como definitivo, y había cortado la comunicación. Quizá había querido descubrir por sí misma si la voz de Kent la conmovía todavía. ¿Quién podía saberlo?

Lane se dio cuenta de que el médico estaba esperando que él terminara su frase. Dijo:

—La cosa es que estas llamadas comenzaron cuando yo estaba debajo de un tragaluz y haciendo el amor. Así que moví la cama hacia un rincón, donde nadie pudiera verla desde los pisos superiores del edificio Parmenter, que está al lado. Después de eso, el teléfono empezaba a sonar cada vez que yo hacía entrar a una mujer en mi departamento, así fuera para tomar una taza de café. Comenzaba antes de que yo abriera la puerta, y después sonaba con tres minutos de intervalo. Cambié dos veces el número del teléfono, pero no sirvió de nada. Y si era yo el que iba al departamento de una mujer, era el teléfono de ella el que comenzaba a sonar.

—¿Cree usted que esa mujer de ciencia está haciendo las llamadas?

—¡Nunca! No es su estilo. Debe de ser una coincidencia que las llamadas hayan comenzado en seguida de nuestra conversación final.

—¿Sus mujeres también oyen el teléfono?

Lane sonrió.

—¿Alucinaciones auditivas? No. Ellas también oyen el teléfono. Una de ellas resolvió el problema arrancando el aparato. Pero yo resolví el mío poniendo un interruptor telefónico y desconectando el teléfono cada vez que me propongo alguna otra clase de conexión.

—Todo eso es muy interesante, pero no llego a ver qué vinculación tiene con su problema de piel.

—Aparte de las llamadas telefónicas —dijo Lane—, ¿podría ser que la picazón y las ampollas y las suaves sensaciones eróticas fueran psicósomáticas?

—No estoy calificado para pronunciarme sobre eso —dijo Mills—. Puedo darle, sin embargo, el nombre de un médico cuya especialidad es recomendar a varios especialistas.

Lane miró su reloj de pulsera. Rhoda ya debía de haber terminado con su peluquero. Dijo:

—De momento, estoy convencido de que necesito a un dermatólogo, no a un psicólogo. Me dijeron que usted es el mejor médico de piel en Washington y quizá el mejor de la costa atlántica.

—El mejor del mundo, en realidad —dijo el doctor Mills—. Lo lamento, pero no puedo hacer nada por usted en este momento. Confío que me tenga informado sobre cómo evoluciona. Nunca he tenido un caso tan desconcertante y por tanto tan interesante.

Lane utilizó el teléfono del vestíbulo principal para llamar a la peluquería. Le dijeron que Rhoda acababa de salir, pero que la encontraría frente al edificio del médico.

Salió del edificio justo para ver cómo Rhoda, conduciendo su «MG», doblaba la esquina a pesar de la luz roja y se ponía en el recorrido de una camioneta. Expulsada del coche por el impacto (era descuidada sobre el cinturón de seguridad), Rhoda cayó frente a un «Cadillac». A pesar del frenazo, le pasó sobre el estómago.

Lane había visto muchas cosas como asesor en Vietnam y como integrante de los departamentos de policía en San Francisco y en Brooklyn. Pensaba que era resistente, pero las muertes violentas y sangrientas de Leona y de Rhoda, en cuatro meses, ya eran demasiado. Se quedó quieto, notando sólo que la picazón se hacía más cálida y se extendía por su cuerpo. No había reacción erótica o, si la había, era demasiado débil para sentirla. Se quedó allí hasta que un agente de policía consiguió al médico más cercano, que resultó ser Mills, para que le examinara. Mills dio a Lane un sedante suave, y el agente de policía lo envió a casa en un taxi. Pero una hora más tarde Lane estaba en la Morgue, identificó a Rhoda y después fue a la sección policial a contestar algunas preguntas.

Volvió a casa preparado a embriagarse hasta dormir, pero se encontró allí a dos agentes de CACO, llamados Daniels y Lyons, que lo estaban esperando. Parecía que se hubieran enterado de la muerte de Rhoda al mismo tiempo que él, y así supo que lo estaban vigilando a él o a Rhoda. Contestó algunas de sus preguntas y les dijo que la idea de que Leona o Rhoda pudieran ser espías no valía la pena de ser considerada por un solo segundo. Por otra parte, si hubieran estado trabajando para SKIZO o para alguna otra agrupación, ¿por qué SKIZO, o quien fuera, mataría a sus propios agentes?

—¿O es que las mató CACO? —preguntó Lane.

Ambos lo miraron como si fuera indeciblemente estúpido.

—Muy bien —dijo Lane—. Pero no hay absolutamente ninguna prueba de que hayan muerto por otro motivo que no sea un puro accidente. Yo sé que es toda una coincidencia, pero...

Daniels dijo:

—CACO las tenía bajo la vigilancia, desde luego. Pero CACO no vio nada significativo en la conducta de ambas mujeres. Sin embargo, eso mismo es sospechoso, como sabes. La prueba negativa requiere una investigación positiva.

—Ese precepto exige investigar al mundo entero —dijo Lane.

—Sin embargo —dijo Lyons—, SKIZO debe de haberte marcado ya. Tendrían que haber sido ciegos para no hacerlo. ¿Por qué diablos te apartas de las lámparas de luz solar?

—Es un problema de piel —dijo Lane—. Como debéis de saber, ya que indudablemente habéis puesto micrófonos en el consultorio del doctor Mills.

—Sí, ya sabemos —dijo Daniels—. Francamente, Lane, tenemos que considerar dos duras alternativas. O te estás volviendo loco, o SKIZO te está siguiendo. En cualquier caso...

—Estás pensando con sólo dos factores —dijo Lane—. ¿No has considerado que un tercer elemento, que no tenga ninguna conexión con SKIZO, pueda haber entrado en el cuadro?

Daniels restregó sus enormes nudillos.

—¿Como quién?

—¿Cómo puedo saberlo? Pero debes admitir que no sólo es posible, sino altamente probable.

Daniels se levantó. Lyons lo siguió. Daniels dijo:

—No tenemos nada que admitir. Ven con nosotros, Lane.

Si CACO pensaba que él estaba mintiendo, CACO se ocuparía de que nadie lo viera de nuevo. CACO se equivocaba, desde luego, pero CACO, igual que los médicos, escondía sus errores.

Al dejar el edificio, Lane sintió inmediatamente la picazón en el rostro y las manos; en unos pocos segundos, sintió que se le extendía el calor. Se olvidó de eso cuando Daniels lo empujó hacia el asiento trasero del automóvil de CACO. Se volvió.

—¡Quita tus sucias manos, Daniels! Si me empujas, me voy caminando. Tendrías que dispararme un balazo para detenerme, y no querrás hacer eso a la luz del día, ¿verdad?

—Inténtalo y lo sabrás —dijo Daniels—. Ahora te callas y entras o te meteré yo. Sabes muy bien que somos observados. Quizá por eso estás haciendo una escena.

Lane se sentó detrás con Lyons, mientras Daniels se puso al volante. Era una calurosa tarde de junio, y evidentemente CACO no tenía presupuesto para poner aire acondicionado a los automóviles. Estuvieron con las ventanas bajas mientras Lyons y Daniels le hacían preguntas. Lane contestó con veracidad, aunque no completamente, pero no se estaba concentrando en sus respuestas. Notó que cuando dejaba colgar su mano fuera de la ventana, la sentía cálida y ardorosa.

Quince minutos más tarde, las enormes puertas de acero de un garaje subterráneo se cerraron detrás de él. Lo interrogaron en un pequeño cuarto debajo del garaje. Le habían puesto electrodos en la cabeza y en el cuerpo, mientras varias máquinas con enormes lentes expectantes estaban enfocadas en él cuando contestaba una serie de preguntas. Nunca supo qué pensaban los intérpretes de esos gráficos y medidores sobre sus respuestas a las preguntas. Cuando le quitaban los electrodos, apareció Smith, el hombre que había contratado a Lane para CACO. Tenía una expresión peculiar. Llamó a los interrogadores a un lado y les habló en voz baja. Lane llegó a escuchar algo sobre «una llamada telefónica». Un minuto después, le dijeron que se fuera a su casa. Pero tenía que mantenerse en contacto con CACO, o mejor, tenía que mantenerse disponible. Por el momento, quedaba suspendido del servicio.

Lane quería comunicar a Smith que renunciaba a CACO, pero no quería ser «detenido» otra vez. Nadie podía renunciar a CACO; ésta licenciaba a sus empleados cuando le parecía mejor.

Lane se fue a su casa en un taxi y había comenzado a servirse un trago cuando le llamó el portero.

—Agentes federales, señor Lane. Tienen sus credenciales.

Lane suspiró, tragó su whisky y pocos minutos después abrió la puerta. Lyons y otros dos, todos con pistolas automáticas «45», estaban en el *hall*.

Lyons tenía un vendaje en la cabeza y algunos apósitos en una mejilla y en el mentón. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—Estás arrestado, Lane —dijo Lyons.

En la silla del cuarto de interrogatorios, atado otra vez a varias máquinas, Lane contestó a todo, doce veces. Smith en persona condujo las preguntas, quizá para asegurarse de que Lyons no atacara a Lane.

Le llevó a Lane diez horas reconstruir lo que había ocurrido, juntando comentarios ocasionales de Smith y Lyons.

Daniels y Lyons habían seguido a Lane cuando salió del cuartel general de CACO. Detrás de Lane, a una manzana de distancia, Daniels había cruzado con luz roja y quedó frente a un vehículo que venía a ochenta kilómetros por hora. Daniels había muerto. Lyons había escapado con heridas menores en el cuerpo, pero con una herida mayor en la psique. Sin ninguna razón lógica, culpaba a Lane por el accidente.

Después del interrogatorio. Lane fue llevado a un pequeño cuarto acolchado, le sirvieron una cena frugal y lo encerraron. Desnudo, se tiró en el suelo alfombrado y durmió. Tres horas más tarde, fue despertado por dos hombres que le dieron sus ropas y lo llevaron a la oficina de Smith.

—No sé qué debo hacer con usted —dijo Smith—. Aparentemente, no está mintiendo. O quizá ha sido condicionado de alguna manera para dar las respuestas y reacciones apropiadas, o podría decir inapropiadas. Es posible, usted lo sabe, engañar a las máquinas, con todo eso del control consciente de las ondas cerebrales, de la presión sanguínea y demás, que es enseñado por las Universidades y por algunas personas.

—Sí, pero usted sabe que yo no tuve esa preparación —dijo Lane—. Sus investigaciones de seguridad lo demuestran.

Smith gruñó y pareció disgustado.

—Sólo puedo deducir —dijo— de la información que poseo, que usted está involucrado en alguna actividad de contraespionaje.

Lane abrió la boca para protestar, pero Smith continuó.

—Inocentemente, sin embargo. Por alguna razón, usted se ha convertido en objeto de interés, y quizá de preocupación, para alguna agencia extranjera, probablemente comunista, más probablemente SKIZO, que es el peor

enemigo de CACO. O si no, usted es el foco de algunas coincidencias altamente improbables.

Lane no pudo pensar en nada para contestar. Smith siguió:

—Fue liberado la primera vez porque recibí una llamada telefónica de una alta autoridad, una muy alta autoridad, que me dijo que le dejara ir. Por «dijo», quiero decir «ordenó». No dio razones. Esa autoridad no tiene que dar razones. Pero hice un chequeo de rutina, y descubrí que la autoridad era apócrifa. Alguien se había hecho pasar por él. Y las palabras de contraseña y la voz eran exactas. Así que de alguna manera alguien, probablemente SKIZO, ha descubierto nuestro código y puede duplicar voces tan exactamente que ni siquiera una verificación de voz impresa puede notar la diferencia entre el falso y lo genuino. Eso es alarmante, Lane.

Lane asintió, para indicar que coincidía en que era alarmante. Dijo:

—Quienquiera que esté haciendo esto debe tener una buena razón para revelar que sabe tanto. ¿Por qué un agente extranjero puede desperdiciar esa ventaja para liberarme de sus garras..., quiero decir de su custodia? No puedo reportar a nadie, sea o no un agente extranjero, ningún beneficio. Y al revelar que conocen los códigos y que pueden duplicar voces, pierden mucho. Ahora los códigos serán cambiados y las voces serán doblemente verificadas.

Smith tamborileó con sus dedos sobre el escritorio y dijo:

—Sí, ya sabemos. Pero esa extraordinaria sensibilidad dérmica... esos accidentes de automóvil...

—¿Qué informó Lyons sobre su accidente?

—No notó nada raro hasta que Daniels omitió disminuir la marcha al acercarse a la luz roja. Vaciló en decir hada, porque a Daniels no le gustaban los conductores del asiento de atrás, aunque Lyons estaba, de hecho, en el de delante. Finalmente, ya fue incapaz de quedarse mudo, pero era demasiado tarde. Daniels miró al semáforo, dijo: «¿Qué diablos estás diciendo?», y los golpeó el otro coche.

—Aparentemente, Daniels creía que la señal era verde —dijo Lane.

—Posiblemente. Pero yo creo que hay alguna conexión entre las llamadas que usted recibe cuando está con mujeres y la que yo recibí de la supuesta alta autoridad.

—¿Cómo puede haberla? —preguntó Lane—. ¿Por qué esa persona habría de llamarme sólo para impedir que yo haga el amor?

La cara de Smith era tan suave como el rostro en un cuadro, pero sus dedos tamborileaban un tatuaje de desesperación. Se explicaba. Un caso que no podía siquiera hacer surgir una hipótesis, ni menos una teoría, era el colmo de la frustración.

—Le dejaré irse de nuevo, sólo que esta vez estará más cubierto por mis agentes que lo cubierto de nieve que está el Polo Norte en enero —dijo Smith.

Lane no se lo agradeció. Tomó un taxi de vuelta a su departamento, experimentando otra vez la picazón, la calidez y la vaga sensación erótica, tanto al ir hacia el taxi como al salir de él.

En su cuarto, examinó su futuro. Ya no recibiría un sueldo de CACO, pero además CACO no le permitía trabajar para nadie más hasta que el caso estuviese solucionado. De hecho, Smith no quería que dejara su apartamento a menos que fuera absolutamente necesario. Lane debía quedarse allí y forzar al desconocido agente a que viniera hacia él. ¿Y cómo se iba a mantener? Tenía dinero suficiente para pagar el alquiler de otro mes y para pagar sus comidas durante dos semanas. Después estaría en condiciones de recibir ayuda social. Podía desafiar a Smith y conseguir un trabajo de otra clase, como dependiente en un almacén o vendedor de automóviles. Había tenido experiencia en ambos campos. Pero la época era mala y los trabajos de cualquier clase eran escasos.

Lane se enojó. Si CACO le impedía trabajar, debía pagárselo. Telefoneó a Smith y, después de una demora de doce minutos, durante la cual, indudablemente, Smith estaba verificando que la llamada era realmente de Lane. Smith contestó:

—¿Qué debo pagarle por no hacer nada? ¿Cómo puedo justificar eso en mi presupuesto?

—Ese es su problema.

Lane miró hacia arriba, porque había llevado el teléfono hasta debajo del tragaluz y había comenzado a notar una picazón en el cuello. Quienquiera que le estuviese observando en ese momento, debía hacerlo desde el edificio

Parmenter. Llamó de nuevo a Smith y, tras una demora de diez minutos, lo consiguió.

—Quienquiera que me esté enviando un rayo, lo debe de estar haciendo desde alguno de los pisos por encima del décimo. No creo que pueda enfocararlo desde un piso inferior.

—Lo sé —dijo Smith—. He puesto hombres en el edificio Parmenter desde ayer. No paso nada por alto, Lane.

Lane pensó preguntarle por qué pasaba por alto el hecho de que indudablemente ambos eran escuchados en ese momento. No lo hizo porque le asaltó la idea de que Smith quería que su conversación fuera grabada. Estaba dispuesto a aparecer excesivamente confiado para que SKIZO, o lo que fuera, se moviera de nuevo. Lane era el queso en la ratonera. Sin embargo, cualquiera que amenazara a Lane resultaba herido o muerto, y Smith, desde el punto de vista de Lane, le estaba amenazando.

En los cuatro días siguientes, Lane se leyó el volumen IV de la *Historia de la Civilización* del matrimonio Will y Ariel Durant, bebió más de lo que debía, hizo ejercicio y pasó media hora diaria, desnudo, bajo el tragaluz. El resultado fue que la piel se le quemó y despellejó en todo el cuerpo. Pero la excitación sexual que acompañaba al calor dérmico justificaba ese dolor. Si las sensaciones se hacían más fuertes cada día, estaría poniéndose en apuros a sí mismo, y posiblemente a sus observadores, al cabo de una semana.

Se preguntó si los hombres al otro extremo del rayo (o rayos) tendrían alguna idea sobre la sexualidad gratuita que sentía su víctima. Probablemente pensaban que era sólo un hombre duro con ideas duras. Pero él sabía que su reacción era única, un resultado de algo peculiar en su metabolismo o en su pigmento o en lo que fuere. Otros, incluyendo a Smith, habían estado bajo el tragaluz, y ninguno había sentido nada especial.

Los hombres que vigilaban el edificio Parmenter no habían notado nada sospechoso excepto el hecho de que no hubiera nada sospechoso.

Al séptimo día, Lane telefoneó a Smith:

—No puedo aguantar más esta existencia en un submarino. Y tengo que conseguir un trabajo o morirme de hambre. Así que me voy. Si sus tropas de choque tratan de pararme, resistiré. Y usted no puede permitirse el escándalo

que se va a provocar.

En la lucha que siguió, Lane y los dos agentes de CACO se revolcaron en la zona que quedaba bajo el tragaluz. Lane fue derrotado, como sabía que había de serlo, pero sentía que debía oponer alguna resistencia o perder su derecho a considerarse un hombre. Miró hacia el tragaluz mientras le ponían las esposas. No se sorprendió cuando sonó el teléfono, aunque no hubiera podido dar una explicación razonable de por qué lo esperaba.

Un tercer agente, que entraba en ese momento, contestó. Habló durante instantes, luego se volvió y dijo:

—Dice Smith que lo dejemos ir. Y nosotros debemos irnos a casa. Algo le ha hecho cambiar de idea.

Lane fue hacia la puerta después de que le quitaran las esposas. El teléfono volvió a sonar. El mismo hombre de antes contestó. Entonces le gritó a Lane que se detuviera, pero Lane siguió, hasta que fue parado por dos hombres estacionados junto al ascensor.

El teléfono de Lane estaba intervenido por agentes de CACO en el subsuelo del edificio. Habían llamado para informar que Smith no había dado aquella orden. De hecho, nadie había llamado desde fuera del edificio. La llamada había venido de dentro.

Smith apareció quince minutos más tarde para dirigir la búsqueda dentro del edificio. Dos horas después, los agentes recibieron orden de no seguir buscando. Quienquiera que hubiera llamado, imitando la voz de Smith y dando la nueva consigna del código, se las había arreglado para salir del edificio sin ser advertido.

—SKIZO, o lo que sea, debe de estar utilizando una máquina para simular mi voz —dijo Smith—. Ninguna garganta humana podría hacerlo lo bastante bien como para igualar la impresión de voces distintas.

¡Voces!

Lane se enderezó tan rápidamente que los hombres a sus costados le sujetaron los brazos.

¡La doctora Sue Brackwell!

¿Realmente él había hablado con ella, aquella última vez, o era también alguien que había imitado su voz? No podía suponer por qué; el misterioso

Quién podía haber usado la voz de ella para hacer avanzar los planes que tuviera. Sue había dicho que solo quería hablar con él en nombre de los viejos tiempos. Quien la estuviera imitando podía haber tratado de extraer de él algún dato, algo que fuera una pista para... ¿para qué? Simplemente no lo sabía.

Y era posible que ese Quién hubiera hablado a Sue Brackwell imitando la voz de Lane.

Lane no quería crearle problemas a ella, pero no podía permitirse que quedara cerrado ningún camino de investigación. Le habló a Smith al respecto mientras bajaban en el ascensor. Smith lo escuchó atentamente, pero sólo dijo:

—Ya veremos.

Sombríamente, Lane se sentó en el asiento trasero entre dos hombres también sombríos, mientras el automóvil recorría las calles de Washington. Miró por la ventana y a través de la neblina vio un cartel anunciando la reposición de *The Egg and I*. Una manzana después vio otro cartel, anunciando una conocida marca de cerveza. El cartel decía «Sky Blue Waters», y deseó estar en el país de esas aguas, pescando y bebiendo cerveza.

Otra vez se enderezó tan abruptamente que los dos hombres lo sujetaron.

—Tranquilos —dijo. Se echó hacia atrás y ellos apartaron sus manos. Los dos anuncios le habían dado alguna suerte de asociación de ideas, resultado solamente de que el automóvil había elegido esa ruta y no cualquier otra que pudo fácilmente haber tomado. El resultado de la conjunción de ambos anuncios podía ser válidamente enlazado, o no, con los otros circuitos que se estaban formando en la parte inconsciente de su mente. Pero ahora tenía una hipótesis. Podía ser desarrollada hasta ser una teoría que podría confrontarse con los hechos. Es decir, si le dejaban probarlo.

Smith le escuchó, pero hizo sólo un comentario:

—Usted está pensando en las cosas más extrañas para apartarnos de la pista.

—¿Qué pista? —replicó Lane. No discutió. Sabía que Smith seguiría el camino que le había abierto. Smith no podía permitirse ignorar nada, incluso las ideas más extravagantes.

Lane pasó una semana en la celda acolchada. Una vez, Smith entró a hablar con él. La conversación fue breve.

—No puedo encontrar ninguna prueba que apoye su teoría —dijo Smith.

—¿Eso se debe a que CACO no puede conseguir acceso a ciertos documentos y proyectos en la Astronáutica Lackalas? —preguntó Lane.

—Así es. Me preguntaron qué necesidad tenía de saberlo, y no pude decirles qué era lo que en realidad yo quería saber. Si me descuido, terminaré en una celda acolchada y en sesiones regulares con un psiquiatra.

—Y entonces, como tiene usted miedo de hacer preguntas que inspiren dudas sobre su salud mental, ¿deja quieto el asunto?

—No hay forma de saber si su loca teoría tiene alguna base.

—El amor hallará su camino —dijo Lane.

Smith resopló, se dio la vuelta y se fue.

Eso era a las once de la mañana. A las 12.03 Lane miró su reloj de pulsera (ya que no estaba obligado a seguir desnudo) y notó que el almuerzo se estaba atrasando. Unos pocos minutos después, un avión a chorro de la Fuerza Aérea, durante un viaje de rutina sobre Washington, repentinamente descendió en picado y cayó sobre el edificio central de CACO a más de mil kilómetros por hora. Pegó en el enorme edificio contra el lado opuesto al de la celda de Lane; Aun así, atravesó las puertas exteriores de la fortaleza y cinco habitaciones más antes de detenerse.

En el segundo subsuelo, Lane no habría sido alcanzado si la irrupción hubiera atravesado completamente el edificio. Sin embargo, comenzaron a aparecer algunas llamas y los guardias le abrieron la puertas y lo sacaron de allí justo a tiempo. De acuerdo a órdenes que recibieron por radio, lo pusieron en un automóvil que lo llevó a través de la ciudad hasta otra base de CACO. Lane estaba rígido por el *shock*, pero reaccionó rápidamente cuando el automóvil comenzó a doblar una esquina a pesar de la luz roja. Estaba tirado en el suelo y bien sujeto cuando el automóvil y el enorme camión «Diesel» chocaron. Los otros no murieron. No estaban, sin embargo, en condiciones de detenerlo. Diez minutos más tarde, estaba en su apartamento.

La doctora Sue Brackwell lo estaba esperando bajo el tragaluz. No llevaba ninguna ropa puesta; hasta se había quitado las gafas. Parecía muy

hermosa; no fue sino mucho más tarde que él recordó que ella nunca había sido bella, ni siquiera pasablemente agraciada. No podía culpar a su *shock* por conducirse en la forma que lo hizo, porque la picazón y la calidez disolvieron eso. Se convirtió en un ser muy vivo, tanto que dio mucha vida a lo que empujó hacia el suelo. En alguna parte de él existía el conocimiento de que «ella» había preparado esto para él y de que ningún otro hombre podría experimentar este preciso episodio de nuevo. Pero el conocimiento era tan lejano que no le influyó en absoluto.

Por otra parte, como le había dicho a Smith, el amor encontraría un camino. No era él quien se había enamorado. No al principio. Ahora se sintió como si estuviera enamorado, pero muchos hombres y mujeres sienten así en ese momento.

Smith y otros cuatro hombres entraron en el apartamento justo a tiempo para rescatar a Lane. Estaba tirado en el suelo, tan desnudo y enrojecido como una criatura recién nacida. Smith le gritó, pero él parecía estar sordo. Era evidente que estaba galopando a toda velocidad en una carrera entre un orgasmo y una quemadura de tercer grado. Obviamente había tenido una pareja, pero Smith no pudo verla ni escucharla.

El orgasmo habría triunfado si Smith no hubiera tirado un gran cubo de agua fría sobre Lane.

Dos días después, el médico de Lane permitió a Smith que entrara en el cuarto del hospital para ver a un paciente muy vendado y algo sedado. Smith le alcanzó un periódico abierto en la segunda página. Lane leyó el artículo, que era breve y lo decía todo sobre EVE.

EVE, o *Ever Vigilant Eye* (Ojo Siempre Vigilante) había sido un satélite vigilante, de órbita estacionaria, enviado a la costa atlántica dos años atrás. EVE había explotado por razones desconocidas y el accidente estaba siendo investigado.

—Eso es todo lo que se le dijo al público —agregó Smith—. Finalmente llegué a Brackwell y a otros grandes jerarcas vinculados con EVE. Pero, o tenían ordenes de informarme lo menos posible o ellos mismos no conocían todos los hechos. En cualquier caso, es más que casual que ella —EVE, quiero decir— haya explotado justo cuando lo llevábamos a usted al hospital.

Lane dijo:

—Contestaré algunas de sus preguntas antes de que me las formule. Una, usted no podía ver la imagen holográfica porque ella debe de haberla apagado justo antes que usted entrara. No sé si fue porque le oyó venir o porque ella sabía, de alguna manera, que cualquier contacto adicional me mataría. O quizá sus alarmas le informaron que era mejor que se detuviera, por su propio bien. Pero parecería que ella no se detuvo o, si no, que trató de detenerse, pero ya era demasiado tarde.

Continuó:

—Tuve un visitante que me dijo lo suficiente sobre EVE para que yo no me dejara arrastrar por mi curiosidad hasta terrenos peligrosos cuando salga de aquí. Y no ocurrirá. Pero le puedo decir algunas cosas y sé que no se podrá avanzar más. Me imaginé que Brackwell era la diseñadora superior de un circuito de bioelectrónica en un satélite espía. No sabía que el satélite se llamaba EVE y que tenía capacidad para enfocar rayos sobre noventa mil personas simultáneamente. Ni que los rayos le permitirían seguir visualmente a cada uno y comunicar sus vibraciones al hablar. Ni que podría activar circuitos telefónicos con un campo electromagnético altamente variable, proyectado a través del rayo. Mi visitante dijo que yo no debía suponer, ni por un instante, que EVE había alcanzado una conciencia propia. Eso sería imposible. Pero me lo pregunto. También me pregunto si una mujer de ciencia, diseñadora e ingeniero, podría (inconscientemente, desde luego) diseñar circuitos femeninos. ¿Hay alguna influencia psíquica que corre junto a la construcción física de computadores y circuitos asociados? ¿Puede el todo ser mayor que las partes? ¿Existe algo como un impulso femenino en una máquina?

—No entro en esa charla metafísica —dijo Smith.

—¿Qué dice Brackwell?

—Dice que simplemente EVE funcionaba mal.

—Quizás el hombre es un mono que funciona mal —dijo Lane—. ¿Pero pudo Sue haber integrado su pasión por mí dentro de EVE? ¿O dar a EVE algunos circuitos que contuvieran emoción? EVE tenía posibilidades de autorreparación, como usted sabe, y en parte estaba hecha de proteínas. Ya sé

que suena cómo algo loco. Pero ¿quién, mirando al primer hombre-mono, hubiera deducido a Helena de Troya? ¿Y por qué se centró en mí, uno de los noventa mil que estaba vigilando? Yo manifesté una hipersensibilidad epidérmica al rayo espía. ¿Acaso esta reacción dio a EVE la idea o la sensación de que estábamos relacionados? ¿Y entonces después se puso celosa? Es obvio que ella moduló los rayos sobre Leona y sobre Rhoda para que vieran verde cuando la luz era roja y no vieran en absoluto a los automóviles que se acercaban.

—¿Qué sabe de esa imagen holográfica de la doctora Brackwell?

—EVE debe de haber estado espiando a Sue, también, a su propia creadora, diríamos. O (y no quiero que investigue esto, porque ya no serviría de nada) Sue pudo haber puesto todo eso en la maquinaria, sin que lo supieran sus colegas. No quiero decir que haya puesto circuitos adicionales. No pudo haberlo hecho; habrían sido detectados inmediatamente y hubiera tenido que explicarlos. Pero pudo haber puesto circuitos que tuvieran dos propósitos, el segundo de los cuales fuera desconocido para sus colegas. No lo sé. Pero sé que fue realmente Sue Brackwell y no EVE quien me llamó aquella última vez. Y creo que fue esa llamada lo que puso en la mente de EVE, si es que una máquina puede tener una mente, en el sentido humano, la idea de un holograma embellecido de Sue. A menos, desde luego, que mi otra teoría fuera correcta y Sue misma fuera responsable de eso.

Smith gruñó y luego dijo:

—No me van a creer si yo pongo todo eso en un informe. Para empezar, ¿podrán creer que fue solamente una libre asociación de ideas lo que le permitió a usted deducir *Eye in the Sky* (Ojo en el cielo) de las frases *The Egg and I* y *Sky-Blue Waters*?^[5] Lo dudo. Pensarán que usted sabía cosas que no debía saber y que las estaba ocultando con esa historia increíble. No quisiera estar en sus zapatos. Pero, por otro lado, no quiero estar en los míos.

—¿Pero por qué explotó EVE? Lackalas dice que se podía hacer explotar si se apretaba un botón de destrucción en el centro de control. Ese botón, sin embargo, no fue apretado.

—Usted me arrastró justo a tiempo para salvar mi vida. Pero a EVE debieron de fundírsele algunos circuitos. Murió de frustración, en cierto

sentido.

—¿Qué?

—Estaba poniendo una enorme cantidad de energía en ese rayo. Debía de estar sobrecargada.

Smith lanzó una risotada. Dijo:

—¿Y también se estaba descargando? ¡Vamos!

—¿Tiene usted alguna otra explicación? —preguntó Lane.

EL PTERODÁCTILO

Philip J. Farmer

Remoto protopadre de las plumas, vuelas
por el cerebral Jurásico en un espasmo
de aspas coriáceas, temeroso de aventurarte en la ciénaga
donde los saurios resuelven sus asuntos de dientes e ijares.
Predador metafísico de dedos alados, la canción
de tus ajados intestinos denota un entusiasmo
malgastado cazando sabrosos ectoplasmas
y presagia un esqueleto perecido en el intento.

Picudo epítome de incorpórea
idea, sacudido por ráfagas de éter, cruza
las abstractas nieblas e invade el mar del hecho.
Devora extraños peces, desarrolla largas plumas brillantes, recubre
con la carne de la forma las costillas del concepto: deriva
del acto de belleza la belleza del acto.

Notas

[¹] *The Son of Jimmy Valentine*, su única novela que no es de ciencia ficción. Se está negociando para que este título sea accesible por primera vez en las librerías. <<

[2] Las iniciales *SW* corresponden igualmente al nombre del protagonista y a *Space Wanderer* (Vagabundo del Espacio). (Nota del traductor). <<

[3] Lit.: «No tener nariz significa malas noticias». Pero es un juego de palabras con el proverbio *No News Means Good News*, o sea, «No tener noticias es buena noticia». (N. del T.) <<

[4] *A Fat in the Fire*, que también puede traducirse como «Grasa en el fuego».
(N. del T.) <<

[5] Las palabras *I* (yo) y *Eye* (ojo) se pronuncian idénticamente en inglés (N. del T.) <<